
HARLEQUIN
Bianca
INOCENTE HASTA EL MATRIMONIO
CHANTELLE SHAW



INOCENTE HASTA EL MATRIMONIO

CHANTELLE SHAW



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Inocente hasta el matrimonio, n.º 2465 —mayo 2016
Título original: Untouched Until Marriage
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-8110-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

El detective privado al que había contratado le había asegurado que encontraría allí a la amante de su padre. Raul Carducci se bajó de la limusina y recorrió con la vista el muelle de aquel pueblo pesquero de Cornish. La tienda Nature's Way – Comida sana y herboristería estaba entre una heladería y una tienda de regalos, ambas cerradas y, a juzgar por su aspecto abandonado, no volverían a abrir hasta principios de verano.

El cielo estaba plomizo y lloviznaba, y Raul hizo una mueca y se levantó el cuello del abrigo. Cuanto antes pudiese volver a Italia, donde el sol de la primavera ya calentaba las aguas cristalinas del lago Bracciano, mejor, pero había ido a Pennmar para seguir las instrucciones del testamento de Pietro Carducci, así que avanzó con paso decidido hacia la única tienda abierta del paseo.

Libby estaba tan absorta estudiando el informe financiero anual de Nature's Way que tardó varios segundos en darse cuenta de que habían sonado las campanillas que colgaban sobre la puerta. Mientras levantaba la vista del libro se dijo que era un sonido que no había escuchado mucho durante el invierno. Había tenido pocos clientes desde que los veraneantes se habían marchado de Pennmar al terminar el verano y, en esos momentos, la tienda estaba al borde de la quiebra.

La apertura de una tienda de comida sana en un pueblo perdido de Cornish había sido otra de las disparatadas ideas de su madre, pensó Libby con tristeza. Se había gastado enseguida la pequeña herencia que su abuela le había dejado en reformar la tienda y su madre, con aquel optimismo ciego, tan típico de ella, había estado segura de que el negocio tendría éxito.

—¿En qué puedo ayudarlo? —preguntó alegremente, pero su sonrisa se borró cuando el recién llegado se dio la vuelta y la traspasó con su mirada oscura.

No era el típico cliente que solía entrar en la tienda. De hecho, no tenía nada de típico. Su pelo era brillante y oscuro y las facciones de su rostro parecían esculpidas, tenía los pómulos marcados y una barbilla cuadrada, todo ello suavizado por la sensual curva de los labios. Su piel aceitunada brillaba bajo la intensa luz de la tienda. Sin

duda alguna, era el hombre más guapo que Libby había visto en toda su vida. No podía apartar la mirada de él y se sonrojó al ver que la miraba fijamente.

Raul recorrió con la mirada la falda estampada en tonos morados y el jersey verde intenso y se estremeció. Tal vez el estilo chic bohemio estuviese de moda en las pasarelas parisinas, pero él prefería a las mujeres elegantes, vestidas de alta costura. El aspecto hippy no le atraía lo más mínimo.

Pero tuvo que admitir que era una mujer muy guapa. Estudió su rostro ovalado, los pómulos altos y la melena rizada, rojiza, que le llegaba a la mitad de la espalda. El color del pelo contrastaba con su piel de alabastro y, a pesar de la distancia, se dio cuenta de que tenía la nariz y las mejillas cubiertas de pecas doradas. Los ojos eran de un azul verdoso, como el mar en un día de tormenta, y tenía las pestañas claras y muy largas. Sin saber por qué, Raul sintió ganas de besar aquellos labios rosados.

Frunció el ceño y bajó la mirada a las medias color verde lima y a las botas moradas antes de volver a mirarla a la cara. La boca era demasiado ancha, pero aquello solo parecía realzar su atractivo. Con un vestido de diseñador habría estado preciosa, reconoció Raul, muy molesto con aquella inesperada atracción.

Apretó la mandíbula. Había ido a ver a la amante de su padre, no a aquella chica, y contuvo el inadecuado deseo de besarla.

—Estoy buscando a Elizabeth Maynard —dijo bruscamente.

El hombre tenía la voz profunda, tan rica y sensual como el chocolate fundido, y su acento era muy sexy. Italiano, adivinó Libby mientras estudiaba su piel dorada y sus ojos negros. No ocurría todos los días que un hombre tan guapo entrase en la tienda. De hecho, era la única persona que había entrado en toda la mañana. Por educación, debía contestarle, pero Libby había tenido una niñez difícil y se había acostumbrado a hablar a través de la puerta con usureros y agentes judiciales mientras su madre escapaba por la ventana del baño, así que se había acostumbrado a desconfiar de los extraños.

De repente, se le ocurrió algo que hizo que se le encogiese el estómago. Aunque aquel no parecía un asistente social, y había visto a muchos de niña, ¿y si había ido allí por Gino?

—¿Quién es usted? —inquirió.

Raul frunció el ceño. Se había pasado casi toda la vida rodeado de sirvientes cuya obligación era complacerlo y satisfacer inmediatamente todos sus deseos. No tenía ningún motivo para explicarse frente a una dependienta, y frunció el ceño mientras hacía un esfuerzo por controlar su impaciencia.

—Me llamo Raul Carducci.

La chica tomó una bocanada de aire y abrió mucho los ojos.

—¿El hijo de Pietro Carducci? —balbució.

Raul se puso tenso, estaba indignado. No era posible que la amante de su padre hubiese hablado de la familia Carducci con sus empleados. ¿Habría ido alardeando por todo el pueblo de su aventura con el rico aristócrata italiano?

Miró hacia una puerta cubierta con una cortina y se preguntó si la dueña de la tienda estaría escondida detrás de ella.

Luego, se encogió de hombros con impaciencia.

—Sí, Pietro Carducci era mi padre, pero he venido a hablar con la señorita Maynard, así que, si no le importa anunciarle que estoy aquí —añadió, sin poder seguir conteniendo la amargura que lo había invadido al enterarse de las condiciones del testamento de su padre—. Seguro que se pone muy contenta cuando se entere de que, gracias al hijo ilegítimo de mi padre, tiene el sustento asegurado para el resto de la vida. No tendrá que luchar por mantener este lugar para vivir.

Miró a su alrededor con desprecio, y después continuó:

—Me temo, *signorina*, que va a tener que buscarse otro trabajo.

Libby miró fijamente a Raul Carducci, en un silencio ensordecedor. Su madre le había comentado que Pietro tenía un hijo, pero la relación de Liz con su amante italiano no había sido más que una aventura de verano, y ni si quiera se había dado cuenta de que Pietro era el dueño de la famosa empresa de productos cosméticos Carducci Cosmetics hasta que, en la sala de espera del ginecólogo, había leído un artículo acerca de él en una revista. Liz se había debatido entre contarle a su amante que estaba embarazada y no hacerlo. Al final se había decidido a escribirle y contárselo, pero Pietro no se había molestado en contestarle.

No obstante, y a pesar de no haber reconocido al niño, Libby se dio cuenta de que sí debía de haberle hablado a su hijo de la existencia de Gino. Las duras palabras de Raul hicieron que se sintiese incómoda. No parecía gustarle la idea de tener un hermanastro. Libby no supo qué decir y, mientras lo pensaba, el tintineo de las campanas de la puerta rompió el silencio.

Raul se giró y vio cómo una mujer maniobraba para entrar en la tienda con una sillita de bebé.

—Ya estamos otra vez en un lugar caliente, Gino —comentó la mujer animadamente, su voz casi inaudible entre los gritos procedentes del cochecito.

Levantó el plástico que protegía al niño de la lluvia y dejó al descubierto el rostro colorado del pequeño.

—Ya está, cariño. Ahora mismo te saco de ahí.

Raul clavó la vista en la sillita y se vio invadido por una emoción indescriptible al ver al niño de piel aceitunada y pelo rizado, moreno. La mujer lo había llamado Gino y, aunque todavía no debía de tener

un año, su parecido con su padre era inconfundible. Raul había pensado pedir una prueba de ADN para demostrar la paternidad del niño, pero no iba a ser necesaria. Sin duda alguna, aquel era el hijo de Pietro Carducci.

Entonces se fijó en la mujer, que tenía las mejillas rubicundas, el pelo basto, castaño y parecía regordeta debajo de aquel abrigo beige. Le pareció increíble que Pietro, cuyo amor por la belleza clásica había dejado tras de sí una valiosa colección de arte, hubiese escogido a aquella mujer tan burda como amante. Además, a Raul le resultó imposible imaginársela trabajando en un local de striptease.

Apretó los labios al recordar la reunión, ocho meses antes, con el abogado al que su padre había nombrado albacea de su testamento.

—Esta es la última voluntad o testamento de Pietro Gregorio Carducci —había leído en voz alta el *signor* Orsini—: Es mi deseo que el control de mi empresa, Carducci Cosmetics, se reparta de manera equitativa entre mi hijo adoptivo, Raul Carducci, y mi único hijo de sangre, Gino Maynard.

El abogado se había dado cuenta de la sorpresa de Raul al enterarse de que Pietro tenía un hijo secreto, y había continuado leyendo:

—Dejo a mis dos hijos, Raul y Gino, Villa Giulietta a partes iguales. Deseo que mi hijo Gino crezca en la casa familiar. Su parte de la empresa y de la casa se mantendrán en fideicomiso hasta que cumpla dieciocho años y, mientras tanto, es mi deseo que su madre, Elizabeth Maynard, viva en la casa con él y controle la participación de Gino en Carducci Cosmetics.

Al oír aquello, Raul había jurado de manera salvaje. Jamás había imaginado que tendría que compartir el control de una empresa que siempre había pensado dirigir. La expresión «hijo de sangre» le había dolido mucho. Él había tenido siete años cuando Pietro y Eleonora Carducci lo habían sacado de un orfanato de Nápoles para llevárselo a vivir a Villa Giulietta. Pietro siempre había insistido en que su hijo adoptivo sería su heredero, al que algún día dejaría Carducci Cosmetics. Padre e hijo habían tenido muy buena relación y el vínculo entre ambos se había estrechado todavía más tras la muerte de Eleonora, diez años antes.

Por eso le resultaba completamente increíble que Pietro hubiese tenido una doble vida, pensó Raul con amargura. El hombre al que había llamado papá, el hombre por el que había llorado en su funeral, era de repente un extraño que le había ocultado que tenía una amante y un hijo.

—Hay una cláusula en el testamento de su padre que le va a resultar interesante —había murmurado el *signor* Orsini—. Pietro ha establecido que si la señorita Maynard se casa antes de que Gino tenga dieciocho años, usted controlará la parte de las acciones del niño hasta

que este cumpla los dieciocho años. Supongo que Pietro puso esta condición para proteger la empresa en caso de que la señorita Maynard escoja un marido inadecuado.

—Carducci Cosmetics va a necesitar mucha protección si voy a estar obligado a compartir su dirección con una bailarina de striptease —había replicado él, furioso—. Mi padre debió de volverse loco.

Al oír aquello, Bernardo Orsini había negado con la cabeza.

—A pesar de que se le había diagnosticado un tumor cerebral muy agresivo, estoy seguro de que estaba en sus cabales cuando se redactó este testamento. Solo estaba preocupado por el bebé.

Raul hizo un esfuerzo por volver al presente y estudió a la mujer que había entrado en la tienda. Según el abogado, Elizabeth Maynard había trabajado en un local llamado Purple Pussy Cat, pero hacía seis meses que había desaparecido de su piso en el sur de Londres, dejando a su casero una deuda de varios miles de libras en concepto de atrasos de alquiler. Raul se había imaginado a una mujerzuela rubia teñida, pero la mujer apagada que estaba sacando al niño de la sillita no se parecía en nada a lo que él había imaginado. Todavía se oponía a la idea de que fuese a vivir a Villa Guilietta, aunque la idea de compartir el control de Carducci Cosmetics con ella le habría resultado divertida si no hubiese estado completamente consumido por la ira y el resentimiento.

—Sabía que dejaría de llorar en cuanto viese a su mami —dijo la mujer, tendiendo el niño a la joven dependienta.

Raul se quedó de piedra. Vio, primero sin entender nada y después, cada vez más enfadado, cómo la chica pelirroja besaba las mejillas llenas de lágrimas del niño antes de sentárselo en la cadera. El cerebro de Raul aceptó por fin lo que habían visto sus ojos.

—¿Usted es Elizabeth Maynard? —preguntó bruscamente.

La chica levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—Sí, aunque casi todo el mundo me llama Libby.

A Raul no le importaba lo más mínimo cómo la llamasen. Todavía estaba intentando entender cómo una chica tan guapa había podido ser amante de su padre. No podía tener mucho más de veinte años, mientras que Pietro había tenido sesenta y pico. Sintió repulsión, y otra emoción que le dio asco: celos. Y entendió que su padre hubiese mantenido el secreto su aventura con aquella sirena de pelo rojizo. No le costó ningún esfuerzo imaginársela trabajando en un local de striptease, pensó mientras clavaba la vista en la curva de sus pechos. Se la imaginó bailando con muy poca ropa, echando la melena de fuego hacia atrás y desabrochándose el sujetador para dejarlo caer…

Contuvo una palabra malsonante, furioso con la reacción de su cuerpo.

—¿Es la madre de Gino? —preguntó, para estar seguro.

Libby dudó. Margaret hizo como si estuviese buscando algo en su bolso, pero era evidente que sentía curiosidad por la conversación. Su vecina era una buena mujer, pero muy cotilla. Si oía que Libby no era la madre de Gino, se lo contaría a todo el pueblo.

Recordó aquellos horribles días después de que su madre hubiese muerto. Habían estado viviendo en Londres, pero ya habían decidido marcharse a Cornwall, a empezar una nueva vida, cuando su madre se había caído al suelo para no volver en sí jamás. Gino solo había tenido tres meses, y Libby había tenido que lidiar con su propio dolor mientras cuidaba de su hermano. Su amiga Alice, que era abogada, la había ayudado mucho, pero también le había advertido de los posibles problemas que podría entrañar la muerte de Liz.

—Si tu madre no tiene testamento y no te ha nombrado tutora de Gino, el bebé pasará a manos del Estado y los servicios sociales decidirán quién se queda con él —le había explicado Alice—. Que seas su hermanastra no significa que te lo vayan a dar automáticamente a ti.

—Pero si he ayudado a cuidarlo desde que nació —había argumentado ella—, sobre todo, porque mamá estaba agotada después de su nacimiento.

El parto de Liz había sido muy largo, y en el hospital nadie les había hablado de los peligros de la trombosis venosa profunda, así que cuando Liz se había sofocado tanto, Libby no había sabido que era una señal de que su madre tenía un coágulo de sangre en un pulmón.

Liz había fallecido antes de que llegase la ambulancia, no le había dado tiempo a despedirse de su hija ni a estipular quién quería que se hiciese cargo de Gino, pero Libby estaba decidida a criarlo y a quererlo como habría hecho su madre. Se había mudado a Pennmar una semana después del funeral de Liz, a la tienda que habían puesto con el dinero que su abuela le había dejado. Todo el mundo en el pueblo daba por hecho que Gino era su hijo. Después de lo que Alice le había contado acerca de los servicios sociales, Libby no había aclarado el error y seguía sin querer hacerlo delante de Margaret.

Decidió que se lo explicaría todo a Raul Carducci en otro momento, y se sintió todavía más incómoda al volver a mirarlo a la cara y ver que su mirada era gélida.

—Sí, soy la madre de Gino —dijo en voz baja, estremeciéndose al ver que él la miraba todavía con más desprecio.

La recorrió con la vista de arriba abajo y Libby no pudo evitar pensar que llevaba una camiseta que había comprado en una tienda de segunda mano y una falda hecha con una cortina vieja.

—Es mucho más joven de lo que imaginaba —comentó él—. Tengo curiosidad por saber qué fue lo primero que la atrajo de mi padre, un multimillonario de sesenta y cinco años, señorita Maynard.

Su conclusión era evidente. Libby se ruborizó al darse cuenta de que Raul pensaba que era una cazafortunas que había tenido una aventura con un hombre rico y mayor solo por su dinero, pero no podía defenderse delante de Margaret que, en esos momentos, había dejado de buscar en el bolso y escuchaba sin ningún disimulo la conversación. Raul Carducci era un cerdo arrogante, pensó Libby enfadada.

—Discúlpeme, pero mi relación con su padre no es asunto suyo —le respondió en tono tenso, fulminándolo con la mirada.

Consciente de la curiosidad que había despertado en Margaret, se giró hacia ella y se obligó a sonreír.

—Gracias por haber sacado a Gino. El médico dice que el aire del mar le viene bien para el pecho.

—Ya sabes que puedo quedarme con él cuando quieras —respondió Margaret, mirando primero a Libby y después a Raul—. De hecho, puedo llevármelo otro rato, si tienes cosas de las que hablar con este caballero.

Libby supo que Margaret correría a contarle a todo el pueblo lo que acababa de oír.

—Gracias, pero tengo que darle la comida, y no quiero entretenerte más —añadió alegremente—. ¿Te importa poner el cartel de *Cerrado* en la puerta antes de salir?

Después contuvo su impaciencia mientras una Margaret descontenta salía de la tienda, pero en cuanto la puerta se cerró, volvió a mirar fijamente a Raúl.

—Supongo que está aquí por algún motivo, señor Carducci, que no ha venido solo a hacer comentarios desagradables.

La dureza de su tono desequilibró a Gino, que la miró sorprendido y con el labio inferior tembloroso. Libby lo recolocó en su cadera y le acarició la espalda, todavía furiosa con el hombre que la miraba con tanto desdén.

—Antes de que diga nada, será mejor que le explique…

Un llanto de Gino interrumpió a Libby. El niño empezó a retorcerse entre sus brazos. A pesar de tener solo diez meses, era muy fuerte. El niño empezó a toser y ella volvió a preocuparse. Inmediatamente, toda su atención se centró en él.

—Tengo que darle algo de beber. Discúlpeme —murmuró, atravesando rápidamente la cortina que daba a la parte trasera de la tienda.

Sacó un vaso con zumo de la nevera, pero Gino estaba tosiendo y llorando tanto que no podía beber. Todavía llevaba el abrigo puesto y tenía el rostro colorado. Libby intentó desabrochárselo con una mano mientras sujetaba al pequeño con la otra, consciente de que Raul la había seguido y la estaba observando.

—Permita que lo sujete mientras le quita el abrigo —dijo de repente, dando un paso al frente y quitándole al niño de los brazos antes de que a Libby le diese tiempo a protestar.

Gino se quedó tan sorprendido que dejó de llorar, estaba pasando por una época en la que no le gustaban nada los extraños. Libby bajó rápidamente la cremallera del abrigo y pensó que el niño iba a volver a ponerse a llorar, pero, para su sorpresa, solo resopló y miró fijamente a Raul.

—Debe de saber hacer magia, porque normalmente grita como si lo estuviesen matando cuando alguien a quien no conoce intenta tomarlo en brazos —murmuró, sintiéndose mal al quitarle el abrigo al niño y ver que este ni siquiera la miraba—, pero es que Gino es géminis, y las personas nacidas bajo ese signo suelen ser muy intuitivas.

Tomó aire antes de continuar:

—Tal vez se haya dado cuenta de que hay una conexión entre los dos. Al fin y al cabo, es su hermano, su hermanastro —se corrigió, al ver que Raul arqueaba las cejas.

—No hay ningún vínculo familiar entre nosotros —le informó él—. Pietro era mi padre adoptivo.

Vio sorpresa en los ojos de Libby y se preguntó por qué le había contado aquello. La idea de que se hubiese acostado con Pietro… Apartó aquello de su mente e intentó no clavar la mirada en sus pechos.

Elizabeth Maynard había sido la amante de su padre y le había dado un hijo, no podía sentirse atraído por ella. Se obligó a apartar la mirada de sus curvas para mirarla a la cara y se volvió a sentir incómodo al fijarse en su boca perfecta.

—A mí me parece que el niño lloraba porque tenía miedo de que usted lo dejase caer —espetó.

—No iba a dejarlo caer —replicó ella furiosa.

Le arrebató a Gino y acercó el vaso de zumo a los labios del niño, frunciendo el ceño al oírlo jadear.

—Tengo que llevarlo arriba para darle el antibiótico —añadió.

Miró a Raul, que estaba apoyado en su escritorio, leyendo sin ningún disimulo las cuentas de Nature's Way. Dominaba la pequeña habitación, era alto, moreno e inquietantemente sexy, tanto, que hacía que se le acelerase el corazón. Odiaba que le hiciese sentirse así y quería que se marchase de allí.

Atravesó la habitación y cerró el libro de cuentas de un golpe.

—¿A qué ha venido? —le preguntó con brusquedad—. Leí en los periódicos que Pietro había fallecido, pero han pasado más de seis meses y, en ese tiempo, nadie de la familia Carducci se ha puesto en contacto conmigo.

Raul la miró con desprecio.

—No es culpa mía. Usted se marchó muy repentinamente de su anterior domicilio, sin pagar el alquiler, por eso he tardado tanto en encontrarla. Le aseguro que no he venido por gusto, señorita Maynard —le dijo en tono mordaz—, pero mi padre estipuló en su testamento que quería que su hijo creciese en la casa familiar de Lazio, así que he venido para llevarme a Gino a Italia.

Capítulo 2

Durante unos segundos, Libby se quedó tan sorprendida que no pudo ni hablar. Las advertencias de su amiga Alice le retumbaron en la cabeza.

—Tu madre no te nombró tutora de Gino y, aunque seas su hermanastra, legalmente no tienes ningún derecho sobre su custodia.

Si Liz hubiese sabido que iba a morir, la habría nombrado tutora de Gino, estaba segura, pero, tal y como Alice le había dicho, Libby no tenía ninguna prueba de que aquel fuese el deseo de su madre. Qué ironía que Pietro Carducci, que ni siquiera había reconocido a su hijo, lo hubiese incluido después en su testamento. Si el asunto iba a los tribunales, lo más probable era que se tuviesen en cuenta los deseos de Pietro, y que Raul se quedase con la custodia de Gino y se lo llevase a Italia.

Con el corazón acelerado por el pánico, Libby intentó centrarse en que Raul pensaba que Gino era su hijo. Era evidente que no sabía que había habido dos Elizabeth Maynard, ni que la madre de Gino había muerto solo un mes después que Pietro. Recordó la expresión de asco de Raul al preguntarle qué le había atraído de su padre. Pensaba de ella que era una cazafortunas, pero era mejor que pensase aquello a que descubriese que en realidad era la hermanastra de Gino y que no tenía su custodia legal.

Frunció el ceño al recordar de repente algo que Raul había dicho.

—¿Por qué me acusa de deber el alquiler del piso en el que vivíamos… vivía en Cornwall? Por supuesto que pagaba el alquiler.

Raul frunció el ceño ante el tono beligerante de Libby. No estaba acostumbrado a que nadie le hablase de aquella manera, mucho menos una mujer. Sus empleados, tanto en Villa Giulietta como en Carducci Cosmetics, lo trataban con el máximo respeto, y las mujeres con las que se relacionaba solían darle siempre la razón. Para él, el papel de una mujer consistía en hablar de nimiedades, ser una compañía relajante después de un día de duro trabajo, y complacerlo en la cama para que pudiese disfrutar de un sexo mutuamente satisfactorio sin las complicaciones de una implicación emocional.

Elizabeth Maynard, o Libby, como la llamaban, estaba lejos de ser una compañía relajante, pensó mientras se fijaba en su pelo rojizo y en su turbulenta mirada. Tenía los labios apretados y Raul sintió ganas de besarla. Tomó aire y tuvo que hacer un gran esfuerzo para dejar de

escuchar a su cuerpo y volver a pensar con la cabeza. Era la mujerzuela de Pietro, que no había tenido ningún reparo en seducir a un hombre mucho mayor con su atractivo cuerpo, y él no podía repetir los errores cometidos por su padre.

—Su casero dijo que solía pagar con retraso, y que cuando se marchó le había dejado a deber varios miles de libras —le explicó él en tono frío—. ¿Por qué iba a mentir?

—Para vengarse porque me había negado a acostarme con él, probablemente —murmuró Libby con amargura—. Era un viejo horrible. Todos los meses, cuando iba a pagarle, intentaba toquetearme. Y me dejó claro que me bajaría el alquiler si yo le pagaba de otra manera.

—¿Y no se sintió tentada? —preguntó Raul en tono irónico—. Supongo que está acostumbrada a acostarse con hombres mayores por interés económico. Y con mi padre le salió muy bien. Tener un hijo suyo fue un gran golpe de efecto con el que supongo que pensó que le cambiaría la vida. Y acertó, Pietro le ha dado derecho a criar a su hijo en la casa familiar de los Carducci, y a asumir el control del cincuenta por ciento de Carducci Cosmetics hasta que Gino cumpla los dieciocho años.

Raul rio con aspereza al ver que Libby se quedaba boquiabierta. Se metió la mano en el abrigo y sacó unos papeles.

—Enhorabuena. Ha cantado bingo —le dijo en tono irónico, tirándole los documentos.

Ella miró aturdida la primera página y vio que se trataba del testamento de Pietro Gregorio Carducci. Consciente de que Raul la estaba observando, pasó la mirada por la página hasta llegar al párrafo en el que se establecía que la madre de Gino, Elizabeth Maynard, tendría que vivir en Villa Giulietta, con todos los gastos pagados, hasta que su hijo cumpliese la mayoría de edad.

Era asombroso. Casi no llegaba a comprenderlo, pero antes de que pudiese seguir leyendo, Gino agarró los documentos. Estaba completamente fascinado por el papel blanco y, teniendo en cuenta que el día anterior había destrozado una carta del banco, Libby le devolvió el testamento a Raul.

—¿Quiere decir que quiere que vaya a vivir a Italia con Gino? —preguntó muy despacio, algo más aliviada al darse cuenta de que Raul no le iba a quitar al niño.

De todos modos, no le habría permitido que lo hiciese, y estaba dispuesta a hacer lo que fuese necesario para estar con Gino, aunque tuviese que hacerse pasar por su madre.

—No hay nada que desee menos —admitió Raul en tono frío y arrogante—, pero, por desgracia, mi opinión no cuenta. Mi padre ha dejado bien claro su deseo de que Gino y su madre vivan en Villa

Giulietta.

Libby miró a su hermano pequeño, sus miradas se cruzaron y sintió que se le derretía el corazón. Tenía la piel aceitunada y el pelo rizado y moreno, heredados de su padre, pero la sonrisa era de su madre, pensó mientras se tragaba el nudo que tenía en la garganta. Liz había adorado a su hijo. Era de una crueldad terrible que a Gino le hubiesen arrebatado a su madre incluso antes de que le hubiese dado tiempo a conocerla, pero Libby se prometió en silencio que ocuparía el lugar de su madre.

Su hermano pequeño era el único vínculo que le quedaba con ella. Lo quería como si fuese su propio hijo y estaba decidida a hacer lo que era mejor para él.

Aunque no sabía si lo mejor para él sería llevarlo a vivir a Italia, con Raul, al que era evidente que no le gustaba tener un hermanastro. Sus dudas aumentaron al mirar de nuevo el aristocrático rostro del guapo italiano.

—Tenemos que hablar —empezó con cautela—. Podríamos vernos dentro de uno o dos días.

Raul frunció el ceño con impaciencia.

—Yo no puedo perder uno o dos días aquí. De todos modos, ¿de qué quiere hablar? Mi padre ha nombrado a Gino su heredero y yo no me puedo creer que usted vaya a desaprovechar la oportunidad de conseguir su herencia. Supongo que se quedó embarazada a propósito para poder exigir después una pensión alimenticia.

—No la he pedido —replicó Libby enfadada.

Aunque no lo sabía, Raul estaba insultando a su madre, y si Libby no hubiese tenido a Gino en brazos, le habría borrado la arrogante sonrisa de una bofetada. Liz no se había quedado embarazada a propósito, de hecho, se había quedado muy sorprendida al descubrir que había concebido un hijo fruto de una aventura de verano con un encantador italiano.

—Gino no fue un hijo buscado, pero sí muy querido —le dijo a Raul con voz ronca, recordando como Liz había pasado de la sorpresa a la emoción al saber que iba a volver a ser madre—. Su padre fue informado del nacimiento de Gino, pero jamás lo reconoció como su hijo y yo no esperaba nada de él.

Raul rio con incredulidad.

—Mi padre era un hombre honrado que jamás le habría dado la espalda a su hijo.

Frunció el ceño y preguntó:

—¿Qué día nació Gino?

—El diecisiete de junio. Tiene diez meses.

—Pietro estaba muy enfermo en junio del año pasado, y murió en agosto —le contó Raul—. En octubre le diagnosticaron un tumor

cerebral inoperable y todo fue muy deprisa. ¿Estaba al corriente de su enfermedad?

Ella negó con la cabeza. Pietro debía de haber caído enfermo poco después de que su madre hubiese regresado del crucero por el Mediterráneo que había ganado. El crucero en el que Liz se había enamorado del italiano, tal y como le había confesado a Libby sonriendo y con cierta vergüenza, después de haber afirmado durante años que no se podía una fiar de ningún hombre y que era una locura enamorarse.

Liz se había quedado destrozada al no recibir noticias de Pietro después del crucero, sobre todo, al descubrir que estaba embarazada.

—Lo he vuelto a hacer, Libby —le había dicho llorando al salir del baño con la prueba de embarazo en la mano—. He confiado en un hombre y me he quedado embarazada, lo mismo que con tu maldito padre. Tenía que haber aprendido la lección y haber sabido que todos los hombres son unos cretinos egoístas.

Libby había odiado a Pietro por haberle hecho daño a su madre, pero según Raul su padre había vuelto a Italia y poco después le habían diagnosticado un cáncer terminal. Tal vez Pietro no hubiese querido comunicar tan devastadora noticia a Liz, pensó ella, con el corazón encogido por su madre y por el hombre al que había amado. Pietro había fallecido poco tiempo después de que Liz le hubiese escrito para contarle que Gino había nacido. Aunque el hecho de que hubiese incluido a Liz y a Gino en su testamento tenía que significar que, al fin y al cabo, había sentido algo por su madre.

Gino había estado tranquilo entre sus brazos, pero empezó a toser de nuevo y respiró con dificultad debido al esfuerzo.

—¿Ha dicho que tenía que darle medicación? —comentó Raul, frunciendo más el ceño.

Tenía la misma experiencia con los niños que con los alienígenas de otro planeta, pero aquel niño parecía bastante enfermo.

—Sí —admitió Libby—. Será mejor que suba conmigo.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Raul cuando llegaron al piso de arriba.

Libby se detuvo con la mano en la puerta del salón.

—Tiene bronquiolitis, que es una enfermedad habitual en los bebés, pero desarrolló una neumonía y se puso muy mal. Ha estado un par de semanas en el hospital y ahora no se le termina de curar la tos. El médico ha dicho que las condiciones de vida que hay aquí no son las propicias —confesó.

Empujó la puerta y contuvo un gemido al ver el caos que había ante ella. La inesperada visita de Raul Carducci le había hecho olvidarse del desastre ocurrido la noche anterior, cuando la gotera que había en el techo de su dormitorio había cedido y la habitación se había

inundado por completo. Por suerte, su amigo Tony había estado allí, compartiendo con ella una botella de vino mientras Libby le contaba sus preocupaciones económicas y que era probable que tuviese que cerrar Nature's Way, y juntos lo habían sacado todo del dormitorio y lo habían llevado al salón. Tony había conseguido tapar el agujero del techo, pero se había empapado por completo y había tenido que ponerse la ropa de deporte que siempre llevaba en el coche.

Los lienzos estaban apilados contra el sofá y la ropa hecha un montón en el suelo, con la ropa interior en lo más alto. Libby se dio cuenta al ver que Raul clavaba la vista en las coloridas braguitas. Este miró a su alrededor y ella supo que se estaba fijando en el estropeado papel de las paredes y en el moho que había vuelto a salir en ellas a pesar de sus esfuerzos por eliminarlo.

No había habido ninguna marca de humedad cuando Liz y ella habían visto la tienda y la vivienda la primavera anterior. Les había parecido un lugar con mucha luz y bien aireado, estaba recién decorado y las ventanas abiertas permitían que entrase la brisa del mar. Había sido durante el invierno cuando Libby se había dado cuenta de que habían empapelado las paredes para ocultar las humedades.

Le molestó el gesto de rechazo de Raul. A juzgar por la gran calidad de su ropa, era muy rico, y seguro que su casa en Italia era un palacio en comparación con aquello, pero era lo único que se podía permitir, o tal vez ni siquiera, pensó al recordar la carta del banco en la que le informaban que no iban a aumentar su descubierto.

—Siento este desastre —murmuró—. Anoche se inundó mi dormitorio y tuvimos que traerlo todo aquí.

—¿Tuvimos? —preguntó Raul, mirando al bebé que Libby tenía en brazos.

—Estaba aquí mi amigo Tony.

Siguió la mirada de Raul hasta las botellas de vino vacías y las dos copas que había en la mesita del café y vio cómo su expresión cambiaba de disgusto a desaprobación.

—Al parecer, hicieron toda una fiesta.

Libby no pudo creer que Raul estuviese pensando que se habían bebido las tres botellas de vino en una sola noche.

—Tony trabaja en un bar y me trae viejas botellas de vino. Yo las decoro y después las vendo en mercados de artesanía —le explicó—. Soy artista, y Tony también.

Como Raul no decía nada, se limitaba a mirarla con desprecio, ella se reveló. ¿Por qué tenía la sensación de tener que explicarse ante un extraño arrogante?

Gino se estaba retorciendo para que lo soltase y a ella le dolían los brazos de sujetarlo con fuerza, así que, distraída con la presencia de

Raul, dejó al pequeño en el suelo y fue a la minúscula cocina a buscar su medicina.

Gino fue directo a la mesita del café y alargó las manos hacia una de las botellas de vino. Raul lo agarró antes de que tomase una de ellas. Con el niño en brazos, pensó que aquella casa era un desastre y olía a humedad.

¿Cómo podía Elizabeth Maynard criar a su hijo en semejantes condiciones? Sobre una de las sillas había unos pantalones vaqueros de hombre y Raul se preguntó si pertenecerían al tal Tony, camarero y artista, que había estado allí la noche anterior. ¿Sería su amante? Y, si lo era, ¿qué papel desempeñaba en la vida de Gino? ¿Era como un padrastro para el niño, o uno más de varios «tíos»?

Raul frunció el ceño, muy molesto con la idea. Sabía la clase de mujer que era Libby: una bailarina de striptease y, al parecer, una artista. En cualquier caso, el tipo de hombre que frecuentaban los locales de striptease no podía ser una buena figura paterna para el niño. Intentó no pensar en que, probablemente, su padre había conocido a Libby en uno de esos locales. No quería tener esa imagen de Pietro. Manchaba su memoria. No obstante, le gustase o no, su padre había tenido una aventura con Libby y esta le había dado un hijo.

Miró a Gino y volvió a sorprenderse con el gran parecido que tenía con Pietro. El pelo de Gino era una mata de rizos oscuros, como la que había tenido su padre, y los grandes ojos marrones tenían las mismas motas ambarinas. Raul supo que Pietro habría adorado a aquel niño, pero había estado muy enfermo cuando este había nacido y no había podido conocerlo. Raul no entendía por qué su padre no había confiado en él. Lo único que se le ocurría era que se hubiese sentido avergonzado de su relación con una bailarina de striptease cuarenta años más joven que él. O tal vez hubiese sospechado que Libby era una cazafortunas, y por eso, y para proteger a Gino, había exigido que su hijo creciese en el hogar familiar de los Carducci.

Era una pena que Pietro hubiese incluido también a la madre del niño en el testamento. Era evidente que Libby no tenía ni idea de cómo cuidar a un bebé. Gino, que había estado mirando por la ventana, se giró de repente hacia Raul y le sonrió, dejando al descubierto dos pequeños dientes blancos. Raul tuvo que admitir que el bebé era adorable. Le devolvió la sonrisa y, de repente, sintió que quería proteger al hijo de Pietro. En ese momento se dio cuenta de que quería cuidar de Gino, y de que lo querría, lo cuidaría como Pietro lo había querido y cuidado. Era su oportunidad de compensar a su padre adoptivo por todo lo que había hecho por él. Pietro había protegido económicamente al niño, pero él sería su figura paterna. Prometió que sería mucho mejor padre para Gino de lo que era Libby

como madre.

Esta salió de la cocina.

—¿Le importa sujetarlo mientras le doy la medicina? No le gusta nada —le explicó.

Sacudió la botella, vertió el líquido espeso en una cuchara y entonces se dio cuenta de que para dársela a Gino tendría que acercarse mucho a Raul. Se puso tensa e intentó no tocarlo, pero era imposible evitarlo. Fue consciente del calor que emanaba de su cuerpo, de la suavidad de su abrigo y del olor a sándalo de su colonia, mezclado con otro olor, a limpio, a jabón. Nunca, en toda su vida, había sido tan consciente de la presencia de un hombre. Le dio miedo que Raul se diese cuenta del efecto que tenía en ella, y rezó en silencio para que Gino abriese la boca como un pajarito y se tragase la medicina sin protestar.

—Buen chico —dijo en tono suave mientras lo tomaba en brazos para sentarlo en la trona.

Raul apartó la vista de los pechos de Libby, que se marcaban de manera provocativa bajo la ajustada camiseta y le preguntó en tono tenso:

—¿Cuándo podrá venir a Italia?

Ella sintió pánico, le sorprendía que Raul diese por hecho que accedería a vivir en otro país solo porque él se lo había pedido. Lo peor no era mudarse, sino hacerlo fingiendo ser quién no era. No era la madre de Gino y no sabía cómo iba a vivir con esa mentira, pero no tenía elección.

—No lo sé —admitió, mirando a Raul Carducci a los ojos—. Tendré que avisar a mi casero de que voy a cerrar la tienda e intentar vender toda la mercancía. Y, por supuesto, hacer las maletas.

Aunque en aquello último no tardaría mucho. No tenía mucha ropa, aunque lo que sí quería era llevarse todo su material para pintar y sus lienzos, y los pocos recuerdos que tenía de su madre.

—Probablemente, a finales de mes.

—Yo estaba pensando en días, no en semanas —le dijo Raul en tono frío—. Mi equipo se ocupará de la tienda y de trasportar todas sus posesiones a Italia. Solo tiene que hacer una maleta con la ropa de Gino y la suya. No creo que eso le lleve más de una hora, así que podríamos marcharnos esta misma tarde.

—¡Esta tarde! —exclamó Libby sorprendida—. Eso es imposible. Tengo miles de cosas que hacer antes de poder llevarme a Gino a otro país, a empezar una nueva vida.

Las palabras «otro país» y «nueva vida» retumbaron en su cabeza. Sintió miedo. No estaba segura de querer una nueva vida. La que tenía en Pennmar no era fácil, sobre todo en esos momentos, con lo mal que estaba funcionando la tienda, pero al menos era su vida y hacía con

ella lo que quería. No tenía que fingir ser otra persona bajo la arrogante mirada de Raul Carducci.

—No entiendo el porqué de tanta prisa —admitió—. ¿Qué más le da cuándo vayamos?

Raul pensó que, con aquel caos de habitación y el cielo gris a sus espaldas, el pelo de Libby parecía tan vivo como las llamas de una hoguera. Y su ropa estridente era una explosión de color en un mundo en blanco y negro, lo mismo que sus coloridos cuadros.

Decidió no responder a su pregunta.

—¿Son suyos? —preguntó, mirando los paisajes que había repartidos por toda la habitación.

—Sí. Mis técnicas favoritas son el óleo y el carboncillo.

Raul estudió un cuadro en el que había una terraza llena de macetas con flores de colores. Tuvo la sensación de que, si alargaba la mano, podría tocarlas.

—¿Y vende muchos cuadros?

Libby detectó escepticismo en su voz y se sintió molesta.

—Alguno… Muchos, la verdad. Aunque sobre todo en verano, cuando hay turistas. Los expongo en la tienda, pero en estos momentos hay poco movimiento —admitió en tono sombrío.

—Cuando viva en Villa Giulietta no tendrá que preocuparse por sus ingresos —le informó Raul con frialdad—. Y, por supuesto, no tendrá que hacer stripteases.

—Me alegro, porque jamás he hecho uno —replicó ella, sintiendo calor por todo el cuerpo.

—¿No trabajaba en el Purple Pussy Cat Club? —inquirió él.

A Libby le ardió el rostro todavía más. Era evidente que Raul sabía de la existencia del club y pensaba que ella había trabajado haciendo stripteases.

—Trabajaba de camarera nada más —le dijo ella.

Su sueño de estudiar Bellas Artes en la universidad se había visto truncado por la necesidad de ganarse la vida. Sus notas no habían sido demasiado buenas, así que sus opciones se habían visto muy limitadas. Había trabajado de limpiadora y en un restaurante de comida rápida antes de que su madre la hubiese ayudado a conseguir aquel trabajo como camarera en el local en el que Liz había trabajado como bailarina.

Había sido el único trabajo que había conseguido su madre después de volver a Inglaterra, tras varios años viviendo en Ibiza. Liz lo había odiado, pero le había recordado a Libby que necesitaban el dinero, y que era mejor tener aquel trabajo a no tener ninguno. Su madre había sido una persona poco convencional, en ocasiones irresponsable, pero también había sido muy orgullosa.

Raul la estaba mirando fijamente y ella se estremeció. No podía

apartar los ojos de él. Era como si la hubiese hechizado para que no pudiese moverse mientras se acercaba lentamente a ella, traspasándola con la mirada como si pudiese ver en su alma.

Se detuvo a escasos centímetros de ella y, casi como si no pudiese evitarlo, tocó su pelo.

—Entonces, ¿no es stripper?

—¡No!

A Libby le ardía el rostro, pero estaba atrapada por su magnetismo y no podía apartarse de él.

—Qué pena —murmuró Raul—. Había pensado pagarle porque me hiciese una demostración en privado.

—Pues habría tirado el dinero —replicó Libby, sintiéndose por fin capaz de retroceder.

Sacó a Gino de su trona y lo abrazó.

—Me parece que esto no va a funcionar. No estoy segura de querer llevar a Gino a Italia, a vivir en su casa, sobre todo, si va a estar haciendo comentarios de ese tipo. En cualquier caso, no puedo ir hoy. Gino tiene cita con el pediatra la semana que viene. El médico está preocupado por sus problemas respiratorios.

Raul se había acercado a la ventana y veía llover.

—Por supuesto que va a venir. No va a desaprovechar la oportunidad de llevar una vida de lujo —sentenció, girándose a mirarla e intentando ignorar el deseo que sentía por ella.

Se dio cuenta de que llevaba demasiado tiempo sin tener una amante, si no, no se habría sentido atraído por aquella mujerzuela. Remediaría aquella situación nada más volver a casa.

Pero antes tenía que convencer a Elizabeth Maynard de que fuese con él a Italia de inmediato. Por mucho que le molestase, esta controlaba el cincuenta por cien de Carducci Cosmetics y no podía dirigir la empresa sin ella.

—Cuando lleguemos a Italia buscaré a un especialista privado —le aseguró—. Gino es un Carducci, y sé que su padre habría querido que tuviese todo lo mejor.

«Todo lo mejor», pensó Libby. Su madre habría querido lo mismo para Gino. Miró a su alrededor, la moqueta estaba deshilachada, había humedades en las paredes, y se mordió el labio, consciente de que Raul la estaba observando.

—¿Cómo puede negarle a Gino su derecho de nacimiento? —le preguntó él—. En Lazio ya es primavera y el sol calienta el lago que hay junto a Villa Giulietta, el clima cálido le sentará bien. Cuando crezca, tendrá el uso exclusivo de la casa y los terrenos. Podrá jugar en los campos de naranjos y aprender a navegar en el lago.

Se prometió en silencio que él enseñaría a navegar al hijo de su padre, como Pietro lo había enseñado a él.

De repente, se le ocurrió algo que podía retrasar sus planes.

—Supongo que Gino no tendrá pasaporte.

—Lo cierto es que sí —respondió Libby.

Su madre se lo había hecho nada más nacer, probablemente, con la esperanza de que Pietro quisiera que tanto el niño como ella fuesen a Italia. Liz habría querido que Gino viviese en Italia, en una gran casa, y no en aquel piso.

Para sorpresa de Libby, Raul no parecía molesto con la idea de tener un hermanastro, como ella se había temido al principio, sino que parecía desear que viviese en la casa de los Carducci.

Pensó en sus dificultades económicas. Lo cierto era que había tocado fondo, y que corría el peligro de quedarse sin casa. El testamento de Pietro Carducci era casi un milagro, que hacía que Gino tuviese seguridad económica de por vida. Tal y como Raul había dicho, ella no tenía ningún derecho a negarle eso al niño. Y Raul había prometido que buscaría un especialista para que vigilase aquella horrible tos…

—De acuerdo —dijo de repente, con el corazón acelerado.

Se sentía como si fuese a saltar por un precipicio hacia lo desconocido, pero a Gino le habían dado la oportunidad de tener una vida mucho mejor de lo que ella podía darle en Pennmar, y ella tenía que aprovecharla en su nombre.

—Nos iremos con usted hoy mismo.

—Bien —respondió Raul en tono satisfecho.

Nunca había dudado de que la fortuna de los Carducci persuadiría a Libby de que lo acompañase a Italia. Cruzó la habitación para tomar a Gino en brazos.

—Yo me ocuparé de él mientras hace la maleta. Mi jet privado está esperándonos en el aeropuerto de Newquay. Le diré al piloto que estaremos listos dentro de dos horas.

Capítulo 3

Llegaremos a Villa Giulietta en un par de minutos —anunció Raul abruptamente.

Libby había ido mirando por la ventanilla del coche, pero al oír su voz giró la cabeza y se le hizo un nudo en el estómago. Raul era muy guapo y poseía un magnetismo sexual que la fascinaba. No pudo evitar mirar sus labios e imaginarse cómo serían sus besos, y nada más hacerlo sintió calor entre los muslos.

El rostro le ardió de la vergüenza y rezó porque Raul no pudiese leerle el pensamiento. ¿Cómo podía sentir semejante atracción por un hombre que le resultaba tan antipático? No le sirvió de nada recordarse que Raul era el hombre más arrogante que conocía, su cuerpo no atendía a razones.

La causa de aquella reacción debía de ser que Raul se hubiese dignado por fin a hablarle después de haber guardado silencio durante el vuelo, decidió Libby, molesta. En Pennmar, ella se había dedicado a hacer la maleta y cuando había terminado y había vuelto al salón, Raul había apretado los labios al ver el color naranja intenso de su abrigo.

—Parece que lleva todos los colores del arcoíris —le había dicho con desprecio.

Y ella había deseado tener ropa elegante y sofisticada, y no aquellas prendas que encontraba en las tiendas de segunda mano.

Libby pensó que Raul era un estirado. No debía de tener más de treinta y cinco años, pero la miraba con la misma altivez con la que en su momento la había mirado el señor Mills, el director del instituto en el que había estudiado, mientras le decía que no llegaría muy lejos en la vida.

Se preguntó si todos los hombres de clase alta serían así. Seguro que muchos, sí. Recordó también su relación con Miles Sefton, que había terminado de manera brusca cuando Libby le había oído decirle a su padre que por supuesto que su relación con la camarera del club de golf no era seria, que era solo un entretenimiento.

El recuerdo de aquel humillante incidente hizo que se sintiese incómoda. ¿Por qué había accedido a ir a Italia con Raul?, se preguntó, mirándolo de reojo. Sintió ganas de llorar al recordar que el padre de Miles había respondido que, efectivamente, ella no era nadie. A partir de entonces iba a vivir en una casa enorme, con un hombre

que la despreciaba y, aunque no iba a permitir que se le notase, la idea la aterraba.

Perdida en sus pensamientos, no se había dado cuenta de que el coche había reducido la velocidad y había tomado un camino bordeado de altos cipreses. A través del follaje verde oscuro Libby vislumbró un muro de piedra rosa y crema, y el brillo del sol en el agua azul. Recordó que Raul le había contado que la casa estaba cerca de un lago y entonces se terminaron los árboles y el camino se abrió en un amplio jardín, y Libby se quedó boquiabierta al encontrarse con la casa más bonita que había visto nunca.

—Vaya… —murmuró.

Villa Giulietta parecía un castillo de cuento de hadas, con sus torreones redondos y ventanas de arco brillando bajo la luz del sol. Los ladrillos en tonos rosa y crema le recordaron a un bastón de caramelo, mientras que la cantería de los torreones era exquisita.

El jardín daba además a un enorme lago de agua azul. Para entrar en la casa había que subir unas escaleras de piedra, y los elegantes pilares del porche estaban adornados con multitud de rosas color crema y rosa.

—Es… increíble —murmuró, abrumada por el esplendor de la casa.

—Estoy de acuerdo.

Por un instante, Raul se olvidó de la ira y de la frustración que había sentido desde que había leído el testamento de Pietro, se olvidó de que la mujer que tenía al lado había sido la amante de su padre y de que en esos momentos tenía derecho a vivir en la casa. Aquella era su casa y le encantaba.

Su exesposa lo había acusado de preocuparse más de la casa que de ella, en especial, cuando se había negado a mudarse de manera permanente a Nueva York. Por aquel entonces su matrimonio con Dana ya había estado agonizando. Cuando se habían separado, le había regalado a Dana el apartamento de Manhattan, pensando que esta no querría saber nada de Villa Giulietta.

Qué equivocado había estado. Dana había resultado ser una cazafortunas. Su divorcio había hecho historia, ya que Dana había conseguido una compensación récord después de tan solo un año de matrimonio. Aunque le había costado una fortuna, al menos Raul la había convencido de que se olvidase de la casa, y había aprendido que el matrimonio era una locura que no pretendía repetir.

El coche se detuvo y una mujer salió de la casa y los vio bajar de él. Libby imaginó que tendría sesenta y pico años, era delgada e iba vestida de manera elegante, y no se acercó a ellos, sino que esperó a que Raul se acercase a ella.

—Es mi tía Carmina —murmuró este a Libby antes de subir las escaleras—. *Zia* Carmina.

Tomó su mano y le dio un beso. Al fin y al cabo, era la hermana de su madre. A su padre siempre le había caído bien y la había invitado a pasar muchas temporadas en la casa. Raul sabía que Carmina había lamentado mucho la muerte de Pietro, pero, al parecer, no quería entender sus indirectas de que tenía que volver a su casa de Roma, y a Raul se le estaba empezando a agotar la paciencia.

Gino se había despertado en cuanto el coche se había detenido y sonrió a Libby mientras esta lo sacaba de su asiento. Todavía impresionada con la casa, se detuvo, indecisa, al pie de las escaleras, y sintió angustia al darse cuenta de que la tía de Raul la miraba con incredulidad.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Carmina en italiano.

Raul le hizo un gesto a Libby para que se acercase a ellos.

—Se trata de Elizabeth Maynard —respondió él—. Mi padre…

Dudó, consciente de que su tía estaba escandalizada. Él no sabía por qué, pero le costaba decir que Libby había sido la amante de Pietro, pero su tía estaba mirando a Gino y acababa de levantar ambas manos en un gesto de desprecio.

—¿Esta chica era la amante de mi cuñado? —preguntó, de nuevo en italiano—. Qué vulgar. ¿En qué estaba pensando Pietro? Debió de volverse loco cuando invitó a esta *puttana* a vivir en Villa Giulietta.

Raul había sentido exactamente lo mismo, pero en esos momentos le molestaron las groseras palabras de su tía, y se alegró de que Libby no pudiese comprenderlas.

—Mi padre podía hacer lo que quisiese, y dejó claro que deseaba que su… compañera y su hijo viviesen aquí —le recordó a su tía en tono frío.

—¡Bah!

Carmina no saludó a Libby, se limitó a volver a mirarla con desprecio y después se dio la media vuelta y entró en la casa.

Libby la vio marchar y abrazó a Gino con fuerza, y entonces se dio cuenta de que le temblaban las manos. No había entendido la conversación entre Raul y su tía, pero la señora había dejado claro lo que pensaba. *Puttana* tenía que ser algo malo, por la manera en que se lo había dicho la tía Carmina.

Ella volvió a pensar que era una locura hacerse pasar por la madre de Gino. Tal vez la familia Carducci la viese de manera más benévola si les explicaba la verdad, pero si Raul se enteraba de que ella no tenía ningún derecho a estar allí, podía pedirle a su conductor que la llevase de vuelta al aeropuerto.

Se dijo que no podían quitarle a Gino e, inconscientemente, lo abrazó con más fuerza, pero Raul era un hombre que viajaba en jet privado y que vivía en una casa que parecía un palacio. Era rico y poderoso, y Libby estaba segura de que si decidía luchar por la

custodia de Gino, ganaría.

El niño pesaba, así que se lo cambió de cadera.

—Traiga, déjemelo a mí —se ofreció Raul, alargando las manos.

—¡No! —respondió ella, agarrando al niño con fuerza.

Raul frunció el ceño al ver su reacción.

—Gracias, pero en realidad es usted un extraño, y no quiero alterarlo mientras conoce su nueva casa —añadió Libby en un murmullo.

Raul la miró, pensativo.

—Estoy seguro de que pronto se acostumbrará a mí, y a la casa.

Se preguntó por qué parecía Libby tan nerviosa. La mayoría de mujeres a las que conocía habrían sido incapaces de ocultar su alegría ante la perspectiva de vivir en aquella casa con todos los gastos pagados, pero Libby parecía recién condenada a una pena de prisión. Vestida con las botas y la falda moradas, las medias verdes y el abrigo naranja, su aspecto era incongruente, pero no había nada que pudiese disminuir la belleza de su rostro. Raul clavó la mirada en sus dulces labios y no pudo evitar imaginarse besándolos lentamente.

Entonces se recordó que era una mujerzuela y se apartó de ella de manera brusca.

—Sígame. Le enseñaré sus habitaciones —ordenó.

Libby lo siguió en silencio, poniéndose todavía más nerviosa al ver los suelos de mármol, las columnas y los exquisitos murales que adornaban paredes y techos. El sol del atardecer penetraba por las ventanas y bailaba en la lámpara de araña que había en el centro de la habitación. Le habría gustado quedarse allí a estudiar las bellas esculturas de bronce que adornaban la entrada, pero Raul siguió andando, así que tuvo que correr para seguirlo.

Este la condujo por interminables pasillos, pasaron por habitaciones elegantes y espaciosas, llenas de muebles antiguos. Mientras subían otro trecho de escaleras, Libby pensó que habría podido pasarse el resto de la vida perdida por aquellos pasillos. Entonces, Raul se detuvo y abrió una puerta, después se apartó y la dejó entrar en una zona de habitaciones que incluía un salón, una pequeña zona de comedor y un dormitorio.

—Esta es la habitación infantil —le dijo a Libby, abriendo otra puerta que daba a un dormitorio más pequeño, decorado en amarillo claro.

Los muebles eran bonitos, y las cortinas y la alfombra azules le daban color a la habitación.

Libby dejó a Gino en el suelo y este fue directo a la caja de juguetes que había en un rincón. Raul lo observó unos segundos antes de comentar:

—No lo veo muy alterado, ¿no? Por cierto, que la niñera tiene la

habitación de al lado.

—¿Qué niñera?

—La que he contratado para que la ayude a cuidar de Gino. Es de la mejor agencia de Italia y me la han recomendado encarecidamente.

—Como si es la madre Teresa de Calcuta —replicó Libby con miedo. No quería que nadie ocupase su lugar en la vida de Gino—. Ya la puede despedir. Soy capaz de cuidar de Gino sola.

Raul arqueó las cejas con desprecio.

—Teniendo en cuenta lo que he visto en su piso de Pennmar, estoy en total desacuerdo. Era un tugurio inmundo.

Indignada por la descripción de su anterior hogar, Libby perdió los nervios.

—No es verdad. Siempre estaba limpiando, y rasqué muchas veces el moho de las paredes. No era culpa mía que fuese un lugar tan húmedo.

—El salón parecía una pocilga —insistió Raul con frialdad.

—Eso fue porque tuve que trasladar todas las cosas del dormitorio cuando este se inundó…

Libby se interrumpió y en ese momento llamaron a la puerta. Una mujer morena entró en la habitación.

—Ah, Silvana —dijo Raul, acercándose a saludarla—. Me gustaría presentarte a tu nueva responsabilidad.

Tomó a Gino en brazos y, para fastidio de Libby, el niño rio alegremente y exploró el rostro de Raul con su mano.

—Este es Gino —le dijo y, tras una pausa, añadió—: Ah… y su madre, la señorita Maynard.

Silvana dedicó a Libby una alegre sonrisa y después miró a Gino.

—Qué niño tan precioso —le dijo, para después añadir en italiano —: *Sei un bel bambino, Gino*.

—No entiende italiano —comentó Libby muy tensa.

Deseó que Gino se hubiese puesto a llorar cuando la niñera le había hablado, pero lo cierto era que parecía muy contento en brazos de Raul y que estaba sonriendo a Silvana como Libby había pensado que solo le sonreía a ella.

—Silvana hablará a Gino también en italiano, para que sea bilingüe —le informó Raul a Libby con frialdad—. Ahora vive en Italia y es evidente que tendrá que dominar su lengua materna, ¿no cree?

—Supongo que sí —murmuró Libby.

Entendía que Gino tuviese que aprender italiano, pero no había pensado en ello antes y le molestó que Raul se le hubiese adelantado.

—Yo también tendré que aprenderlo. El español no me costó mucho, así que supongo que el italiano tampoco será demasiado difícil.

—¿Aprendió español en el colegio? —preguntó Raul por curiosidad.

—No…

Libby no quería admitir que no había ido al colegio hasta que su madre y ella habían vuelto de Ibiza para vivir en Londres, ni que no había aprendido mucho durante su paso por la escuela local.

—Pasé parte de mi niñez en Ibiza. Fue allí donde aprendí español.

Frunció el ceño al ver que Raul le pasaba a Gino a la niñera y que el pequeño no reaccionaba de manera negativa. Al parecer, estaba superando la fase en la que no quería estar con extraños, y era egoísta por parte de Libby desear que solo quisiese estar con ella.

—¿Quiere que le dé a Gino la merienda y el baño?

Libby separó los labios para protestar, pero se lo pensó mejor al darse cuenta de que la expresión de Raul era firme. Este la hizo salir a la habitación de al lado y, en cuanto estuvieron a solas, Libby se giró hacia él.

—No puedo evitar que contrate a una niñera, pero quiero que sepa que está tirando el dinero, porque yo soy su madre y soy quien lo va a cuidar a tiempo completo, como he hecho siempre.

A Raul le sorprendió su bravura. Se había convencido a sí mismo de que Libby se había quedado embarazada de Pietro solo para pedirle después la manutención del niño, y había dado por hecho que se mostraría feliz ante la idea de ceder la responsabilidad del niño, pero durante el vuelo a Italia ya le había sorprendido la adoración y el amor que demostraba sentir por Gino.

—En Inglaterra no habría podido cuidar sola de él cuando hubiese tenido que ocuparse de la tienda —argumentó—. Y dice que es artista, pero tampoco habría tenido mucho tiempo para pintar.

Libby se encogió de hombros.

—Estaba acostumbrada a que estuviese en la tienda conmigo. Y pintaba cuando Gino dormía la siesta, aunque es cierto que lo hacía menos desde que…

Había estado a punto de decir que desde que su madre había tenido a Gino, pero pronto se corrigió:

—Desde que Gino nació.

Raul pensó en los bonitos cuadros que había visto en su casa.

—Debió de ser difícil, dejar de hacer algo que le gustaba tanto.

Libby se quitó el abrigo y se apartó el pelo de la cara.

—En realidad, no. Lo primero es Gino. Lo quiero más que a nada —aseguró apasionadamente.

Él apretó los labios y se acercó a la ventana. Necesitaba apartar la vista de Libby. Cuando esta se había quitado el abrigo, Raul había sentido cómo la mirada volvía a írsele a sus pechos. De hecho, llevaba excitado desde que sus cuerpos se habían tocado en el coche. Era una mujer muy intensa, colorida y que desprendía energía. ¿Habría sido aquella energía y pasión lo que había atraído a su padre? Apartó esa

idea de su mente. No soportaba pensar en Libby y Pietro juntos… La deseaba él.

Indignado por su propia debilidad, se giró a mirarla.

—Le guste o no, habrá ocasiones en las que tendrá que dejar a Gino con Silvana. No podrá llevarlo a las reuniones de la junta —le explicó.

Libby frunció el ceño.

—Yo no voy a ir a ninguna reunión… ¿o sí?

—Como le expliqué, mi padre le ha dejado el cincuenta por ciento de Carducci Cosmetics a Gino, pero hasta que este sea mayor de edad, usted tendrá el control de su parte de la empresa, y tendrá que asistir a las reuniones con la junta directiva.

—Entiendo —respondió ella, mordiéndose el labio inferior—. En realidad, yo no tengo ni idea de dirigir una empresa.

—Eso es evidente, teniendo en cuenta el precario estado económico en el que estaba su tienda —le dijo Raul—. No se preocupe. No tendrá que hacer nada, salvo firmar cuando yo le pida que firme.

Libby lo fulminó con la mirada, furiosa por su comentario acerca de la tienda.

—Supongo que tendré que dejar a Gino con la niñera mientras asisto a las reuniones —concedió a regañadientes—. Al menos, Silvana parece agradable, no como su tía Carmina, que es una vieja horrible.

En realidad, Raul estaba de acuerdo con Libby, pero Carmina era miembro de su familia y había sido la hermana de su querida madre, mientras que Libby solo había sido la amante de su padre, una cazafortunas.

—No toleraré que hable de manera tan irrespetuosa de ningún miembro de mi familia —le advirtió—. Está aquí porque mi padre lo deseaba, pero le sugiero que recuerde cuál es su sitio.

—¿Y cuál es mi sitio? —inquirió Libby, encendida por semejante arrogancia—. Su querida tía me ha mirado como si acabase de salir de las cloacas. Y, por cierto, ¿qué significa *puttana*? Le pediré a Silvana que me haga la traducción.

Raul la fulminó con la mirada, furioso. Era la primera vez en su vida que alguien cuestionaba su autoridad o le hablaba así. Se sintió tentado a agarrarla con fuerza y a hacerla callar con un beso.

—Significa zorra —le dijo muy serio.

—Ah —de repente, en vez de ira Libby sintió aprensión.

No se había hecho falsas ilusiones acerca de su llegada a Villa Giulietta. Raul debía de haberse llevado una buena sorpresa al enterarse de que no era el único heredero de su padre, y era evidente que estaba molesto con ella, ya que pensaba que había sido la amante de Pietro. Raul la había acusado de ser una cazafortunas, de haber querido atrapar a un hombre mucho mayor y rico, pero… ¡zorra!

—Eso es horrible —murmuró, con los ojos llenos de lágrimas.

«*¡Dio!*». Libby era una actriz maravillosa, se dijo Raul, rabioso por sentirse culpable al ver que le temblaba el labio inferior. Parecía dolida y vulnerable, pero él sabía que la mayoría de las mujeres eran manipuladoras, y estaba convencido de que aquella, también.

—*Zia* Carmina era la hermana de mi madre. Tras la muerte de Eleanora, guardó una estrecha relación con mi padre —explicó en tono tenso—. Debe comprender que mi tía se llevó una gran sorpresa al enterarse de que su cuñado, al que tanto quería y respetaba, tenía una amante y un hijo.

Frunció el ceño.

—Es usted tan joven. *Dio*, Pietro podría haber sido su abuelo. Es normal que a Carmina le cueste verla aquí, cuando todavía está llorando la pérdida de mi padre.

—El dolor no da derecho a nadie a ser desagradable —respondió Libby—. Yo también estoy pasando por un mal momento.

Todavía no había superado la pérdida de su madre y, si bien durante el día se mostraba fuerte frente a Gino, todavía lloraba la mayoría de las noches.

—Estos últimos meses han sido los peores de mi vida —le confesó a Raul.

Este pensó que estaba fingiendo la emoción que parecía haberla invadido. No podía estar tan dolida por la muerte de su padre como parecía. Raul la miró con frustración, sin saber qué pensar de ella. Antes de conocerla, se había imaginado a una mujer sin escrúpulos, pero Libby no era como él había pensado. Daba la sensación de que Pietro le había importado de verdad, pero ¿cómo era posible que una joven tan bella se hubiese sentido atraída por un hombre cuarenta años mayor? Enfadado, se dijo que tenía que haber sido por su dinero.

Apartó la vista de Libby. De repente, sintió la necesidad de alejarse de ella. Todo habría sido mucho más fácil si hubiese sido realmente una mujerzuela sin sentimientos. Quería despreciarla, pero cuanto más la miraba, más la deseaba.

Atravesó la habitación y abrió un maletín que había encima de la mesita del café.

—Ha sido un día muy largo y estoy seguro de que quiere instalarse. Han subido sus maletas del coche y el resto de cosas que había en su casa estarán aquí en un par de días.

Sacó unos documentos del maletín y la miró.

—Necesito que firme varias cosas.

—¿Qué son? —preguntó Libby con cautela, mirando el montón de documentos y sintiendo aprensión al darse cuenta de que Raul iba a esperar allí hasta que los leyese.

—Están relacionados con varias decisiones que he tomado con respecto a Carducci Cosmetics —le respondió él, hojeando

relajadamente los documentos—. Este detalla la fusión con una empresa de cosmética sueca, que me gustaría llevar a cabo lo antes posible. Y este otro documento es para autorizar la transferencia de fondos a una de las filiales de Carducci Cosmetics en Estados Unidos. Solo tiene que firmar, no hace falta que los lea.

Libby frunció el ceño.

—¿Cómo voy a firmar algo que no he leído?

Se sentó, encendió la lamparita que había encima de la mesa y tomó el primer documento del montón, y Raul se sintió molesto.

—No hace falta que lo lea —repitió, fijándose en cómo la luz de la lámpara hacía que su pelo pareciese de oro—. Usted misma ha dicho que no sabía nada acerca de cómo dirigir una empresa. No entiendo que mi padre quisiese que tuviese el control de las acciones de Gino.

Su frustración era tangible.

—Cuando Pietro falleció, pensé que yo asumiría el control de Carducci Cosmetics —continuó—, pero la empresa lleva ocho meses en el limbo. No podía encontrarla y, como controla el cincuenta por ciento de la misma, no podía hacer nada.

Tomó aire para intentar tranquilizarse.

—No le pido que haga un curso intensivo de gestión empresarial. De hecho, ambos nos ahorraríamos mucho tiempo si se limitase a firmar al final de cada documento.

Libby lo miró. De repente, se dio cuenta de que la prisa de Raul por llevarlos a Italia no había tenido nada que ver con su preocupación por las condiciones de vida de Gino en Pennmar. No, lo único que le importaba a Raul era Carducci Cosmetics, y tenía que compartir el control de la empresa con ella hasta que Gino tuviese dieciocho años.

—Me pregunto por qué Pietro no le cedió a usted todas las acciones —comentó—. Tal vez no confiaba en que fuese a mirar por los intereses de Gino.

Raul se sintió como un volcán a punto de entrar en erupción al oír aquello y solo pensó en que quería que Libby se disculparse por haber dicho aquello.

—¿Se atreve a sugerir que mi padre no confiaba en mí? —inquirió, odiándola por haber puesto voz a las mismas dudas que él había tenido desde que había leído el testamento de Pietro.

Tal vez Libby tuviese razón, tal vez su padre adoptivo no hubiese confiado en él lo suficiente como para darle el control de las acciones de Gino en la empresa. La idea le rompió el corazón y la única manera de gestionar aquella sensación fue enfadándose. Intentó contener la ira. No estaba enfadado solo con Libby, sino también consigo mismo, ¿cómo era posible que la desease tanto en aquellas circunstancias?

Libby lo miró de reojo y se dio cuenta de que había ido demasiado lejos, la mirada de Raul era gélida. No obstante, necesitaba saber la

verdad.

—Pietro debía de tener sus motivos para querer que la madre de Gino controlase su parte de Carducci Cosmetics —insistió.

Si Pietro había tenido dudas acerca de la honradez de su hijo adoptivo, ella también las tenía.

Raul echó la cabeza hacia atrás como si acabase de recibir una bofetada.

—*Dio*, alguien va a tener que enseñarle a controlar esa insolente lengua —bramó.

Se acercó a ella con la velocidad de una pantera a punto de matar. Y Libby se dio cuenta demasiado tarde de que Raul pretendía que aquel «alguien» fuese él, pero ya había enterrado los dedos en su pelo y le había echado la cabeza hacia atrás, y un grito ahogado se perdió entre sus labios, que la besaron de manera salvaje.

Capítulo 4

Libby se puso tensa, el rechazo la paralizó mientras Raul la agarraba de los hombros y la atraía hacia su cuerpo. La sorpresa se convirtió en indignación e intentó apretar los labios con fuerza y alejarse de él, pero Raul tenía mucha más fuerza que ella y le tiró del pelo para obligarla a tener la cabeza echada hacia atrás.

Aturdida, Libby reconoció que la caricia de sus labios era extremadamente sensual. No importaba que aquel hombre no le gustase, ni que él la despreciase a ella. Había fantaseado con cómo serían sus besos nada más verlo entrar en la tienda y la realidad era tan embriagadora que Libby no pudo evitar responder. Raul empujó con la lengua entre sus labios y aprovechó un grito ahogado de Libby para entrar en el calor y la humedad de su boca y explorarla con una meticulosidad que la hizo temblar.

Todos sus sentidos estaban alerta y el sabor de Raul, su olor, una tentadora mezcla de colonia y feromonas masculinas, hicieron que le ardiese la sangre en las venas. El deseo de huir de él se vio reemplazado por otro instinto: el de someterse a su fuerza y responder a sus ansiosas exigencias con una pasión de la que Libby no se había creído capaz. Era la primera vez que se sentía así, ni siquiera le había ocurrido con Miles, del que había estado muy enamorada. Con un solo beso, Raul había despertado su sensualidad y en esos momentos estaba dispuesta a disfrutar de todo lo que le ofreciese.

Había apoyado las manos en su pecho para apartarlo, pero las deslizó hasta su cuello para permitir que él la acercase más a su cuerpo. Podía sentir todos los músculos de su fuerte pecho y sintió calor entre los muslos al notar su dura erección empujándole el abdomen.

Él pasó una mano por la espalda, luego la deslizó por el hombro y trazó la frágil línea de la clavícula antes de acariciarle un pecho. Libby se estremeció de placer. Le pesaban los pechos y tenía los pezones erguidos y muy sensibles. Deseó que Raul metiese la mano por debajo del sujetador de encaje y que le acariciase directamente la piel. La idea hizo que le ardiesen las mejillas, pero Raul seguía besándola y creando en ella un deseo que la llevó a rozar su cuerpo descaradamente contra el de él.

Y entonces, con una impactante brusquedad, Raul terminó el beso y levantó la cabeza para mirarla fijamente antes de retroceder

respirando con dificultad. Libby se tambaleó, estaba temblando y se sentía vacía de repente.

—Eso no tenía que haber ocurrido —dijo él, como si se diese asco a sí mismo.

Pero en vez de mirarla con desprecio, como Libby habría esperado, la miró con un intenso deseo. Raul la deseaba. Tal vez se odiase a sí mismo, pero, por unos segundos, había sido incapaz de ocultar el deseo que sentía por ella.

Había recogido el montón de documentos y los había vuelto a meter en el maletín, y en esos momentos estaba atravesando la habitación. Iba casi corriendo y con las mejillas coloradas. Libby se ruborizó también al recordar cómo había respondido a su beso. ¿Tendría miedo Raul de que intentase echársele encima? O, teniendo en cuenta el deseo con el que la había mirado antes de marcharse, ¿era de sí mismo de quién tenía miedo?

Raul tomó el pomo de la puerta y la abrió con tal fuerza que chirrió. Estaba furioso consigo mismo, indignado. Libby había sido la amante de su padre, no entendía cómo podía desearla. La había besado porque estaba enfadado, para castigarla por haber sugerido que Pietro no había confiado en él, pero el castigo se había vuelto en su contra, porque en cuanto había tocado sus suaves labios, se había visto consumido por el ardiente deseo de poseerla.

Se giró antes de salir, la miró y ardió por dentro al ver que tenía los labios hinchados y rojos por el beso. Pensó que era una bruja. Una bella hechicera de piel clara y ojos de gacela que había engañado a su padre, pero a él no lo iba a embaucar, se iba a proteger de su magia.

—Tengo una cita esta noche —le dijo fríamente—, y como mi tía me ha informado de que no se encuentra bien, he pedido que os suban aquí la cena.

Hizo una pausa y, al ver que Libby no respondía, continuó:

—He organizado una reunión con todos los directores ejecutivos de Carducci Cosmetics mañana a mediodía. Saldremos hacia Roma después del desayuno, ya que tengo muchas cosas que hacer en mi despacho antes de la reunión. Silvana cuidará de Gino.

Ella se mordió el labio.

—¿Cuánto tiempo estaremos fuera? No quiero dejarlo aquí demasiado.

—Imagino que la reunión durará casi toda la tarde. Hay que discutir varios asuntos urgentes —le contestó Raul con impaciencia, pensando en los meses en los que la empresa había estado estancada mientras él buscaba a la amante de su padre—. Estas reuniones son una parte necesaria de la dirección de la empresa. Y las relaciones sociales son una vía fundamental en los negocios.

Hizo una pausa y después añadió:

—Aunque habría una manera de que pudieses dedicar todo tu tiempo a Gino, y tener tiempo para volver a pintar.

—¿Cuál? —preguntó Libby sorprendida.

—Podrías cederme el control de las acciones de Gino a mí.

Ella negó inmediatamente con la cabeza.

—He pasado toda mi vida preparándome para ocupar el lugar de mi padre al frente de Carducci Cosmetics —añadió él, furioso—. Pietro fue demasiado cauto, pero yo tengo planes que convertirán a la empresa en líder mundial durante el siglo XXI.

—Tal vez tu padre desease que fueses más cauto —respondió Libby —. Quizás le preocupase que te arriesgases demasiado, y por eso quiso que la madre de Gino controlase las acciones de este hasta que el niño fuese mayor de edad. Tal vez no sepa nada de cómo dirigir una empresa, pero no soy tonta. Entiendo que un alto riesgo puede dar grandes beneficios, pero no voy a jugar con el futuro de Gino, y no daré mi visto bueno a proyectos que me parezcan demasiado arriesgados.

Aquello enfadó a Gino todavía más. Las arrugas de la frente estaban marcadas. El único tema sobre el que no había estado de acuerdo con su padre había sido el futuro de Carducci Cosmetics. Pietro se había contentado con que la empresa realizase inversiones seguras mientras que Raul había visto las posibilidades de la expansión y la diversificación. Era cierto que estas implicaban riesgos, pero él había demostrado, consiguiendo su propia fortuna en el mercado bursátil, que sus apuestas siempre salían bien.

Era evidente que Pietro no había confiado en él y había encontrado la manera de controlarlo a través de su amante. Raul se dio cuenta de que la única solución posible estaba en la cláusula que establecía que si Libby se casaba, él conseguía el control de las acciones. Una cláusula que Libby desconocía porque no se había molestado en leer el testamento entero en Pennmar.

¡Madre di Dio! Era la solución perfecta para conseguir lo que más deseaba en el mundo: controlar completamente la empresa para la que se había preparado desde niño, pero ¿podía casarse con la amante de su padre? Imposible. Era una idea inconcebible. Ya había experimentado las delicias del matrimonio en una ocasión, pensó con sarcasmo, y no tenía la intención de repetir el peor error de su vida.

¿Ni siquiera para conseguir lo que más quería en el mundo?, lo tentó su mente. ¿Ni siquiera si haciéndolo conseguía el control de Carducci Cosmetics y la oportunidad de acostarse con una mujer que ponía su libido en órbita cada vez que la veía?

No le costaría mucho esfuerzo convencer a Libby de que se casase con él. Al fin y al cabo, había tenido una aventura con su padre, así que no iba a rechazarlo a él. Y, por supuesto, Raul pediría a sus

abogados que incluyesen un contrato prenupcial para que pudiese divorciarse en cuanto se cansase de ella.

Miró a Libby, que estaba en la otra punta de la habitación, pensó en el pecho firme que había acariciado y sintió tanto deseo que solo pudo pensar en arrancarle la camiseta y el sujetador y acariciarla con ambas manos. La química que había entre ambos era casi tangible. Raul estaba seguro de que Libby no pondría ningún impedimento si la llevaba al dormitorio y le hacía el amor.

Se sintió muy tentado a hacerlo y tuvo que controlarse para salir de la habitación y cerrar la puerta tras de él. Si se casaba con ella podría disfrutar de aquel delicioso cuerpo y asumir el control completo de la empresa. Merecía la pena considerar seriamente la idea.

Después de que Raul se hubiese marchado, Libby pasó unos segundos tocándose los labios, todavía conmovida por su beso. Disgustada, se preguntó cómo podía haber respondido al beso de manera tan obvia. La tía de Raul la había acusado de ser una fulana y, después de cómo se había comportado, él debía de pensar lo mismo.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y se dejó caer en el sofá, donde enterró el rostro entre las manos. Llevaba semanas durmiendo mal a causa de la tos de Gino y estaba tan cansada que casi no podía ni pensar con claridad. Habían pasado tantas cosas en tan pocas horas que parecía haber perdido el control de su vida. Raul había entrado en ella con la fuerza de un tornado, pero Libby había accedido a llevar a Gino a Italia porque quería más que nada en el mundo que tuviese la estabilidad y la seguridad que ella no había tenido en su niñez.

No había imaginado que Raul y ella se atraerían tanto. Libby no tenía prácticamente experiencia, a pesar de sus veintidós años, ya que ser testigo de la desastrosa vida amorosa de su madre había hecho que no quisiese salir con chicos, y su única relación seria había sido con Miles, pero este nunca le había hecho sentirse como le había hecho sentirse Raul con su beso.

Todavía tenía su sabor en los labios. Se pasó las puntas de los dedos por ellos y sintió calor de nuevo. Durante unos segundos, imaginó que volvía a besarla y a acariciarla, que la tumbaba en una cama…

Abrió los ojos de golpe. Eso no iba a ocurrir. Jamás permitiría que aquella fantasía se hiciese realidad porque Raul pensaba que era la madre de Gino y no podía arriesgarse a que descubriese que era virgen. A partir de ese momento, ignoraría la química sexual que había entre ambos e intentaría que sus caminos se cruzasen lo menos posible en la inmensa Villa Giulietta.

Miró a su alrededor. El elegante salón estaba decorado en tonos claros, lo mismo que el dormitorio, y le faltaba color para ser más

acogedor. No le apetecía cenar allí, pero era preferible a hacerlo con la desagradable tía de Raul.

Se preguntó dónde cenaría Raul. ¿Con su amante, tal vez? Era un hombre muy guapo y viril, así que seguro que tenía muchas amantes, pero Libby se recordó que su vida personal no era de su incumbencia y se enfadó consigo misma al no poder evitar imaginárselo haciendo el amor con alguna bella mujer. La única persona que le importaba a ella era Gino, que estaba dormido en su habitación, una habitación seca y con mucha luz. Había hecho lo correcto al llevarlo a vivir a aquella bonita casa. Con aquello en mente, fue a ver cómo estaba el niño.

A la mañana siguiente, el Lamborghini de Raul fue tan rápido que los campos y las parcelas de olivos se difuminaron ante sus ojos. Libby levantó la vista de las manos bronceadas de Raul, estudió su perfil y suspiró. Este no le había hablado desde que la había visto salir de la habitación vestida para viajar a Roma, pero la había mirado con desaprobación.

Libby pensó molesta que no sabía qué ropa había esperado que se pusiera. No tenía trajes de diseño, ni nada que fuese adecuado para una reunión de negocios. Era cierto que la minifalda vaquera que llevaba era muy corta, pero con los *leggings* debajo iba decente. Tenía una camiseta color cereza y morado muy bonita, pero la rosa hacía juego con las chanclas y, a fin de parecer más elegante, Libby se había recogido el pelo y se había puesto un pañuelo morado en la cabeza.

No obstante, en comparación con el traje gris marengo de Raul, hecho a medida, la camisa de seda azul marino y la corbata gris, seguro que ella estaba hecha un desastre. Raul era, de los pies a la cabeza, un hombre de negocios multimillonario, y estaba tan sexy que a Libby se le encogía el estómago cada vez que al cambiar de marcha le rozaba el muslo con la mano.

Desesperada por romper aquella intensa sensación, buscó en su mochila vaquera los caramelos de menta que solía llevar siempre, y encontró por fin un viejo paquete de chicles.

—¿Quieres uno? —le preguntó a Raul.

—¿Mascas chicle?

Su expresión de desagrado era casi cómica, pero Libby se ruborizó, consciente de lo distintos que eran sus mundos. Suponía que las elegantes mujeres con las que Raul socializaba jamás mascaban chicle.

—No es como si tomase heroína —murmuró, volviendo a meter el paquete en la mochila—. Son chicles sin azúcar. ¿Nunca te relajas?

—Si por relajarse te refieres a vestirme como un payaso, la respuesta es no.

—Yo no voy vestida como un payaso —replicó ella—, pero me gusta

vestir de colores.

—Ya me había dado cuenta.

—Es mejor eso que ser un carcamal. Apuesto a que también duermes con traje.

—Lo cierto es que siempre duermo desnudo.

—Ah.

Libby sintió calor al imaginarse a Raul desnudo y tosió para disimular.

Este pensó que hacía mucho tiempo que no había visto ruborizarse a una mujer, pero imaginó que Libby debía de estar fingiendo inocencia.

—Tengo la sensación de que voy a arrepentirme de preguntar esto, pero ¿qué es para ti un carcamal?

—El director de mi antiguo colegio —respondió ella sin dudarlo—. Era estirado, pomposo, puritano…

—Veo que no te caía bien —murmuró Raul, frunciendo el ceño al pensar que Libby lo veía como al director de su colegio.

No entendía por qué le importaba lo que pensase de él, pero le molestaba que lo viese así. Aunque seguro que no lo había visto como a un tipo estirado y puritano cuando le había devuelto el beso con tanto entusiasmo la noche anterior.

—Era yo la que no le caía bien al señor Mills —respondió ella, interrumpiendo los pensamientos de Raul—. Me acusaba de ser una rebelde y me decía que jamás aprobaría, pero yo le demostré lo contrario. Aprobé Arte.

—¿Solo Arte?

Raul se había educado en uno de los mejores colegios privados de Roma y había hecho un Master en Harvard. Así que no pudo ocultar su sorpresa al enterarse de la falta de formación de Libby. ¿Cómo iba a compartir la dirección de Carducci Cosmetics con una chica de veinte años sin ningunos estudios?

—Supongo que estudiaste en Ibiza, donde dijiste que habías vivido. ¿Tenían tus padres casa en la isla? —le preguntó.

—No —contestó Libby, dudando.

Pero se dijo que no tenía por qué mantener en secreto cómo había sido su niñez.

—Me crio mi madre. No tengo padre, bueno, supongo que lo tengo, pero no lo conozco. Abandonó a mi madre cuando estaba embarazada de mí. Mi madre tenía diecisiete años cuando yo nací, así que tuvo algunos problemas.

No añadió que Liz había consumido drogas durante varios años, ni que la vida en la destartalada casa en la que habían pasado los primeros años había sido horrible.

—Al final los servicios sociales me llevaron a una familia de acogida hasta que mi madre salió adelante. Estuvo bien —titubeó ligeramente

—. Mis padres de acogida eran buena gente, pero tenían que cuidar de siete niños más, y la vida con ellos era bastante caótica. Yo echaba mucho de menos a mi madre y me alegré mucho cuando pude volver con ella. Fue entonces cuando me llevó a Ibiza, a vivir en una comuna, con artistas y librepensadores.

«Quiere decir hippies», pensó Raul con sarcasmo. Era evidente que Libby había tenido una niñez poco convencional, era hija de una madre soltera y, en esos momentos, madre soltera ella también. Raul esperó que no quisiese llevarse a Gino a una comuna también, porque él jamás se lo permitiría. El hijo de su padre tenía que estar en Villa Giulietta. De repente, Raul se dio cuenta de que se alegraba de que Pietro hubiese querido que el bebé creciese en la casa, donde estaría seguro.

Otra idea le vino a la cabeza. Si se casaba con Libby, podría adoptar a Gino y pedir después su custodia si su madre decidía marcharse a vivir en una comuna. Se obligó a apartar aquello de su mente y se concentró en la carretera, que se estaba llenando de tráfico al aproximarse a la ciudad.

—¿Y cuánto tiempo viviste en la comuna? —preguntó.

—Siete años. Volvimos a Inglaterra cuando yo tenía catorce —le explicó Libby—. Recibí algunas clases de uno de los miembros de la comuna, que había sido profesor, pero cuando volví al colegio en Londres pronto me di cuenta de que tenía muchas carencias. En Ibiza me habían dejado crecer salvaje y no estaba acostumbrada a una educación normal. Odiaba las clases y el uniforme.

Y, sobre todo, la sensación de ser una inútil, se dijo en silencio.

—La única asignatura en la que destacaba era Arte.

En esos momentos, que era una adulta, lamentaba amargamente su falta de formación. Había adorado a su madre, pero sabía que Liz había sido muy irresponsable, sobre todo, en lo referente a su educación.

No obstante, prefería haber vivido con su madre que en ningún otro lugar. Ir a una casa de acogida había sido una experiencia traumática y ese era el motivo por el que, tras la muerte de Liz, había decidido quedarse con Gino. El niño tenía que estar con ella. Legalmente, Raul era el hermanastro de Gino, pero dado que era el hijo adoptado de Pietro, en realidad no tenía ninguna relación de consanguinidad con el niño.

Perdida en sus pensamientos, de repente se dio cuenta de que Raul le estaba hablando.

—¿Cómo vas a adoptar un papel activo en Carducci Cosmetics si admites no tener ninguna experiencia empresarial? —le preguntó con impaciencia—. Pietro debió volverse loco para cederte el control de las acciones de Gino. Una stripper que solo aprobaba Arte…

Se interrumpió y dijo algo en italiano que Libby imaginó que no era un cumplido.

—Tal vez no tenga formación, pero la vida me ha enseñado mucho desde niña —le respondió—. Durante años, ayudé a mi madre en su puesto en un mercadillo, y estoy segura de saber diferenciar una operación arriesgada de una segura. Estoy decidida a velar por los intereses de Gino. Y ya te he dicho que no he trabajado nunca de stripper.

—Entonces, ¿dónde conociste a mi padre?

La pregunta sorprendió a Libby, que se quedó de piedra e intentó recordar todo lo que Liz le había contado acerca de sus vacaciones con Pietro Carducci.

—En un crucero —balbució—. Fue un viaje de un mes por el Mediterráneo.

Raul la miró sorprendido.

—¿Haces muchos cruceros?

A Libby no se le daba bien mentir, y notó cómo le ardían las mejillas según se iba enredando más en el engaño que había comenzado al decirle a Raul que era la madre de Gino.

—No, aquel fue el primero. Lo gané en un concurso —añadió, aliviada porque al menos aquello era verdad.

Liz se había sentido feliz al ganar aquellas vacaciones de lujo.

—Entonces, ¿conociste a mi padre en el barco? —volvió a preguntar Raul, recordando que había acompañado a su padre a bordo del *Aurelia* y que la mayoría de sus ocupantes habían sido personas mayores.

—Sí —contestó ella, contando la historia que Liz le había contado a ella acerca de cómo había conocido a Pietro—. El *Aurelia* era enorme. Una noche me confundí volviendo a mi camarote y acabé en la cubierta de primera clase. Pietro estaba volviendo a su camarote, nos pusimos a hablar, y… bueno… Así fue cómo nos conocimos.

—Qué casualidad que te equivocases aquella noche, ¿no? —comentó Raul en tono irónico.

Libby se ruborizó de nuevo. Era evidente que Raul pensaba que era una cazafortunas que había ido directa a por su padre, pero su madre no había sido así. Liz la había criado sola después de que el padre de Libby la hubiese abandonado. La vida había sido dura, pero Liz había sido una mujer muy independiente y jamás se habría sentido atraída por un hombre por su dinero. No obstante, Libby no podía contarle aquello a Raul, ya que quería que este creyese que ella misma había sido la amante de su padre. Se había cavado su propio hoyo y se estaba hundiendo en él, pero si quería quedarse con Gino, no podía revelar la verdad.

Raul apretó los labios en un gesto de enfado, pero no dijo nada más

y aparcó el Lamborghini en la plaza que tenía reservada en el aparcamiento de Carducci Cosmetics. El edificio era moderno, hecho de acero, cristales tintados y unas escaleras de mármol gris que conducían a las puertas principales, el vestíbulo era discretamente elegante, con columnas de mármol, sofás de cuero negro y un mostrador de recepción tras el que había varias mujeres que parecían recién salidas de las páginas de *Vogue*.

Al llegar a la última planta y salir del ascensor, Libby vio a la glamurosa secretaria de Raul y pensó que tenía que haberse maquillado. Era evidente que para trabajar allí había que ir bien vestida y con los labios pintados de rojo escarlata. Al entrar en la sala de juntas, Libby se dio cuenta de que los hombres que había sentados alrededor de la mesa la miraban con desaprobación.

Cuatro horas más tarde Libby tuvo que admitir que dirigir una empresa que tenía unos ingresos anuales de varios millones de libras y veinte mil empleados en todo el mundo no tenía nada que ver con vender *souvenirs* a turistas en un puesto de Ibiza.

Había hecho tal esfuerzo en comprender todo lo que se decía que le dolía la cabeza, pero la reunión por fin había terminado y Libby cerró los ojos. Volvió a abrirlos rápidamente al oír la voz de Raul.

—Veo que te aburres, pero te agradecería que, cuando menos, te mantuvieses despierta durante una reunión.

Ella se ruborizó al oír sarcasmo en su voz.

—No estoy aburrida, y no me he quedado dormida, pero admito que no he entendido todo lo que se discutía.

—En ese caso haz el favor de cederme las acciones de Gino y deja que continúe haciendo mi trabajo de dirigir Carducci Cosmetics —espetó Raul furioso.

Libby negó con la cabeza y él desvió la mirada de su rostro y resistió el impulso de apartarle un mechón de pelo rojizo del rostro.

—La cena de esta noche empieza a las ocho, lo que significa que tienes tiempo suficiente para comprarte algo adecuado que ponerte —le dijo mientras salían de la sala de juntas e iban hacia el ascensor—. La mayoría de las tiendas de diseño están en via Condotti y en la plaza de España.

El ascensor llegó a la planta baja y salieron de él.

—Te llevaré a la cita con la estilista, pero después tengo otra reunión, así que tendrás que quedarte a solas con ella.

—¡Eh! —le gritó Libby, intentando seguir su paso por el vestíbulo—. No necesito una estilista.

Él giró la cabeza y la recorrió con la mirada de arriba abajo, desde la melena despeinada, pasando por los pendientes de aro morados y el

psicodélico top, hasta bajar por la minúscula minifalda y terminar en las chanclas de goma rosas. Y, para su intensa frustración, tuvo que reconocer que seguía deseándola más de lo que había deseado nunca a una mujer.

—Por supuesto que la necesitas —le aseguró muy serio—. Ahora representas a Carducci Cosmetics y no permitiré que acudas a la cena con aspecto de ser una persona que se gana la vida fregando suelos.

Dos horas más tarde, Raul entró en el hotel de cinco estrellas en la que iba a tener lugar la cena y se dirigió al bar, donde había quedado con Libby.

Había tenido que imaginar que esta llegaría tarde, pensó al recorrer la sala con la mirada y no verla. Aunque esperaba que la reina de los colorines llegase en cualquier momento. Le había explicado que, cuando terminase las compras, Tito, su conductor, la llevaría al hotel. Se miró el reloj y vio que ya llegaba diez minutos tarde, y se preguntó impaciente dónde estaría.

Miró a las personas sentadas a la barra y le llamó la atención un vestido de seda color amatista. La mujer que lo llevaba estaba de espaldas a él, pero Raul subió la vista por la falda larga y la posó un instante en la esbelta cintura, y después siguió ascendiendo hasta los hombros pálidos, que llevaba al descubierto, y entonces se dio cuenta de quién era. Llevaba los rizos rojizos bien domados y sueltos sobre la espalda, pero era inconfundible, era Libby.

Raul sintió un deseo primitivo al mirar su reflejo en el espejo que había detrás de la barra. Iba maquillada de manera discreta, con un poco de sombra gris que le realzaba los increíbles ojos azules verdosos, rímel en las largas pestañas y pintalabios rosa. El vestido era muy elegante y debía de haber costado muy caro, pero Raul decidió que había merecido la pena el gasto, sobre todo, al ver cómo el escote realzaba sus deliciosos pechos.

Libby tenía una belleza natural, pero aquella noche estaba exquisita, tan sexy que a Raul se le secó la boca mientras se acercaba a la barra. No había podido dejar de pensar en ella y su cuerpo estaba en un estado constante de excitación desde que la había visto. Pensó que había llegado el momento de dejar de luchar contra aquel deseo.

Capítulo 5

Desea tomar algo, *signorina*?

El camarero le dedicó una sonrisa educada, pero Libby se dio cuenta de que clavaba la vista en el pronunciado escote del vestido. Sintió ganas de pedir un zumo de naranja, así al menos tendría algo que hacer con las manos y no sentiría tanta vergüenza mientras esperaba a Raul, pero estaba a punto de contestar cuando alguien habló a sus espaldas.

—La señora tomará champán.

Era una voz que siempre la estremecía, rica y sensual como el chocolate fundido, y a Libby se le aceleró el corazón al girar la cabeza para encontrarse con la mirada oscura de Raul. Le brillaban los ojos, pero de una manera diferente, su mirada era tan sensual que a Libby se le cortó la respiración.

—Raul —lo saludó con cautela, en un susurro.

Era la primera vez que un hombre la miraba como la estaba mirando Raul y Libby no había esperado que fuese precisamente él quien la mirase con semejante deseo.

—*¡Sei bellissima!* —murmuró este con voz aterciopelada, haciendo que se le pusiese la carne de gallina—. Estás increíble con ese vestido, *cara*.

Libby se estaba perdiendo en su mirada y tuvo que humedecerse los labios antes de volver a hablar.

—¿Este trapo? —replicó—. Si me lo he puesto para limpiar suelos.

A Raul le brillaron los ojos como si aquello le hubiese divertido, pero su sonrisa fue triste.

—No puedo creer que hayas dicho eso. Estarías guapa hasta con un saco de patatas, pero con ese vestido…

La recorrió lentamente con la mirada antes de añadir:

—Me fascinas, *bella*.

Libby no supo cómo tomarse a aquel nuevo Raul, que ya no la miraba como si fuese la criatura más repugnante del planeta, y dio un sorbo a su copa de champán. Estaba delicioso y la hizo reír cuando notó cómo las burbujas explotaban en su lengua.

—Es la primera vez que tomo champán —confesó, arrepintiéndose al ver sonreír a Raul—, pero ya sabes que no soy nada sofisticada, como el resto de mujeres que hay aquí esta noche.

Raul dejó de sonreír y la miró fijamente.

—Eres la persona más dinámica que he conocido —admitió con sinceridad—. Haces que me sienta más vivo que nunca y siento que pienses que soy un estirado.

—No lo pienso —respondió ella, levantando la cabeza para mirarlo a los ojos.

Había tal tensión en el ambiente que casi era tangible, y Libby supo que Raul la sentía también. Lo que no sabía era qué había ocurrido en las dos últimas horas, pero el caso era que Raul ya no la miraba con ira y resentimiento. Por increíble que fuese, ya no parecían enemigos, sino solo un hombre y una mujer que se sentían atraídos el uno por el otro.

—Me alegra mucho oírlo —murmuró él, acercándose un poco más y pasando un dedo por su mejilla—. He pensado que, por el bien de Gino, deberíamos hacer el esfuerzo de ser amigos. ¿Tú qué opinas, *cara*?

Libby no pudo ocultar su sorpresa. ¡Amigos! Amistad era lo que había tenido con Tony en Pennmar, pero no podía imaginarse una relación así con Raul cuando se sentía tan atraída por él y estaba deseando que la volviese a besar.

Desconcertada, lo vio beber champán, ajeno a su mirada de deseo.

—Me parece buena idea. Por el bien de Gino, por supuesto —le contestó—. Aunque eso no significa que vaya a cederte las acciones de Gino.

—Por supuesto que no —aseveró Raul diplomáticamente.

—Sigo decidida a proteger los intereses de Gino —le advirtió ella.

—No dudo de tu devoción por tu hijo, y entiendo que quieras hacer lo que es mejor para él —le confirmó Raul, dedicándole una sensual sonrisa—. Espero que, con el tiempo, puedas confiar en mí y que te des cuenta de que yo también quiero el éxito de Carducci Cosmetics y el bien de Gino.

Tocó con su copa la de Libby.

—Vamos a brindar, Libby. Por un nuevo comienzo.

Ella bebió, obediente, pero había estado dándole vueltas a algo desde que Raul la había dejado con Maria, la estilista, y eso impedía que pudiese empezar con aquella nueva amistad.

—Este vestido ha costado una fortuna —le dijo muy nerviosa—. Por no mencionar el resto de prendas que Maria me ha dicho que necesito. Me ha explicado que van a cargarlo todo a tu cuenta, pero no voy a poder devolverte el dinero. Con el saldo que tengo en mi cuenta no podría pagar ni uno de estos zapatos.

Las compras habían sido una experiencia surrealista, sobre todo, teniendo en cuenta que Libby estaba acostumbrada a comprarse la ropa en tiendas de segunda mano. Después habían ido a la peluquería y al salón de belleza y, más tarde, cuando se había cambiado de ropa

en el hotel, Libby había tenido la sensación de estar viviendo un cuento de hadas.

Raul frunció el ceño.

—Ya te he explicado que, como representante de Carducci Cosmetics, es necesario que vayas vestida de manera adecuada. No te preocupes por el dinero. Mi padre estableció en su testamento que se cubran todos tus gastos personales.

Libby se sintió culpable al oír aquello. Se mordió el labio.

—Pero no me siento cómoda —balbució—. Me parece bien que se cubran los gastos de Gino, pero no me parece moralmente correcto que yo viva del dinero de Pietro.

A Raul le dieron ganas de contestar que no había sido moralmente correcto que tuviese una relación con un hombre rico, cuatro décadas mayor que ella, sobre todo, porque él estaba convencido de que el nacimiento de Gino había sido planeado. No obstante, Libby parecía sincera al decirle que no quería que le pagase la ropa. La mayoría de las mujeres a las que conocía se habrían sentido felices de poder utilizar su tarjeta de crédito y a Raul le molestó que Libby no actuase como la cazafortunas por la que la tenía.

Se miró el reloj, consciente de que las personas que había en el bar estaban empezando a ir hacia el comedor.

—Es la hora de la cena —dijo, ofreciendo su brazo para ayudarla a bajar del taburete.

—¿Cuántas personas va a haber en la cena? —preguntó Libby, nerviosa, agarrándose a su brazo para no perder el equilibrio subida a aquellos vertiginosos tacones.

Recorrieron un pasillo que terminaba en unas puertas dobles que estaban abiertas. Tras ellas se veían varias filas de mesas cubiertas con manteles blancos.

—La cena de esta noche es internacional, así que imagino que habrá unos doscientos invitados —respondió él, mirándola y dándose cuenta de que estaba muy tensa—. ¿Qué te pasa? Da la sensación de que te van a echar a los leones.

Libby se mordió el labio.

—La gente me mira —susurró—. ¿Piensas que saben quién soy?

—Si te refieres a si saben que eras la amante de mi padre y la madre de su hijo ilegítimo, no, no se lo he contado a todo el mundo —respondió él con frialdad.

También se había dado cuenta de que miraban a Libby con curiosidad, en especial, los hombres, y un instinto primitivo hizo que se acercase más a ella.

—Te miran porque esa piel tan clara y el color de tu pelo hacen que llames la atención, *cara*. Y porque estás muy bella con ese vestido.

Se lo decía con sinceridad, y a Libby le sorprendió. Miró a Raul a los

ojos y se le aceleró el corazón al ver deseo en ellos. Era la primera vez que un hombre le decía que estaba guapa, pero al mirarse en el reflejo de uno de los enormes espejos que cubría una pared del salón, se dio cuenta de que el vestido realzaba su figura y le sentaba muy bien. Le resultó casi imposible creer que aquella mujer tan elegante fuese ella. Sin pensarlo, murmuró:

—Ojalá Miles pudiese verme ahora.

Raul arqueó las cejas.

—¿Quién es Miles?

—Miles Sefton, el único hijo de lord Sefton —contestó ella, haciendo una mueca—. Nos conocimos cuando yo trabajaba de camarera en un exclusivo club de golf. Cometí el error de enamorarme de él, y fui muy tonta al creerlo cuando me decía que él también me quería.

—Pero supongo que ocurrió algo que hizo que te dieses cuenta de que en realidad no estaba enamorado de ti —murmuró Raul.

El hecho de que Libby se hubiese sentido atraída por un miembro de la aristocracia inglesa le volvía a demostrar que era una cazafortunas. Seguro que el tono de dolor de su voz había sido fruto de su imaginación.

Libby asintió.

—Miles me invitó a comer a su casa y pensé que lo hacía porque quería que conociese a su familia, pero después me enteré de que lo había hecho para divertirse un poco, ya que sabía que sus padres se quedarían horrorizados cuando se enterasen de que salía con una camarera. Fue una de las experiencias más humillantes de mi vida —admitió—, pero no tanto como cuando oí a Miles asegurarle a su padre que nuestra relación no era seria y que solo salía conmigo para llevarme a la cama.

Vio la expresión en la mirada de Raul y añadió amargamente:

—Sé lo que estás pensando, que por qué si no iba a salir una persona de clase tan alta con una camarera. No obstante, aquello me demostró lo que decía mi madre siempre: que todos los hombres son egoístas y que no hay que confiar en ellos ni malgastar emociones.

De repente se dio cuenta de que había levantado un poco la voz y que otros invitados que esperaban para entrar en el comedor la habían mirado, así que respiró hondo y guardó silencio.

—Veo que tu madre tenía una opinión firme acerca del género masculino —comentó Raul en tono seco cuando estuvieron sentados a la mesa.

Aunque tal vez fuese normal teniendo en cuenta que Libby le había contado que su padre había abandonado a su madre antes de que ella naciese.

—Mi madre tuvo muchas experiencias malas con los hombres —

replicó ella inmediatamente, saliendo en defensa de Liz—. Siempre la defraudaron.

Incluido Pietro Carducci, pensó enfadada al recordar lo mal que se había sentido su madre cuando su amante no había vuelto a llamarla después del crucero. Era cierto que después Pietro la había incluido en su testamento, pero había sido demasiado tarde. Liz había muerto pensando que Pietro también la había dejado.

—Yo no voy a cometer los mismos errores que mi madre —afirmó —. La mayoría de los hombres con los que ella salió cuando yo era niña eran asquerosos. Yo no voy a permitir que Gino piense jamás que tiene que competir con un hombre nuevo en mi vida.

Raul frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que, hasta que Gino tenga dieciocho años, va a ser el único hombre de mi vida. El amor es un juego de locos y, en mi experiencia, está sobrevalorado —le explicó ella, recordando las lágrimas que había derramado por Miles.

—No puedes hablar en serio, ¿cómo vas a pasar sola los siguientes diecisiete años de tu vida? —preguntó Raul sorprendido—. ¿No te gustaría casarte algún día? Y, tal vez, ¿tener más hijos para que Gino forme parte de una familia?

Intentó que no se notase en su tono que le fastidiaba que Libby no quisiese casarse.

Esta negó con la cabeza.

—La idea está bien, y supongo que, si te soy sincera, una parte de mí quiere creer que sería posible que me enamorase de un hombre que pudiese ser el padre perfecto para Gino, y con el que todos pudiésemos ser felices, pero la realidad es que uno de cada tres matrimonios terminan en divorcio, y que yo prefiero concentrar toda mi energía en Gino y no en una relación que puede no salir bien.

Hizo una pausa y después añadió:

—No niego que me encantaría que Gino tuviese una familia de verdad: un padre, hermanos. Es lo que yo más quería de niña, pero lo cierto es que el padre de Gino está muerto. Solo me tiene a mí y voy a hacer todo lo posible por ser un padre y una madre para él.

La llegada de un camarero con el primer plato puso fin a la conversación. Raul bebió de su copa de vino y reflexionó acerca de todo lo que Libby le había dicho. El hecho de que esta no fuese como él había imaginado al enterarse de que su padre había tenido una amante, lo llenaba de frustración. Libby le había contado ya que Pietro no había respondido a la carta en la que le había contado que estaba embarazada, y era evidente que pensaba que su padre la había abandonado, lo mismo que le había ocurrido a su madre al quedarse embarazada. Al leer en los periódicos que Pietro había fallecido,

también debía de haber imaginado que podía exigir una pensión de manutención, pero en vez de ponerse en contacto con la familia Carducci, había desaparecido y Raul había tardado varios meses en encontrarla.

La posibilidad de haberla juzgado de manera equivocada lo atormentó durante la cena y los discursos que la siguieron, pero estar sentado a su lado, aspirando su delicado perfume mientras disfrutaba de la curva de sus pálidos pechos resultó una tortura todavía mayor. Tampoco había imaginado que sentiría deseo por la amante de su padre, pensó, molesto consigo mismo, cambiando de posición para calmar la incómoda sensación que le causaba aquel estado de excitación.

Libby se sintió aliviada cuando terminaron los discursos. Había entendido muy poco acerca de las políticas comerciales de la Unión Europea y de las nuevas oportunidades de negocio en China, y cada vez había sido más consciente de la presencia del hombre que tenía al lado. Raul parecía haberse tomado muy en serio la idea de que tenían que ser amigos por el bien de Gino, y había estado alegre y divertido toda la velada.

—¿Qué va a pasar ahora? —le preguntó ella mientras se levantaban de la mesa y seguían a otros invitados hacia la puerta.

—Ahora todo el mundo va corriendo al bar, a tomarse una copa —le respondió Raul—. ¿Quieres más champán? ¿O prefieres bailar?

Libby miró a su alrededor y se dio cuenta de que habían entrado en un inmenso salón de baile.

—Ya me he tomado dos copas de champán, no creo que deba beber más —respondió.

Y contuvo la respiración al notar que Raul la agarraba de la cintura para conducirla a la pista de baile.

—Buena elección —murmuró este, inclinando la cabeza y acariciándole el cuello con el aliento caliente.

Libby sintió su cuerpo caliente muy cerca y supo que aquello era mucho más peligroso que otra copa de champán, pero se dijo que no podía estropear su breve amistad apartándose de su lado.

—Relájate —le recomendó él en tono sensual, pasando los dedos suavemente por su espalda.

Ella perdió la noción del tiempo mientras bailaban cadera con cadera y pecho con pecho. Estaban rodeados de personas, pero Libby solo era consciente de él. Cuando Raul la soltó por fin y se apartó de su lado, ella sintió todavía más calor entre los muslos y lo miró aturdido al ver que la conducía hacia la puerta.

—Es medianoche, y vamos a tardar cuarenta minutos en volver a Villa Giulietta —le informó Raul en tono amable—. Supongo que querrás ir a dormir a casa para estar allí cuando Gino se despierte

mañana por la mañana, antes que pasar la noche en mi apartamento.

—Sí, por supuesto —dijo ella enseguida, sintiendo vergüenza al darse cuenta de que se había olvidado completamente de Gino.

¿Cómo podía haberse olvidado de él, si durante los diez últimos meses había sido la persona más importante de su vida? Lo cierto era que Raul dominaba todos sus sentidos.

Ambos guardaron silencio en el coche. Raul parecía perdido en sus pensamientos y, después de mirar un instante su perfil, Libby cerró los ojos en un intento desesperado de tranquilizarse. Después de un rato, el sonido de la grava bajo las ruedas del Lamborghini le anunció que habían llegado a casa, y al abrir los ojos no pudo contener un suspiro al ver el reflejo de la luna y de las estrellas en el enorme lago negro que había junto a la casa.

—Qué bonito —susurró maravillada.

No esperó a que Raul diese la vuelta al coche y le abriese la puerta, salió del coche y se dirigió hacia el lago, pero caminar por la grava con aquellos tacones era casi imposible, así que se metió en el césped y se los quitó para poder correr hacia la orilla. El césped húmedo estaba frío y la suave brisa procedente del lago le acarició la piel. Levantó el rostro para admirar las estrellas y la belleza de la noche la hizo reír.

—Me encanta el reflejo de la luna en el agua. Dan ganas de quitarse la ropa y meterse en ella —comentó, girándose hacia Raul con gesto emocionado.

Su desbordante entusiasmo era irresistible y Raul sonrió.

—Me parece bien, desnúdate —murmuró—, pero a lo mejor te llevas una sorpresa cuando entres en el agua. La temperatura baja mucho por la noche.

Ella sintió calor en las mejillas.

—Hablaba en sentido figurado —murmuró con el corazón acelerado al ver que Raul se acercaba a ella.

—Qué pena —dijo él en tono divertido—. Daría cualquier cosa por verte desnuda bajo la luna, *cara*.

—Raul…

La brisa se llevó la leve protesta. Lo cierto era que Libby había deseado que la besase desde que Raul había entrado en el bar del hotel y la había mirado con deseo. Llevaba toda la noche soñando con aquel momento. La química entre ambos era demasiado fuerte y, en esos momentos, lo vio inclinar la cabeza y se puso a temblar de emoción, una emoción que le explotó por dentro cuando los labios de Raul por fin tocaron los suyos.

Raul quería tomárselo con calma y saborear lentamente los labios de Libby, pero fue tocarla y ver que respondía al beso, y una pasión salvaje los consumió a ambos. La apoyó en sus caderas y gimió al

notar que se movía sinuosamente contra él. Su erección fue tan inmediata y fuerte que no pudo pasar desapercibida a Libby.

Esta tenía los pechos apretados contra el de él y Raul podía sentir sus pezones erguidos a través de la camisa de seda. *Dio*, nunca había deseado tanto a una mujer. La deseaba tanto que casi no podía ni pensar.

Libby no fue capaz de contener un pequeño gemido de placer al notar los labios de Raul en su cuello y se estremeció cuando le besó apasionadamente la clavícula y el cuello. Estaba tan pegada a él que no se dio cuenta de que le había bajado la cremallera del vestido, haciendo que la parte superior quedase suelta. Con el corazón acelerado, intentó apartar los labios de los de él para protestar, pero Raul aumentó la profundidad del beso, dejándola aturdida de deseo. Cuando por fin la soltó, Libby no pudo hacer nada para impedir que le bajase el vestido y le acariciase los pechos.

—Eres deliciosa —murmuró con voz ronca.

Su voz ya no era fría y arrogante, sino cálida y llena de deseo, y Libby se olvidó de su conato de resistencia al notar cómo las caricias de Raul le endurecían todavía más los pezones. De repente, se dio cuenta de que habían cambiado de lugar y Raul la había llevado debajo de un pino, y ella se apoyó en el tronco, dando gracias de tener dónde sujetarse mientras él inclinaba la cabeza y tomaba un pecho con los labios al tiempo que se lo acariciaba con la mano.

El placer que sintió Libby fue indescriptible y arqueó la espalda de manera instintiva, sin poder pensar en otra cosa que no fuese que Raul continuase haciendo aquello. Nada en toda su vida la había preparado para sentir tanto deseo.

Raul le levantó la falda del vestido hasta la cintura y ella tembló de impaciencia al notar que metía la mano entre sus muslos y la obligaba a separarlos ligeramente antes de pasar un dedo por sus braguitas de encaje. Al mismo tiempo, se metió uno de sus pezones en la boca y lo chupó, causando a Libby una intensa sensación de placer. Esta gimió y arqueó las caderas hacia su mano, y contuvo la respiración al notar que Raul metía un dedo por dentro de la ropa interior y descubría lo húmeda y caliente que estaba.

Nunca había permitido que un hombre la tocase de manera tan íntima, ni siquiera Miles, del que había creído estar enamorada. Lo que Raul despertaba en ella era deseo, no amor, y lo sabía, pero en esos momentos no le importaba cómo se llamase lo que estaba sintiendo. Estaba desesperada porque Raul calmase el anhelo que había entre sus piernas. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, incapaz de contener un gemido de placer cuando él le acarició suavemente el clítoris con el dedo pulgar. El efecto fue instantáneo. Espasmos de placer recorrieron todo su cuerpo, haciendo que se

tensasen sus músculos. Se quedó sin fuerza en las piernas y se aferró al pelo de Raul, que la sujetó del trasero y la apretó contra su erección.

—Por favor…

Los espasmos se fueron apagando, pero su instinto le dijo que Raul podía darle mucho más placer.

—¿Qué me estás pidiendo, Libby? —le preguntó él con voz profunda y áspera—. ¿Quieres que te haga mía aquí mismo, sobre la hierba, delante de la casa?

¡Sí! Eso era exactamente lo que quería. Durante unos segundos, Libby miró a Raul a la cara y sintió que quería que la tumbase en el suelo y le hiciese el amor, pero el sonido de su voz y el frío brillo de sus ojos la hicieron volver bruscamente a la realidad. ¿Qué estaba haciendo? ¿Cómo podía haberse comportado así? ¿Cómo había podido estar a punto de rogarle que le hiciese el amor?

—*Dio*, me has dicho que no querías a ningún hombre en tu vida mientras Gino fuese un niño, pero es evidente que te va a resultar imposible mantener el celibato hasta que sea adulto. Estás desesperada —la provocó—. Aunque te advierto que no voy a permitir que traigas a tus amantes a la casa. Gino no va a crecer con una sucesión de «tíos».

Libby negó con la cabeza, sintiéndose avergonzada y mal de repente.

—No tengo amantes —respondió con voz temblorosa—. Y es la primera vez que me siento así. Tú…

Me haces sentir cosas que no había sentido con ningún otro hombre.

Raul flaqueó al oír la confesión de Libby y sintió la tentación de volver a tomarla entre sus brazos y tumbarla en el suelo para hacerla suya allí mismo, que era lo que le pedía el cuerpo. No obstante, respiró hondo y retrocedió, y observó sin inmutarse cómo Libby se cubría el pecho con el vestido. Había un modo de conseguir todo lo que quería: controlar Carducci Cosmetics y tener a aquella mujer en su cama. Y habría sido un loco si no hubiese aprovechado la oportunidad.

—En ese caso, mi proposición es todavía más viable —le dijo en voz baja.

Capítulo 6

A qué te refieres? —le preguntó Libby estremeciéndose de frío al no tener el calor de los brazos de Raul—. ¿Qué proposición?

Él la vio temblar y frunció el ceño.

—Tienes frío. Toma, ponte esto —le ofreció, quitándose la chaqueta y poniéndosela sobre los hombros antes de tomar su mano para ir hacia la casa—. Continuaremos con esta conversación dentro.

Libby habría preferido no tener la oportunidad de analizar el modo en que había respondido a él, pero Raul le agarraba la mano con fuerza y no podía hacer otra cosa que no fuese seguirlo. Se tapó bien con la chaqueta, que todavía estaba caliente del cuerpo de Raul y olía a su colonia. Se le había olvidado recoger los zapatos, pero al llegar al camino y empezar a andar con cuidado por la grava, él la tomo en brazos para llevarla hasta la casa.

Entraron y Raul fue directo a su despacho, donde la dejó en el suelo antes de atravesar la habitación para servirse una copa.

—¿Te apetece un whisky? Te ayudará a entrar en calor.

Libby negó con la cabeza y él se sirvió una copa y se bebió el líquido ambarino de un trago. Libby se dio cuenta de que estaba tenso y eso la confundió.

—¿Qué proposición? —volvió a preguntar.

Raul se giró hacia ella, su mirada oscura era inescrutable. Desde que se le había ocurrido la idea de que casarse con Libby era la manera de conseguir el control completo de Carducci Cosmetics, no había podido pensar en casi nada más. Los argumentos a favor y en contra de una decisión tan importante le habían impedido dormir por la noche y lo habían atormentado durante el día, así que casi no había podido concentrarse en la reunión de la junta directiva.

No quería volver a casarse. Pensó en el duro divorcio de su mujer y se dijo que una vez había sido suficiente. Valoraba su libertad y no quería sacrificarla, pero Carducci Cosmetics estaba por encima de todo, y casarse con Libby tendría sus compensaciones, pensó mientras la recorría con la mirada. Era encantadora. Se excitaba solo de mirarla y se dio cuenta de que ya no le importaba que hubiese sido la amante de Pietro, la química que había entre ambos era demasiado fuerte como para intentar combatirla.

Y había otro motivo importante para casarse con ella. Gino necesitaba un padre. Libby le había dicho que no le haría crecer con

una sucesión de «tíos», pero lo normal era que tuviese alguna relación antes de que el niño creciese, y Raul odiaba la idea de quedarse al margen mientras el niño llamaba papá a otro hombre.

Los enormes ojos azules verdosos de Libby estaban clavados en él. Estaba esperando a que le respondiese.

—Creo que deberíamos casarnos —anunció de repente.

—¿Qué?

Tenía que haber oído mal, pensó Libby aturdida. O eso, o era una broma. Tal vez se tratase de una ilusión. ¿Por qué se le había acelerado el corazón por un instante al pensar que Raul quería realmente casarse con ella? No estaba enamorada de él, ni siquiera estaba segura de que le cayese bien, y no sabía por qué sentía aquella atracción.

—No lo entiendo —balbució.

—Quiero criar a Gino como si fuese mi hijo —añadió Raul muy serio.

Ella dio un grito ahogado.

—Permite que me explique —le pidió él—. Cuando Pietro y Eleanora Carducci me adoptaron, me dieron una vida que jamás habría tenido en un orfanato, no fue solo el dinero y la educación, sino también el amor y la estabilidad de tener un padre y una madre. Gino jamás conocerá a su padre, pero si nos casamos y lo adopto, podrá crecer con un padre y una madre y, con suerte, con hermanos.

Libby se estremeció con la sensual mirada de Raul al decir aquello último.

—No te equivoques —continuó este—, lo que te propongo es un matrimonio de verdad. Yo querré a Gino como si fuese mi hijo, como Pietro me quiso a mí, pero no tengo familia, que yo sepa, y me gustaría también tener mis propios hijos.

—En ese caso, ¿no sería mejor que esperases a estar enamorado, y que te casases con una mujer a la que amases, para tener hijos? —argumentó ella—. Incluso muchas parejas que se casan por amor acaban divorciadas. ¿Cómo iba a funcionar nuestro matrimonio si ni siquiera nos gustamos?

Raul la miró, pensativo.

—Pensé que habíamos acordado ser amigos por el bien de Gino. Y me parece que esta noche lo hemos hecho bastante bien. Precisamente, el hecho de que no estemos enamorados el uno del otro, y de que no tengamos expectativas acerca de nuestra relación, es lo que me hace pensar que nuestro matrimonio podría funcionar.

Después, rio con amargura.

—Yo ya intenté un matrimonio convencional y pagué bien mi error. Hace tres años, confundí la atracción sexual que sentía por mi secretaria con amor. Dana me aseguró que ella también quería formar

una familia, así que tuvimos una gran boda, pero una vez casados no hacía más que poner excusas para que no intentásemos tener un hijo. Ella prefería vivir en Manhattan y salir de fiesta todas las noches, y se quejaba de que odiaba esta casa y de que se aburría aquí.

Raul apretó la mandíbula al recordar el fracaso de su matrimonio.

—Lo único que la hacía realmente feliz era gastar dinero, aunque no le gustaba que yo tuviese que trabajar tantas horas para ganarlo. Al principio, me pareció bien que saliese de compras, pero luego me di cuenta de que lo hacía de manera compulsiva, y sí le sugerí que tenía que intentar controlarse, pero eso la ponía histérica y me acusaba de ser un tirano que quería que estuviese en casa y embarazada. Aunque esto último era imposible. Después de un año de interminables peleas, era evidente que el matrimonio era un desastre, y en una de las peleas Dana admitió que en realidad no quería tener hijos y que solo se había casado conmigo por el dinero. Así que acordamos divorciarnos y que yo le daría una buena compensación, y el apartamento de Manhattan. Ella intentó sacarme todo lo posible, e incluso quiso hacerse con Villa Giulietta.

—¿Pero no has dicho que odiaba vivir aquí? —preguntó Libby sorprendida con todo el relato.

—Dana sabía que yo le pagaría lo que me pidiese si renunciaba a sus derechos sobre la casa. Así que aprendí una lección muy cara y no volveré a caer en la trampa del amor. No obstante, quiero que Gino tenga un padre y una madre. Tú has comentado que, de niña, siempre quisiste tener una familia de verdad —le recordó.

—Dije que quería creer en el cuento de hadas de la familia feliz, pero no estoy segura de que exista en realidad.

—Podemos hacerlo realidad si es lo que los dos queremos.

Mientras hablaba, Raul empezó a darse cuenta de que no solo quería convencer a Libby de que se casase con él para tener el control de la empresa. Todo lo que le había dicho era cierto, quería compensar a Pietro adoptando a su hijo, y también quería tener hijos propios para poder tener un vínculo de sangre con otro ser humano. Conseguir el control de Carducci Cosmetics hasta que Gino tuviese dieciocho años era importante, pero en vez de divorciarse de Libby, como había pensado en un principio, pensó que podían hacer funcionar su matrimonio y satisfacer así su mutuo deseo de tener una familia, además de satisfacer el deseo físico que sentían el uno por el otro.

Libby negó con la cabeza mientras intentaba ignorar a la voz de su conciencia, que le susurraba que la sugerencia de Raul tenía sentido aunque pareciese una locura. Le estaba ofreciendo ser un padre para Gino, y solo por eso merecía que lo pensase seriamente, ya que ella había crecido deseando poder tener un padre.

Si se casaba con Raul no tendría que vivir con el miedo de que este descubriese que no era la madre de Gino y la echase de la casa, pero este había dicho que sería un matrimonio de verdad. Clavó la vista en su fuerte cuerpo y se estremeció al recordar sus caricias. ¿Se daría cuenta Raul de que nunca antes había hecho el amor? No si ella fingía tener experiencia, le dijo una vocecilla en su cabeza, pero eso sería otra mentira más. ¿No sería mejor decir toda la verdad en ese momento?

Se mordió el labio, dividida entre la culpabilidad y el miedo a perder a Gino. No había cambiado nada. Si revelaba que Gino era su hermanastro a lo mejor tenía que luchar por su custodia, y si Raul la ganaba tal vez quisiese adoptar a Gino y mandarla a ella de vuelta a Inglaterra.

—Jamás funcionaría —espetó—. Somos demasiado diferentes. Cuando la química, o la atracción, o lo que haya entre nosotros, se apague, no tendremos nada en común.

—Yo no estoy tan seguro de que seamos tan diferentes —objetó él —. Nuestra niñez nos ha hecho valorar la vida en familia. Ambos pensamos que lo mejor para Gino sería que creciese con un padre y una madre. Y ninguno de los dos tiene pensado casarse con otra persona, pero a ambos nos gustaría tener hijos.

La voz de Raul era tan persuasiva que Libby no encontró ni un solo argumento para rebatir su razonamiento, en su lugar, se imaginó con un recién nacido en brazos y a Gino, un niño mayor, acercándose a ver a su hermano o hermana por primera vez. No podía negar que quería tener su propio hijo algún día, un compañero para Gino, pero no podía casarse con Raul. Tenía que estar loca para contemplar esa opción.

Estaba tan sumida en sus pensamientos que no se dio cuenta de que Raul se había acercado a ella hasta que le pasó un dedo por la clavícula y bajó hacia sus pechos.

—No creo que debamos preocuparnos porque la química se apague, *cara* —murmuró en tono sensual—. Te deseo tanto que me siento seriamente tentado a tumbarte en el sofá y hacerte mía aquí mismo, si tú me lo permites, Libby. No me digas que no.

Apoyó un dedo en sus labios.

—¿Acaso piensas que no me doy cuenta de cómo se te acelera el pulso cuando estoy cerca de ti? —continuó—. ¿De cómo se te oscurece la mirada de deseo y cómo separas los labios cuando te voy a besar?

Tenía sus labios tan cerca que Libby ya podía saborearlos. ¿Cómo iba a rechazarlo, si estaba temblando de deseo? Raul pasó la lengua por sus labios antes de besarla y Libby se inclinó hacia él y cerró los ojos.

Pero entonces el llanto de Gino la hizo volver a la realidad. Abrió

los ojos, dio un grito ahogado y se giró hacia la puerta pensando que allí estaría Silvana con el niño en brazos.

Pero no había nadie. Miró a Raul con los ojos muy abiertos, asustada.

—He oído llorar a Gino.

—Es el intercomunicador —le explicó él, mirando un aparato que había detrás de su escritorio—. Lo he hecho instalar en todas las habitaciones de la casa para estar seguro de que lo oímos si llora.

«Incluso en su despacho», pensó Libby sorprendida. Lo que debía de significar que a Raul no le importaba que el niño lo molestase mientras trabajaba.

—Ah. Es todo un detalle por tu parte —admitió.

Gino empezó a llorar con fuerza, y a toser, y Libby oyó a Silvana hablándole de manera cariñosa, pero su instinto maternal la llevó hacia la puerta.

—Tengo que ir a verlo —dijo, dudando.

—Seré un buen padre para él —afirmó Raul—. Te prometo que lo cuidaré y lo protegeré, y que lo querré como Pietro me quiso a mí.

—Sí, sé que lo harás —susurró Libby con los ojos llenos de lágrimas por la emoción.

De niña había soñado con que su padre la encontraría algún día, y que sería un hombre fuerte y valiente que lucharía contra los monstruos que vivían debajo de su cama. ¿Necesitaba Gino un padre que luchase contra sus monstruos?

Pero no era necesario que ella se casase con Raul. La seguridad económica de Gino estaba asegurada gracias al testamento de Pietro, pero ¿y su seguridad emocional? Ella entendía mejor que nadie lo importante que era un padre para un niño. Y Gino iba a necesitar un buen modelo cuando creciese y heredase parte de la fortuna Carducci.

—Cásate conmigo y deja que cuide de los dos, *cara*.

La voz de Raul era muy seductora, y eso que no tenía ni idea de cuánto le atraía a Libby la idea de que la cuidasen, después de toda una vida cuidándose sola. Siempre había adorado a su madre, pero Liz había sido demasiado joven para responsabilizarse de su maternidad, lo que significaba que Libby había tenido que aprender a ser independiente desde muy pequeña. En esos momentos era responsable de Gino. ¿No sería mucho más fácil compartir aquella responsabilidad con otra persona?

—No sé qué hacer —admitió, aterrada por la importancia de aquella decisión.

—Por supuesto que lo sabes —insistió Raul—. Tienes que hacer lo que es mejor para Gino, y en el fondo sabes que me necesitas.

Raul era tan fuerte, tan seguro de sí mismo, y ella se sentía tan cansada después de meses preocupándose por la salud de Gino e

intentando superar la pérdida de su madre.

—Tal vez tengas razón —balbució.

—La tengo —afirmó Raul, empezando a sentirse triunfante.

Libby no tenía por qué saber que su primer motivo para pedirle que se casarse con él era conseguir el control de Carducci Cosmetics. Y no le había mentido al decirle que quería ser el padre de Gino y tener más hijos con ella. En cuanto estuviesen casados la dejaría embarazada, y Libby estaría demasiado ocupada para darse cuenta de que ya no estaba controlando las acciones de Gino.

Raul vio indecisión en su mirada. Él tenía fama de ser un estratega brillante en los negocios y, al sentir que la victoria estaba cerca, suavizó la voz:

—Está en tu mano darle a tu hijo la familia estable que siempre quisiste tener de niña. Di que sí por el bien de Gino, *cara*.

No podía hacerlo. No podía casarse con un hombre que no la amaba. ¿O sí? Abrió los ojos después de varias horas dando vueltas en la cama y aceptó que no iba a dormirse mientras la propuesta de Raul seguía retumbando en su cabeza.

La noche anterior había salido huyendo de su despacho después de haberle dicho que necesitaba tiempo para pensar, pero estaba amaneciendo y seguía hecha un mar de dudas. Apartó las sábanas y salió de la cama para acercarse a la ventana que daba al lago. El agua se veía de color perla con la primera luz de la mañana y reflejaba aquí y allá las nubes rosas del cielo.

—Tienes que hacer lo que es mejor para Gino, y en el fondo sabes que me necesitas —le había dicho Raul.

Y tenía razón. Gino necesitaba un padre. Y creía a Raul cuando este decía que lo cuidaría y lo querría como Pietro había hecho con él. ¿Tenía derecho a negarle a Gino lo que ella tanto había deseado de niña: un padre y la seguridad de formar parte de una familia de verdad?

Cuando había vivido en la comuna con Liz no se había sentido segura. Y cuando habían vuelto a Inglaterra los otros niños la habían envidiado por haber tenido una niñez diferente, pero la realidad era que ella había sentido que no tenía raíces. Los adultos de la comuna habían vivido cada uno su vida, los niños habían carecido de disciplina y normas y los mayores se habían aprovechado de los pequeños. Libby había aprendido a ser fuerte para sobrevivir, pero no quería lo mismo para Gino. Los niños necesitaban normas y límites además de amor para sentirse seguros, y el hecho de que Gino fuese a heredar una gran fortuna algún día implicaba que estuviese rodeado de personas en las que pudiese confiar.

Ella no tenía por qué casarse con Raul para que este fuese una figura paterna para Gino, pero él le había dicho que también quería tener hijos propios. En esos momentos, todavía estaba resentido con su divorcio, pero si ella lo rechazaba era probable que terminase casándose con otra y llevándose a Gino a su nueva familia. La idea de que Gino tuviese una madrastra la hizo palidecer. ¿Y si Raul y su esposa querían llevarse a Gino de vacaciones? ¿Y qué ocurriría en Navidad? ¿La pasaría sola mientras que Gino estaba con Raul y su familia?

Se abrazó e intentó poner en orden sus ideas. ¿No sería mejor casarse con Raul aunque no lo amase y darle a Gino la familia estable que se merecía? Cuando su madre había fallecido, Libby había prometido hacer siempre lo que fuese mejor para el niño y, en ese momento, más tranquila, aceptó que el mejor regalo que podía hacerle a su hermano huérfano era casarse con Raul y permitir que este fuese el padre de Gino.

La fuerte luz del sol le dio en el rostro y la despertó. Libby se sentó, desorientada, y miró el reloj. Eran las diez de la mañana. Recordó que había tomado la decisión de aceptar la propuesta de Raul y que después se había vuelto a meter en la cama con la esperanza de poder dormir una hora hasta que Gino se despertase, pero había dormido mucho más. Tenía que haberle dado el antibiótico a Gino a las siete, además de un biberón y…

Salió de la cama con el corazón acelerado y fue al salón que había al lado de su dormitorio, pero se quedó de piedra al ver a Raul tumbado en el suelo, construyendo torres con ladrillos de madera que Gino tiraba con gran satisfacción.

Ambos la miraron, uno con alegría y el otro con deseo.

—No puedo creer que me haya despertado tan tarde —dijo ella, apartando la vista de la sensual boca de Raul y posándola en Gino, que sonrió de oreja a oreja y gateó hacia ella—. Hola, cariño.

Lo tomó en brazos y apoyó la mejilla en sus suaves rizos negros.

—¿Ha estado bien contigo?

Raul arqueó las cejas.

—Lo digo porque está acostumbrado a estar solo conmigo. Tenía que haberse tomado el antibiótico…

—Silvana se lo ha dado con el desayuno —la interrumpió Raul—. La doncella ha dicho que estabas profundamente dormida, así que lo he sentado en su sillita y le he dado un paseo junto al lago.

—Ah —dijo Libby, desconcertada—. Espero que no hiciese frío. Es importante abrigarlo bien mientras siga teniendo tos.

—El termómetro del patio marcaba dieciocho grados a las ocho de la mañana —le informó Raul—. Y con respecto a los problemas respiratorios de Gino, he pedido cita para que lo vea un especialista en

Roma la semana que viene.

Libby se sintió aliviada.

—Gracias. He estado muy preocupada por él —admitió.

Se mordió el labio y se preguntó si debía abordar en ese momento el tema de la propuesta de matrimonio, pero antes de que le diese tiempo a decir nada, llamaron suavemente a la puerta y apareció Silvana.

—He pensado que Gino podría necesitar una siesta —dijo con una sonrisa.

Y el pequeño bostezó.

—Seguro que sí —dijo Libby, sintiendo que se le aceleraba el corazón cuando la niñera se llevó a Gino y la dejó a solas con Raul.

Este se acercó a ella y Libby se puso tensa.

—¿Has dormido bien, *cara*?

Ella negó con la cabeza.

—No.

Libby no le contó el motivo, pero sus ojeras y el modo en que se mordía el labio inferior fueron suficiente explicación. Raul sintió ternura. Era tan joven, y tan protectora con su hijo, tan vulnerable. Él había esperado que aceptase rápidamente la propuesta de casarse con un hombre multimillonario, pero lo cierto era que Libby se había pasado la noche en vela, preguntándose qué sería lo mejor para Gino.

—¿Dudas que vaya a querer a Gino como si fuese mi propio hijo? —le preguntó en voz baja.

—No, de eso no tengo la menor duda —susurró ella, incapaz de apartar la vista de sus labios.

Se obligó a concentrarse para poder expresar sus dudas.

—El problema es que no nos conocemos. Somos prácticamente dos extraños.

Raul se dio cuenta de que Libby tenía miedo y tuvo la curiosa sensación de que se le encogía de nuevo el corazón.

—Eso es algo que pretendo remediar durante las próximas semanas. Me he organizado para poder trabajar desde casa, y solo iré a Roma cuando sea absolutamente necesario. Así podré pasar más tiempo con Gino y contigo.

—Entiendo.

Libby se humedeció los labios y notó que se le aceleraba el corazón.

—Me parece… bien.

El ambiente estaba cargado de electricidad y Raul no pudo seguir resistiéndose a sus labios.

—Deja que te demuestre lo bien que podemos estar juntos —le pidió con voz ronca—. No solo quiero que nos casemos por el bien de Gino. Hay algo muy fuerte entre nosotros: atracción, química, no importa cómo lo llames, y ha estado ahí desde que nos vimos por primera vez.

Dime que tú no lo sientes.

—No puedo —admitió Libby temblorosa, en un susurro que se perdió bajo los labios de Raul.

Ella no intentó resistirse. Aquello era lo que quería y lo aceptó mientras ponía los brazos alrededor del cuello de Raul y acercaba su cuerpo al de él. Cerró los ojos y todos sus sentidos se centraron en aquella sensación.

Cuando Raul levantó la cabeza por fin, Libby lo miró aturdida, y sorprendida no por su pasión, sino por la ternura que había visto en sus ojos por un instante.

—¿Serás mi esposa, Libby, y me permitirás que sea el padre de Gino?

Aquello la emocionó tanto que, por un momento, no pudo responder. Se dijo que tal vez todas las mujeres se sentían así cuando les pedían en matrimonio. Aunque en el fondo no amaba a Raul, ni él a ella. El único motivo por el que iba a acceder era su hermano. Tragó saliva y respondió:

—Sí.

La sonrisa de Raul le cortó el aliento, pero, para su decepción, no volvió a besarla, ni se la llevó a la cama para hacerle el amor.

—Tengo que hacer unas llamadas, así que dejaré que te vistas, *cara*. Te veré en la terraza a la hora de comer y hablaremos de la boda.

Dos horas más tarde, Libby fue a buscar a Gino a su habitación y descubrió que Raul no había perdido el tiempo a la hora de anunciar su compromiso.

Silvana sonrió de oreja a oreja al verla.

—Enhorabuena, Libby. El señor Carducci me ha contado que vais a casaros, y que va a adoptar al *bambino*. Desde luego, se preocupa mucho por Gino. Espero que seáis muy felices.

—Gracias.

Libby se colocó a Gino en la cadera y fue hacia la parte principal de la casa. Estaba bajando la escalera centrar cuando vio a tía Carmina saliendo del comedor y dirigiéndose hacia los pies de la escalera. Parecía estar de muy mal humor.

—Debes de pensar que eres muy lista —la atacó en cuanto Libby llegó al final—. Primero, Pietro, y ahora Raul. Has seducido a ambos con tu cuerpo joven y, sin duda, con tu experiencia bajo las sábanas. Pensé que Raul tendría más sentido común y que no se dejaría embaucar por la zorra de su padre, pero creo que se ha vuelto loco para querer casarse contigo.

Libby intentó no mostrar su disgusto, pero, instintivamente, sujetó a Gino con fuerza.

—No he seducido a nadie, señora —se defendió enfadada—. Raul estaba en su sano juicio cuando me ha pedido que me casase con él, y no sé por qué no iba a hacerlo. Usted no sabe nada de mí y no tiene derecho a hacer esas horribles insinuaciones.

—Eres una mujerzuela barata. Perseguiste a mi cuñado porque sabías que era rico, y tuviste la suerte de quedarte embarazada —continuó la otra mujer—. Pietro y yo… teníamos que haber estado juntos, y lo habríamos estado si él no hubiese perdido la cabeza por ti.

Libby frunció el ceño.

—Pensé que la esposa de Pietro, su hermana, había fallecido diez años antes. Si Pietro hubiese sentido algo por usted, se lo habría dicho en todo ese tiempo.

Sintió pena por la tía de Raul que, evidentemente, había estado enamorada de Pietro.

—Lo siento —murmuró.

Y pronto se dio cuenta de que su disculpa no había hecho más que avivar la ira de la otra mujer.

—No deberíais estar aquí, ni tu hijo ilegítimo ni tú. Villa Giulietta ha estado en la familia Carducci durante generaciones, y el día en que una zorra se convierta en su dueña será un día trágico.

Libby dio un grito ahogado ante semejante grosería.

—Mire, entiendo que esté disgustada, pero no tiene derecho a hablarme así —le advirtió con voz temblorosa—. Raul…

—Raul piensa con la bragueta y lo único que le interesa es llevarte a la cama. Tiene cientos de mujeres, pero ninguna le dura mucho tiempo —continuó Carmina—. No te pongas demasiado cómoda aquí, porque pronto se aburrirá de ti y te sustituirá por otra.

Carmina se dio la media vuelta y atravesó el vestíbulo, dejando a Libby con ganas de vomitar.

—Es una vieja venenosa —le dijo a Gino, que sonrió feliz y ajeno a la desagradable escena que acababa de tener lugar.

Ella le devolvió la sonrisa, pero no pudo olvidar los comentarios de la tía de Raul, sobre todo, el de que este se aburriría de ella. En esos momentos había una fuerte atracción sexual entre ambos, pero ¿cuánto duraría? ¿Y qué ocurriría cuando se apagase? ¿Se buscaría Raul una amante? Tal vez tendría un discreto romance en su apartamento de Roma y después volvería a Villa Giulietta a jugar a las familias felices cuando le apeteciese.

La terraza tenía vistas al lago por una parte y a una larga piscina rectangular que estaba situada en medio del jardín por la otra. Y por las altas columnas de mármol trepaban hiedra, jazmín y rosas, que creaban un perfumado cenador.

Raul estaba sentado a la mesa, leyendo el periódico. Bajo la luz del sol, el pelo le brillaba como la seda salvaje, y a pesar de que llevaba

gafas de sol no había nada que pudiese quitarle valor a la belleza de aquellos rasgos esculpidos. Libby sintió calor entre los muslos al acercarse a él. Era ridículo sentirse posesiva con un hombre al que conocía desde hacía pocos días, pero no podía soportar la idea de que este hiciese el amor con otra mujer.

¿Era posible que la atracción física fuese responsable de que se le acelerase el corazón cada vez que Raul le sonreía? ¿Qué otra cosa podía ser? Casarse con él era una locura, pero solo lo haría para que Gino tuviese un padre. Jamás sería tan tonta como para enamorarse de él.

Gino sonrió al ver a Raul y tendió los regordetes brazos hacia él. Luego rio cuando Raul lo hizo girar en el aire. Era evidente que ya había un vínculo entre ambos. Libby sintió vergüenza de repente y no fue capaz de mirar a Raul a los ojos.

—Que sitio tan bonito —murmuró, mirando a su alrededor.

Él asintió.

—He pensado que te gustaría pasar la luna de miel aquí, en Villa Giulietta, para poder conocer la casa y los terrenos mejor, pero si prefieres que nos vayamos a otra parte, no tienes más que decirlo.

Libby lo miró sorprendida.

—No hay ninguna prisa en organizar la luna de miel, ¿no?

—Por supuesto que sí. Nos vamos a casar dentro de dos semanas, ya están preparando todos los papeles.

—¡Dos semanas! —repitió sorprendida en voz alta—. Es demasiado pronto.

Raul había colocado a Gino en su trona y el niño se había puesto a mordisquear una galleta.

—¿Por qué íbamos a esperar más? —murmuró, acercándose a ella.

El cuerpo de Libby reaccionó al instante, notó que le pesaban los pechos y se le endurecían los pezones. Se sintió avergonzada, pero no pudo evitar clavar la vista en sus labios y recordar el beso que Raul le había dado un rato antes y desear que se repitiese.

—Ambos estamos de acuerdo en que lo más importante son las necesidades de Gino. Y en que nos necesita a los dos —insistió este—. Cuanto antes nos casemos, antes podré empezar con los trámites de la adopción. ¿Quién sabe? Tal vez su primera palabra sea papá.

Aquello emocionó a Libby. La palabra «papá» iba a ser muy importante en el vocabulario de Gino. Y ella sabía que casarse con Raul era lo correcto, pero no podía olvidar las palabras de la tía de este. Sintió celos solo de pensar en que pudiese tener amantes.

—Si queremos que funcione, tendremos que poner determinadas normas —dijo de repente.

Y se ruborizó al ver que Raul la miraba divertido.

—¿Qué clase de normas?

—Para empezar, fidelidad. Pienso que debemos sernos fieles en el matrimonio. Los niños lo perciben todo y no quiero que Gino crezca pensando que está bien que su padre tenga aventuras con otras mujeres. Tú vas a ser su principal modelo masculino y tienes que darle un buen ejemplo… Tu tía dice que has tenido cientos de amantes, pero que ninguna te ha durado mucho y que pronto te aburrirás de mí.

Raul frunció el ceño.

—¿Cuándo has hablado con Carmina?

—Nos hemos encontrado cuando venía hacia aquí —le respondió ella, haciendo una mueca—. No le caigo bien y me ha dejado claro que no aprueba que te cases conmigo.

A Raul, que también había tenido que escuchar las opiniones de su tía al respecto, no le extrañó que a Libby le temblase la voz. Lo que le extrañaba era estar tan enfadado con Carmina y sentir aquella necesidad de proteger a Libby.

—Siento que mi tía te haya disgustado. No volverá a hacerlo —le prometió muy serio—. Haré que vuelva a su casa de Roma inmediatamente. De todos modos, tenía que haberse marchado hace mucho tiempo.

Luego miró a Libby pensativo y añadió:

—Con respecto a mis anteriores relaciones, tengo treinta y seis años y soy un hombre con sangre en las venas, así que no he vivido como un monje, pero tampoco he tenido cientos de amantes.

Libby tenía la mirada clavada en el suelo de mármol y él le levantó la barbilla para que lo mirase.

—Estoy de acuerdo con que debemos sernos fieles. Tal vez no vayamos a casarnos por los motivos habituales, pero estoy dispuesto a comprometerme contigo y con Gino.

Ella se dijo que era ridículo sentirse tan aliviada, y todavía más ridículo haberse sentido mal al oírle decir a Raul que se casaban por conveniencia y no por amor. Era demasiado mayor para creer en cuentos de hadas, y Raul no era su príncipe azul.

Este seguía sujetándole la barbilla para que lo mirase. Enterró la otra mano en sus rizos sedosos y la expresión de su mirada hizo que a Libby le diese un vuelco el corazón.

—No creo que me aburra de ti, *cara*. Eres fogosa e interesante, y ninguna otra mujer me ha excitado como me excitas tú.

La miró de arriba abajo y sintió calor.

—Me alegro de que hayas decidido ponerte la ropa nueva —murmuró.

Llevaba un vestido azul claro sencillo que se ceñía a sus pechos y a sus caderas. Estaba elegante y sexy al mismo tiempo, y Raul nunca se había tenido por un santo.

Después de su desastroso matrimonio con Dana, había prometido no volver a casarse jamás, y su deseo de controlar Carducci Cosmetics era el principal motivo por el que había decidido casarse con Libby, pero no era el único. La besó mientras pensaba que tenerla de esposa tendría otras compensaciones. Le acarició un pecho por encima del vestido y se controló para no levantarle la falda y hacerla suya sobre la mesa porque Gino estaba delante.

—A ambos se nos van a hacer muy largas estas dos semanas, *cara* —susurró—. Después de comer te llevaré a Roma para que puedas elegir el vestido de novia.

Capítulo 7

Los siguientes días pasaron muy deprisa. La boda iba a ser una ceremonia civil bastante íntima y, como Raul se había ocupado de los preparativos, Libby se sentía extrañamente desconectada de todo aquello, al mismo tiempo que tenía la sensación de que se cernía sobre su horizonte cual enorme nube oscura.

—¿Te gustaría invitar a algún amigo o familiar de Inglaterra? —le preguntó Raul una noche, mientras cenaban.

Desde que su tía se había marchado de la casa habían empezado a comer en la terraza, en vez de en el comedor. Cenar bajo la luz de las velas con el lago de fondo era muy romántico, y Raul ya no se comportaba con ella de manera fría y arrogante, sino que era atento y encantador.

Para alivio de Libby, no había vuelto a hacer referencia a su supuesta aventura con Pietro, de hecho, parecía querer evitar el tema y, sin embargo, la alentaba a hablarle de su niñez en Ibiza.

Libby, que había estado mirando hacia la puesta de sol, giró la cabeza hacia él.

—Perdí el contacto con casi todos mis amigos cuando me mudé de Londres a Cornwall —le explicó—. Mi mejor amiga, Alice, habría venido, pero en estos momentos está metida en un importante caso y no puede escaparse.

A Raul le sorprendió que no mencionase a su madre, pero no le preguntó por ella. Sabía que Libby había tenido una niñez poco convencional y, en su opinión, su madre había sido una irresponsable. Se preguntó si Libby habría perdido el contacto también con ella, pero decidió que no era asunto suyo.

Sus sospechas se confirmaron cuando Libby comentó alegremente:

—Así que por mi parte solo vamos a estar Gino y yo. Espero que tú no tengas mucha familia, porque si no voy a sentirme en desventaja.

A pesar del tono alegre, Raul se dio cuenta de que Libby se sentía sola. Intentaba mostrarse como una mujer fuerte y dura, pero en el fondo era muy vulnerable. Tal vez hubiese intentado tener una relación con Pietro, que había sido mucho mayor que ella, con la esperanza de que este le diese una seguridad que nunca había tenido. En todo caso, a Raul le sorprendió tener una actitud tan protectora con ella.

Se había dado cuenta de que, lejos de ser la cazafortunas que él

había pensado que sería, a Libby no le interesaba el dinero. De hecho, su insistencia en que se comprase un vestido de novia había terminado en discusión. Una discusión en la que Libby había argumentado que sería tirar el dinero, y que se pondría uno de los vestidos que había comprado nada más llegar a Italia. Al final, después de mucha presión, Raul había conseguido que accediese a comprarse un vestido nuevo. Este le había resultado muy barato, en comparación con los cuarenta mil dólares que se había gastado su primera mujer en su vestido de novia.

—Si no tienes ningún familiar cercano, ¿a quién nombraste tutor de Gino en caso de que a ti te ocurriese algo? —le preguntó Raul.

Libby lo miró sorprendida.

—A nadie. Tengo veintidós años y estoy muy sana…

—Lo sé, pero nadie está completamente seguro. ¿No habías pensado en eso?

Ella se sintió culpable, sobre todo, teniendo en cuenta que el motivo por el que ella le había mentido a Raul era que su madre tampoco la había nombrado a ella tutora de Gino. Raul tenía razón, en la vida no había nada garantizado. ¿Y si ella hubiese sufrido un accidente?, se preguntó, sintiendo náuseas. Gino se habría quedado solo en el mundo, al cuidado de los servicios sociales. No quiso ni pensarlo, le pareció horrible. Por suerte, iba a casarse con Raul, que iba a adoptar a Gino, así que ocurriese lo que ocurriese en el futuro, el niño estaría bien.

Libby se aferró a aquello varios días después, cuando se ponía el vestido con el que se iba a casar. No era un vestido de novia, porque la falda de seda larga era de colores, pero había pretendido comprarse un vestido en tono pastel y al ver aquel se había enamorado.

De todos modos, su matrimonio no era convencional y ella no tenía por qué llevar el típico vestido de novia. Raul se iba a casar con ella por el mismo motivo que ella con él: por Gino. Así que lo más probable era que no le importase lo más mínimo lo que llevase puesto.

No obstante, Libby salió de su dormitorio, probablemente por última vez, con el corazón acelerado. Ya habían llevado su ropa a la habitación principal, que compartiría con Raul, y habían trasformado otra habitación que había en el mismo pasillo en cuarto infantil para Gino.

Aunque no se casasen por los motivos convencionales, Raul le había dicho que sería un matrimonio de verdad, lo que significaba que esa noche tendría que compartir su cama y que… su imaginación se detuvo de golpe. Solo sabía la teoría de lo que iba a ocurrir después, y eso la agobiaba.

Giró la esquina y se detuvo en lo alto de las escaleras que daban al vestíbulo. Raul estaba allí, impresionante con un traje oscuro y camisa de seda blanca. No la había visto todavía, y Libby se fijó en cómo le brillaba el pelo negro, en que se movía con gracia a pesar de ser un hombre grande, poderoso. Tenía a Gino en brazos, que también estaba muy guapo de azul y blanco. El niño se retorció y Raul lo dejó en el suelo, pero sin soltarle las manos.

Aunque todavía no andaba solo, le encantaba hacerlo con ayuda y Raul lo guio con paciencia mientras el niño se movía, contento y confiado.

A Libby se le hizo un nudo en la garganta. Durante las últimas dos semanas se había convencido de que Raul sería un padre fantástico. Había ido todos los días a jugar con Gino y el hecho de que fuese a gatas por el suelo con el niño, o tuviese paciencia para ayudarlo a construir torres, había dejado a Libby impresionada. Cuando hablaba con el niño lo hacía con cariño de verdad, y era evidente que Gino también adoraba a Raul.

Se dispuso a bajar las escaleras justo en el momento en que Raul tomaba a Gino en brazos riendo y diciendo:

—Ven aquí, *piccolo*, antes de que se te cansen las piernas.

Miró hacia arriba y se quedó en silencio mientras Libby bajaba las escaleras, su expresión era indescifrable.

«Odia el vestido», pensó ella, sintiéndose fatal y preguntándose por qué no había escogido el de color crema.

—Sé que no es lo que tenías en mente —espetó nada más llegar abajo y ver que Raul seguía en silencio.

—No —admitió él, preguntándose qué tenía aquella mujer que hacía que le ardiese la sangre en las venas, por no mencionar otras zonas de su cuerpo—, pero nunca dejas de sorprenderme, *cara*.

—Me había probado un vestido color crema, pero no era para mí —le aseguró—. Me encantan los colores vivos.

—Ya me había dado cuenta. Estás preciosa. Y no serías tú sin los colores del arco iris. Además, tengo que admitir que me están empezando a gustar el naranja y el verde.

A ella le sorprendió oír aquello y sintió algo extraño por dentro al notar que Raul la miraba con cariño.

—Cometí el error de pensar que llevarías un vestido convencional, así que encargué un ramo de flores a juego —comentó Raul sonriendo y tomando un ramo de rosas blancas del aparador que había a su espalda—. Espero que te gusten.

Era un ramo sencillo, pero exquisito al mismo tiempo, y a Libby se le llenaron los ojos de lágrimas y no se atrevió a mirar a Raul. No había esperado que le regalase flores el día de su boda.

—Son perfectas —murmuró—. Gracias.

Él sonrió todavía más.

—Ven —le dijo, tendiéndole la mano—. Tengo entendido que tenemos una boda, señorita Maynard.

El teléfono móvil de Raul sonó mientras salían de la casa y se sintió tentado a no responder, pero siguió sonando y al mirar la pantalla se dio cuenta de que se trataba de su abogado, Bernardo Orsini.

—Lo siento, pero tengo que responder —se disculpó mientras llegaban al coche donde su conductor, Tito, los estaba esperando para llevarlos al salón de bodas del pueblo más cercano.

—¿Bernardo?

—Solo quería confirmarte que está todo dispuesto para que te confirmen como único presidente de Carducci Cosmetics en cuanto Elizabeth Maynard esté casada.

El abogado rio suavemente.

—Porque imagino que ese es el único motivo por el que vuelves a casarte. Te felicito, Raul, qué rápido has sido. Supongo que dejarás que pase algo de tiempo antes de pedir el divorcio y espero que el matrimonio no se te haga demasiado pesado.

Raul vio cómo Libby se inclinaba a abrochar el cinturón de Gino, que ya estaba en su sillita en la parte trasera del coche, y se excitó al clavar la vista en su trasero.

—Estoy seguro de que sobreviviré —le aseguró al abogado en tono seco.

Pero al subir al coche al lado de Libby y aspirar su delicada fragancia a flores, le sorprendió darse cuenta de que el deseo de controlar Carducci Cosmetics no era lo que ocupaba su mente en los últimos días. En lo que no podía dejar de pensar era en el deseo que sentía por Libby.

El día pasó en una bruma, dejando a Libby con un caleidoscopio de imágenes que supo que la acompañarían para siempre. Primero, el ornamentado salón de bodas del bonito *palazzo* con vistas al lago Bracciano, donde había intercambiado los votos con Raul. Los testigos habían sido Tito y Silvana, que había conseguido convencer a Gino para que estuviese tranquilo, sentado en su regazo, y Romano y Flaviana Vincenti, amigos íntimos de Raul. Libby los había conocido, junto a sus dos hijas, unos días antes de la boda y con la convicción de que Raul les habría contado que se casaba con ella para poder ser el padre de Gino, pero, para su sorpresa, la pareja pensaba que estaban enamorados de verdad.

—Nunca pensamos que Raul se volvería a casar, después de lo ocurrido con Dana —había admitido Flaviana al final de la ceremonia, al acercarse a darles un beso y la enhorabuena—. Debes de ser muy

especial para haberle robado el corazón.

—Ah… pero…

Libby no pudo continuar, Raul inclinó la cabeza y le dio un beso que la dejó aturdida y con las mejillas coloradas. Cuando por fin la soltó, Libby se dio cuenta de que un fotógrafo había estado captando el momento.

—El motivo de nuestro matrimonio es privado, solo lo sabemos nosotros —había murmurado él mientras salían del salón—. Flaviana es una romántica incurable, y no quiero quitarle la ilusión.

Aquel debía de haber sido el motivo por el que Raul se había mostrado tan atento con ella durante la cena en un elegante restaurante, a la que siguió un paseo en barco por el lago durante el que los adultos habían bebido champán y las hijas de los Vincenti habían corrido de un lado a otro, lo que había entretenido mucho a Gino.

Sin esperarlo, había resultado ser un día muy bonito, se dijo Libby al salir de la habitación de Gino aquella noche. Se quedó en la puerta y escuchó el sonido acompasado de su respiración unos segundos, aliviada al ver que ya no tenía aquel ruido tan horrible en el pecho. Junto con Raul, habían llevado al niño a un especialista muy bueno que, después de muchas pruebas, les había asegurado que la neumonía no le había causado ningún daño permanente en los pulmones.

—Su hijo está bien, y estoy seguro de que va a crecer sano y fuerte —les había dicho el médico sonriendo

En cuanto el proceso de adopción terminase, Gino tendría un padre y crecería con el amor y la seguridad de tener un padre y una madre, pensó Libby de camino a la habitación principal. Era lo que ella quería, el motivo por el que se había casado con Raul, pero la noche de bodas estaba a punto de empezar y estaba muy nerviosa ante la idea de que Raul le hiciese el amor.

La química entre ambos era casi tangible. Siempre que estaban juntos en una habitación, Libby era consciente de la tensión sexual que hacía que a Raul se le oscureciese la mirada y que ella se pusiese muy nerviosa. No tenía miedo a perder la virginidad, lo que la asustaba era tener que engañar a Raul para que pensase que no era su primera vez.

¿Y si le contaba la verdad? Redujo el paso y se mordió el labio inferior. Acababa de casarse con Raul y tal vez debiese empezar aquella etapa con sinceridad. Él la entendería si le explicaba que había tenido miedo a que le quitasen a Gino.

Pero ¿y si no la entendía? ¿Y si se enfadaba tanto que anulaba el matrimonio, pedía la custodia de Gino y la echaba de Villa Giulietta? El riesgo era demasiado elevado y Libby no estaba preparada para asumirlo, así que debía seguir guardando el secreto. Esa noche se

haría pasar por una seductora y convencería a Raul de que tenía experiencia.

Empujó la puerta del dormitorio. Las lamparitas que había junto a la cama estaba encendidas y las sábanas blancas apartadas, pero la habitación estaba vacía. Aliviada, salió al balcón y respiró profundamente el aire fresco de la noche. El cielo oscuro estaba salpicado de estrellas y el reflejo de la luna brillaba sobre el lago.

—Para mí, esta es la vista más bella de la tierra —dijo Raul, rompiendo el silencio.

Libby se puso tensa y él se acercó y la agarró por la cintura para apoyarla contra su pecho.

—El… el lago es especialmente bonito bajo la luz de la luna —admitió con el corazón acelerado.

—No me refería al lago, *cara*.

El deseo lo invadió mientras apartaba los rizos rojizos de Libby y le daba un beso en el cuello. Le había gustado nada más verla, ni siquiera la noticia de que había sido la amante de Pietro había hecho menguar el deseo. Y prefería no intentar imaginárselos juntos. En esos momentos era su esposa, y se prometió en silencio que iba a hacerla olvidar a sus anteriores amantes. Bajó la cremallera que el vestido tenía en la espalda y notó cómo Libby se estremecía.

A Libby los latidos del corazón le retumbaron con fuerza en los oídos al notar que Raul le bajaba el vestido hasta dejar sus pechos al desnudo. Tragó saliva cuando la acarició y no pudo contener un grito ahogado mientras Raul le masajeaba los pezones hasta conseguir que se endureciesen.

—Por favor…

El placer era indescriptible. Libby notó calor entre los muslos, estaba tan excitada que solo podía pensar en que Raul acariciase todo su cuerpo.

—Eres tan sensible, *cara*, me excita tanto verte así —admitió Raul con voz ronca, haciéndola darse la vuelta e inclinando la cabeza para besarla apasionadamente—. Voy a complacerte, estoy seguro. Nunca había deseado a otra mujer tanto como a ti. La química que hay entre nosotros es tan fuerte que no podemos ignorarla más.

La tomó en brazos y en un par de zancadas la llevó hasta la cama. Con la mirada encendida de deseo, la tumbó en ella y le quitó rápidamente el vestido y los zapatos. Apoyó la mano en su vientre y Libby contuvo la respiración mientras bajaba con ella hasta la cinturilla de las braguitas. Era la primera vez que un hombre la veía desnuda y, de repente, se sintió muy vulnerable y nerviosa al volver a pensar que iba a entregar su virginidad a un hombre que pensaba que ya era una mujer experimentada. Se había convencido a sí misma de que podía ocultar su inocencia, pero cuando Raul le bajó la ropa

interior no pudo evitar taparse con las manos y notar que el corazón se le salía del pecho.

Raul rio suavemente.

—Veo que eres pelirroja natural —murmuró—. No te escondas de mí. Abre las piernas, *cara*. Quiero verte mientras te acaricio. ¿Te gusta el sexo oral?

La vio ruborizarse y le sorprendió que hubiese confusión en su mirada. Respondía a sus besos con tanto ímpetu que había pensado que estaría impaciente por tener sexo con él, pero, en su lugar, se estaba mostrando tímida e insegura, y ni siquiera había intentado tocarlo.

—No… no lo sé —balbució con miedo.

—¿De verdad? ¿Nunca…?

Raul no pudo ocultar su sorpresa, aunque le alegró saber que iba a proporcionarle una experiencia de la que nunca había disfrutado con sus anteriores amantes.

—Oh, *cara mia*, tenemos que hacer algo al respecto.

Libby dio un respingo cuando Raul metió la mano entre sus muslos y este frunció el ceño. Para que no se diese cuenta de que todo aquello era nuevo para ella, se obligó a relajarse. Con el corazón desbocado, separó un poco las piernas y se mordió el labio cuando Raul se las separó todavía más y pasó un dedo con suavidad por el exterior de su vagina, caricia que la hizo estremecerse de placer. Libby empezó a sentir calor, notó que se excitaba. No había estado preparada para el placer que Raul iba a darle al introducir un dedo en su sexo, y gimió cuando, además, empezó a acariciarle el clítoris.

Era… increíble. Las piernas empezaron a pesarle y no opuso resistencia cuando Raul volvió a separárselas un poco más. Se hundió en el colchón y cerró los ojos para poder concentrarse solo en las sensaciones que Raul le estaba creando.

La respiración se le entrecortó cuando este bajó la cabeza y la enterró entre sus piernas para acariciarla con la lengua.

—¡No! —protestó, avergonzada por un gesto tan íntimo.

Tiró de su pelo para intentar apartarlo, pero la sensación que causaba su lengua era tan maravillosa que dejó de resistirse y arqueó las caderas hacia arriba para ofrecerse a él.

Tenía en la pelvis una sensación casi insoportable que sabía que solo Raul podía calmar. No quería que este parase, sino todo lo contrario, estaba desesperada porque continuase con aquellas caricias tan eróticas y protestó cuando Raul se apartó.

—Lo sé —dijo él—. Estoy tan desesperado como tú.

Se levantó y empezó a quitarse la ropa.

Le habría gustado que Libby lo desnudase, pero estaba tan excitado que no sabía si habría aguantado que lo tocase. Dejó caer el pantalón

al suelo, junto a la camisa, y se dio cuenta de que Libby miraba fijamente su calzoncillo abultado. No entendía que siguiese fingiendo aquella ingenuidad, después de cómo había respondido a los preámbulos. Lo más probable era que hubiese tenido una docena de amantes, pero él tampoco era un santo, y no quería acostarse con una muchacha tímida y virgen.

Decidió que había llegado el momento de mostrar a Libby lo que quería, y le divirtió ver cómo abría los ojos al verlo desnudarse por completo. A él no le sorprendía estar tan excitado, por fin iba a hacer realidad su fantasía de acostarse con ella, aunque se sentía tan frustrado que sabía que aquella primera vez no iba a ser una sesión pausada de sexo. El deseo lo consumió mientras se colocaba entre sus piernas.

Libby había observado boquiabierta cómo se desnudaba Raul, pero la admiración se había convertido en asombro al ver el increíble tamaño de su erección. Asustada, había pensado que no era posible que aquello le cupiese dentro.

El corazón se le aceleró todavía más cuando lo vio colocarse encima de ella y sintió tanto miedo que no pudo evitar ponerse tensa. Presa del pánico, apoyó las manos en su pecho para apartarlo, pero Raul rio suavemente y la agarró de las muñecas para ponérselas encima de la cabeza.

—Siento que la postura del misionario te parezca aburrida, *cara* —murmuró con voz ronca—, pero te deseo tanto que me da miedo no poder aguantar. Y tenemos toda la noche para experimentar.

A Libby aquellas palabras le sonaron más a amenaza que a promesa, pero mientras se retorcía debajo de él, Raul tomó su pecho con la boca y volvió a hacer que sintiese calor entre las piernas.

—Me encanta tu impaciencia —le dijo él, confundiendo el nerviosismo con una invitación.

Libby contuvo la respiración mientras Raul bajaba una mano hacia su sexo. Sus caricias aplacaron los miedos e hicieron que sintiese que la llevaba a un lugar mágico en el que todavía no había estado nunca, y cuando Raul sustituyó la mano por la punta del pene, en vez de miedo sintió todavía más excitación.

Entró en ella despacio y Libby suspiró aliviada. La sensación no era desagradable, así que se relajó y se dijo a sí misma que Raul jamás sabría que era su primera vez. Él levantó los labios de su pecho y la miró a los ojos.

—Tiene que ser ahora —le dijo con voz ronca, agarrándola de las caderas para sujetarla y poder penetrarla más.

Su gemido de placer se interrumpió al ver que Libby gritaba de dolor.

Raul se quedó inmóvil. Era imposible. Tenía que habérselo

imaginado. Con el corazón acelerado, retrocedió un poco, sorprendido, sin comprender por qué Libby se había llevado los nudillos a la boca y tenía los ojos dilatados, pero no podía ser virgen. La idea era inconcebible.

Intentó apartarse de ella, pero sus músculos vaginales lo sujetaron en un abrazo de terciopelo. Y su deseo era tan primitivo que no pudo contenerlo, así que volvió a hundirse en su interior y gimió de manera salvaje al descargar en ella un orgasmo espectacular que sacudió todo su cuerpo.

Capítulo 8

Libby se quedó debajo de Raul, paralizada. Las piernas le temblaban de manera incontrolable y tenía náuseas. Lo empujó con fuerza del pecho, desesperada por escaparse al cuarto de baño. Este se apartó con la respiración todavía entrecortada y respiró hondo. Libby se dio cuenta de que estaba sorprendido e indignado.

—¿Qué demonios…? —juró en su idioma materno.

Libby no entendió lo que decía, pero el significado estaba claro. Era evidente que quería una explicación, pero ella no estaba en condiciones de pasar por un interrogatorio, así que se escapó de la cama.

Había sangre en las sábanas. Raul miró fijamente la mancha de la traición y después fulminó a Libby con la mirada. Esta corrió a encerrarse en el baño y luego se inclinó sobre el váter y vomitó.

No había esperado que le doliese tanto, aturdida, pensó que lo que de verdad no había esperado era que perder la virginidad con Raul fuese a ser una experiencia tan intensamente emocional. Se apoyó en la pared y enterró el rostro entre las manos. Cuando Raul había hecho que sus cuerpos fuesen uno, ella se había dado cuenta de que quería que la amase… como ella lo amaba a él.

Se había enamorado de él y no sabía cómo había ocurrido.

Le había plantado cara y se había dicho a sí mismo que odiaba su arrogancia y que no le importaba que la despreciase al pensar que había sido la amante de su padre, pero a pesar de aquello, y de las enormes diferencias que había entre ambos, no había podido evitar sentir que era su alma gemela, y que había una fuerza superior que, de algún modo, los unía.

Si había aceptado su propuesta de matrimonio no había sido solo por el cariño que Raul le tenía a Gino y para que este pudiese tener un padre, sino también porque, en el fondo, había tenido la esperanza de que Raul se diese cuenta en algún momento de que ella era el amor de su vida.

Pero la había penetrado de manera tan brusca que el dolor de su corazón había sido mucho peor que el causado al romper la fina membrana de su virginidad. A Libby le habría gustado que Raul le susurrase palabras tiernas al oído, pero eso no había ocurrido. Para él solo había sido sexo y, en esos momentos, gracias a su estúpida y melodramática reacción, este se había dado cuenta de que no era la

madre de Gino.

Se sobresaltó al oír que llamaban a la puerta y se quedó sentada en el suelo de mármol, abrazándose las rodillas.

—¡Libby! Abre la maldita puerta o la echo abajo.

Cuando no respondió, Raul siguió golpeando la puerta. Y ella se dijo que no podría quedarse en el baño para siempre, así que respiró hondo, se obligó a ponerse en pie y envolvió su cuerpo desnudo en una toalla.

Abrió la puerta y vio que Raul se había puesto los pantalones, pero tenía el pecho desnudo. Y sintió una ridícula necesidad de apoyar la mejilla en aquel pecho dorado, cubierto de vello oscuro.

Raul la estaba mirando como si quisiera matarla.

—¿Quién es la madre de Gino? —inquirió.

Ella se mordió el labio, que le supo a sangre.

—Elizabeth Maynard.

—¡No me mientas! —espetó él—. Tú eres Elizabeth Maynard, pero eres virgen. O al menos lo eras hace cinco minutos. ¿Por qué no me has dicho que era tu primera vez? Habría…

Se interrumpió y se pasó una mano por el pelo, todavía incapaz de asimilar lo ocurrido.

Se sentía culpable por no haber parado al oírla gritar de dolor. Su cuerpo lo había traicionado. Se tenía por un amante generoso y era la primera vez que se había comportado de manera tan egoísta en la cama. Aunque lo cierto era que tampoco estaba acostumbrado a desflorar vírgenes. Se sentía avergonzado y, en cierto modo, asustado, pero enterró ambas emociones bajo un torrente de ira.

—Habría tenido más cuidado —terminó.

Libby estaba muy pálida y sus ojos parecían demasiado grandes para aquel rostro. El temblor de su labio inferior hizo que a Raul se le encogiese el corazón. Apretó la mandíbula y rechazó el impulso de abrazarla.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Elizabeth Maynard —respondió ella, tomando aire—. Lo mismo que mi madre. Mi madre, que conoció a tu padre en un crucero y tuvo una aventura con él. Gino es mi hermanastro.

—¡Tú madre era la amante de Pietro!

Raul volvió a jurar, incapaz de controlar las emociones que lo estaban invadiendo.

—¿Y dónde demonios está? ¿Por qué has estado fingiendo tú que Gino era tu hijo?

—Está muerta —admitió Libby con el corazón en un puño y un nudo en la garganta.

Raul la miró y, a pesar del enfado vio lágrimas en sus ojos y le dijo:

—Lo siento. ¿Estabais muy unidas?

—Éramos más bien como hermanas —susurró ella—. La echo de menos todos los días. Era mi única familia. No tengo ni idea de quién es mi padre, solo sé que le rompió el corazón, y que estaba casado, pero que mi madre no lo supo hasta después. Cuando le dijo que estaba embarazada de mí, él le ofreció pagarle el aborto.

Suspiró.

—Cuando mi madre se enteró de que se había quedado embarazada de Pietro, no se lo podía creer, y al no obtener respuesta de este, sintió que la historia se repetía y que la habían vuelto a abandonar. No obstante, adoraba a Gino y estaba decidida a darle la mejor niñez que pudiese. Por eso decidió que nos mudásemos a Cornwall, porque pensó que el niño estaría mejor allí que en Londres.

Hizo una pausa antes de continuar.

—Pero un día se desmayó y murió de un coágulo en un pulmón. No había hecho testamento, y como no me había dejado a mí la tutela de Gino, tuve miedo de que los servicios sociales me lo quitasen.

Miró a Raul, pero su expresión era indescifrable. Continuó hablando atropelladamente:

—Así que fingí que era mi hijo. Lo quiero —balbució—. Es lo único que tengo, mi único vínculo con mamá… y tiene que estar conmigo. Sé que si te hubiese contado la verdad…

—*¡Per Dio!* Y me la cuentas ahora —replicó él con amargura—. Me has mentido y me has engañado…

—Tenía que hacerlo —le dijo ella, desesperada por que la comprendiese—. Pietro estableció en su testamento que quería que Gino y su madre viviesen en Villa Giulietta. Y tenía miedo de que si sabías que yo no era su madre, quisieses quitarme la custodia y apartarlo de mí. No podía soportar la idea.

Le tembló la voz y contuvo las lágrimas que le quemaban en los ojos.

—Tú mismo dijiste que Gino nos necesita a los dos —le recordó—. Eso no ha cambiado. Liz, mi madre, murió cuando Gino tenía solo unos meses, y yo soy la única madre que conoce.

—Pero tú no eres su madre —objetó él, enfadado.

No podía ni mirar a Libby, sabiendo que era una mentirosa, una calculadora, igual que Dana.

Se alejó de ella y salió a la terraza. No sabía qué decir ni qué pensar. La noticia de que su padre adoptivo había tenido un hijo había sido la mayor sorpresa de su vida, pero descubrir que la que pensaba que era la madre de Gino era virgen le resultaba tan increíble que todavía estaba intentando asimilar la verdad.

Lo que más lo enfadaba era que no tenía por qué haberse casado con Libby, ya que esta no era la madre de Gino y, por lo tanto, nunca había tenido derecho a controlar la parte de Gino en Carducci

Cosmetics. Si hubiese sabido que la madre de Gino había fallecido, él habría asumido automáticamente la gestión de esas acciones y no habría tenido que casarse con Libby.

La sintió a sus espaldas y giró la cabeza. Se había vestido, pero no llevaba la elegante bata de seda gris que él le había comprado, sino una rosa que había traído de Inglaterra y que la hacía parecer un algodón de azúcar. Tenía la melena suelta sobre los hombros y Raul pensó que parecía muy joven e inocente. Pero ya no era tan inocente, se dijo, volviendo a pensar en que había tomado su virginidad. Por un momento, en vez de enfado volvió a sentir culpa.

—Me tenías que haber contado la verdad.

—Si lo hubiese hecho, me habrías quitado a Gino, ¿verdad? —le preguntó ella con voz temblorosa.

—Por supuesto que sí —admitió, no podía negarlo—. El antro en el que vivías no era lugar para criar a un niño. Además, ¿qué educación podía darle una stripper?

—Yo nunca fui stripper, lo fue mi madre —admitió LIbby en voz baja—. Y antes de que digas nada, deja que te cuente algo acerca de Liz. Es cierto que trabajaba en un local nocturno, pero no tenía a nadie que la ayudase y no quería vivir de la caridad. Tal vez yo no tuve una niñez convencional, pero jamás dudé de que me quería. Cuando Pietro no se puso en contacto con ella después del crucero, se quedó destrozada. No porque quisiera su dinero, ni siquiera sabía que era el dueño de Carducci Cosmetics, sino porque lo quería, y porque Pietro también le había dicho que estaba enamorado de ella.

Libby se interrumpió, las lágrimas hacían que le ardiese la garganta.

—La verdad es que tu padre abandonó a mi madre, pero, aun así, ella adoraba a Gino y le habría dedicado toda su vida si hubiese podido… pero yo tuve que ocupar su lugar.

Raul la miró con frustración. Su argumento sonaba creíble, pero sabía que lo había engañado.

—Pietro sufrió un ataque dos días después de volver del crucero —dijo—. Fue el primer síntoma de que tenía un tumor cerebral. Una parte de su cuerpo se quedó paralizada y también le afectó al habla. Era el hombre más honrado y honesto que he conocido, así que, si le dijo a tu madre que la amaba, estoy seguro de que era verdad. Aunque tal vez pensó que estaría mejor sin él, que estaba enfermo. Estoy seguro de que pensó que era mejor que tu madre guardase de él el recuerdo que ya tenía, y que no quiso que lo viese enfermo y moribundo.

Libby se aferró a la barandilla e intentó contener las lágrimas. No quería romperse delante de Raul.

—Que Gino perdiese a sus padres antes de conocerlos fue una terrible tragedia. Mi madre quería a tu padre y sé que lo habría

cuidado durante su enfermedad —comentó—. Era una persona muy cariñosa.

La emoción de su voz hizo que a Raul se le encogiese el pecho, pero no quiso ablandarse. Libby le había demostrado que no era de fiar.

—¿Y tú, Libby? ¿También eres así? ¿Es ese el motivo por el que mantuviste la farsa de que Gino era tu hijo?

—Por supuesto que sí —le dijo ella, mirándolo, confundida—. ¿Cuál iba a ser si no?

Raul se encogió de hombros. Su rostro parecía esculpido en mármol: tan bello, pero frío y duro. Libby se preguntó qué había pasado con el hombre que le había sonreído con ternura mientras intercambiaban los votos del matrimonio, y si aquello había sido fruto de su imaginación.

—Pienso que decidiste engañarme porque pensaste que así podrías llevar una vida de lujo en Villa Giulietta. Utilizaste a Gino para estar aquí.

—No —negó Libby, horrorizada por la acusación.

—Sí —insistió él muy serio—, pero sabías que solo tendrías derecho a vivir aquí mientras Gino crecía. Por eso aceptaste a casarte conmigo. Siendo mi esposa, tendrías seguridad económica toda la vida.

—Eso no es verdad —volvió a objetar Libby—. Ambos nos casamos el uno con el otro solo por el bien de Gino, para que pudiese crecer con un padre y una madre.

—¿De verdad esperas que crea que el dinero no influyó en tu decisión? Te dieron la oportunidad de casarte con un multimillonario y la aceptaste.

Raul hizo caso omiso del dolor que vio en sus ojos y pasó por su lado porque no soportaba seguir respirando el mismo aire que ella. La historia se repetía, pensó con amargura. ¿Cómo era posible que lo hubiesen engañado dos veces? Dana y Libby eran tal para cual, y él, el hombre más tonto del planeta.

Se puso la camisa y cuando se giró vio que Libby lo estaba mirando. Estaba muy pálida.

—Pensé que mi primer matrimonio había sido breve, pero doce horas debe de ser el récord —le dijo.

Libby se abrazó, temblando a pesar de que la noche era cálida.

—¿Qué… qué quieres decir? ¿Y adónde vas? —preguntó con voz trémula al ver que Raul abría la puerta de la habitación para salir.

—Quiero decir que nos veremos en el juzgado cuando me divorcie de ti, *cara* —le informó él en tono sarcástico—. Y con respecto a dónde voy, prefiero estar en el infierno que en la misma habitación que tú.

El pánico se apoderó de Libby, que sacudió la cabeza desesperadamente.

—No, no puedes divorciarte. ¿Y Gino? Nos casamos por él, ¿recuerdas? Para darle una niñez estable…

—Y eso es lo que pretendo darle. Será mejor que crezca solo conmigo que con una madre mentirosa. Ningún juez te dará la custodia después de lo que has hecho.

Libby dio un grito y cerró los ojos unos instantes. La habitación daba vueltas a su alrededor. Raul no podía estar hablando en serio, se dijo una y otra vez, intentando tranquilizarse, pero la ira de sus ojos le advirtió que jamás la perdonaría por haberlo engañado. Tenía que hacerle entender lo mucho que quería a Gino, y que todo lo que había hecho, lo había hecho por su bien, pero Raul ya estaba saliendo por la puerta. Libby alargó la mano. No podía permitir que se marchase.

—Raul… por favor…

Él la miró con desprecio por última vez y dio un portazo. Libby se quedó allí temblando, deseando que Raul volviese mientras oía cómo se alejaban sus pisadas. Entonces se vino abajo y cayó de rodillas, con las lágrimas surcándole el rostro. Era su noche de bodas, pero su estupidez había hecho que la luna de miel se terminase incluso antes de empezar.

Raul atravesó con paso firme la silenciosa casa y salió por la puerta principal para ir al lugar al que había ido siempre que había necesitado estar solo. El lago brillaba bajo la luz de la luna, reflejando las sombras oscuras de los árboles que había en la orilla y un búho ululó en alguna parte. Tardó pocos segundos en desatar la cuerda que amarraba la barca, saltó a bordo y zarpó.

La brisa formaba ondas en la superficie del agua y sacudía el barco. Raul se centró en ajustar las jarcias y se adentró en el lago mientras el suave vaivén aplacaba sus emociones.

Libby no era la madre de Gino. Lo había engañado y se había reído de él. Intentó controlar su enfado y siguió navegando en la oscuridad, solo con la luz de la luna y de una miríada de estrellas iluminando su camino.

Lo había hecho por el dinero, por supuesto. Le había mentido como le había mentido Dana al asegurarle que quería tener hijos. Libby no era mejor que su primera mujer.

O sí. Libby no había gastado dinero como Dana, ni había querido salir de noche cuando él se lo había propuesto alguna vez antes de la boda. Prefería estar en casa con Gino.

Su dedicación con el bebé era indiscutible y su amor por él, completamente genuino. Raul estaba convencido de eso. Frunció el ceño al recordar el piso lleno de humedades de Cornwall donde la había encontrado. Libby debía de haber hecho muchos sacrificios,

tanto materiales como personales, por su hermano. Debía de haberse enfrentado a muchas dificultades como madre soltera, intentando trabajar y darle un techo al tiempo que cuidaba del bebé. Era una joven muy guapa, que tenía que haber estado disfrutando de muchas cosas que otros jóvenes de su edad daban por descontado: ropa moderna, fiestas, salidas con amigos, novios. No obstante, lo había dejado todo por Gino.

¿Podía una mujer querer a un niño que no era suyo con tanta generosidad de espíritu?, se preguntó con escepticismo. Dana no lo habría hecho, pero él conocía otra mujer que sí. Su madre adoptiva había acogido en su casa y en su corazón a un niño de siete años con muchas carencias emocionales. Eleanora Carducci lo había querido de manera incondicional, y él la había adorado a ella, pero después de su divorcio con Dana, había dado por hecho que todas las mujeres eran malas. Cuando había descubierto que Libby lo había engañado, se había puesto furioso, pero en esos momentos estaba empezando a calmarse y se preguntó si habría reaccionado de manera exagerada.

Libby le había dicho que el único motivo por el que se había casado con él era Gino. El mismo motivo por el que lo había hecho él.

Raul recordó sus palabras y se sintió culpable e incómodo. Él se había casado para conseguir el control de Carducci Cosmetics, y en realidad eso también había sido un engaño, ya que Libby no lo sabía.

De repente, otra idea ocupó su mente. Libby no había sido la amante de Pietro. Nunca se había acostado con su padre, ni con ningún otro hombre. Sin saber por qué, aquello hizo que se sintiese triunfante. Siempre se había considerado un tipo moderno y no tenía ningún problema con que las mujeres disfrutasen de una vida sexual variada, pero Libby era suya y no pudo evitar sentir que quería que siguiese siéndolo siempre.

Estaba empezando a amanecer cuando volvió a la orilla, más tranquilo y controlando sus emociones una vez más, pero todavía incapaz de saber lo que iba a hacer a continuación.

Vio sorprendido que había una figura en el muelle. Reconoció su melena rojiza al instante y al acercarse más se dio cuenta de que Libby se había puesto unos vaqueros y un jersey gris. Parecía muy joven y vulnerable, y a Raul se le encogió el corazón.

—Agarra esto —le pidió, lanzando la cuerda al muelle.

Ella dudó un instante antes de obedecer.

—Átala a ese poste —le indicó él, acercando más el barco y saltando fuera.

Libby lo miró con cautela y vio que tenía los ojos rojos y estaba pálido.

Raul se miró el reloj.

—Son las cuatro de la mañana. No pensé que estarías despierta.

Ella se encogió de hombros.

—No podía dormir.

Su tensión era tangible, pero a Raul no le sorprendió, teniendo en cuenta todo lo que le había dicho unas horas antes.

Ella miró a lo lejos.

—Se debe de respirar mucha paz, viendo cómo sale el sol desde el agua —murmuró.

—Para mí, es el lugar más cercano al cielo —admitió Raul—. Tal vez te lleve alguna vez.

Libby clavó la vista en su rostro y le rogó con voz temblorosa:

—Por favor, no me apartes de Gino. Lo quiero, y él a mí. Sería demasiado cruel…

—Lo sé —admitió Raul suspirando—. Y yo no soy un ogro. Sé lo mucho que lo quieres y que, para él, eres su madre.

Por primera vez desde que Raul se había marchado dando un portazo de la habitación, Libby tuvo la sensación de que sus músculos empezaban a relajarse un poco.

—Sé que lo que he hecho es imperdonable, pero después de la muerte de mamá tuve miedo de que los servicios sociales se lo llevaran. Yo pasé por eso y sé lo que es sentir que no tienes una familia, por eso no quería que Gino viviese lo mismo y estaba dispuesta a cualquier cosa para evitarlo.

—Incluso a sacrificar tu virginidad —comentó él—. ¿De verdad pensaste que no me daría cuenta?

Libby se ruborizó.

—No pensé que la experiencia sería tan traumática —admitió a regañadientes.

Raul se sintió culpable.

—No tenía que haberlo sido. Si hubiese sabido que era tu primera vez, habría tenido más paciencia. Y te doy mi palabra de que la próxima vez seré mucho más cariñoso —le prometió.

—¿Significa eso que pretendes continuar con nuestro matrimonio? —le preguntó ella, mordiéndose el labio—. ¿A pesar de que…?

Se interrumpió y Raul arqueó las cejas de manera irónica.

—¿A pesar de que me has engañado? —preguntó con frialdad—. Admito que mi primera idea fue mandarte de vuelta a Inglaterra, pero además de que Gino te necesita, también es posible que te hayas quedado embarazada de mí. Sé que la experiencia que hemos tenido en la cama no ha sido buena para ti, pero yo he llegado al final y no he utilizado ningún método contraceptivo, así que es perfectamente posible que te hayas quedado embarazada.

A Libby se le encogió el corazón ante aquella idea. Tenía la sensación de estar en una montaña rusa emocional y se abrazó al notar que le temblaba el cuerpo.

Raul frunció el ceño.

—Tienes frío. Vamos a casa.

Caminaron juntos por el muelle, pero Libby tropezó y se habría caído al agua si Raul no la hubiese sujetado. Este vio lo pálida que estaba y la tomó en brazos para llevarla a la casa.

—Casi no te tienes en pie. No malgastes la energía en luchar conmigo, *cara*, porque no voy a dejarte marchar —le advirtió con toda sinceridad.

Raul no sabía cómo ocurrido, pero Libby le había calado hondo y no tenía ninguna prisa por alejarla de él.

Capítulo 9

Los firmes latidos del corazón de Raul calmaron las emociones de Libby, y la fuerza de sus brazos hizo que se sintiese segura. ¿No era aquello lo que había deseado de niña?, se preguntó. ¿Sentirse segura y protegida? Nunca había dudado del amor de su madre, pero sus novios casi nunca le habían gustado y siempre había ansiado la seguridad de una familia de verdad. ¿Le habría atraído Raul nada más conocerlo porque su instinto le había dicho que era un hombre fuerte y poderoso, en el que podía confiar?

Este entró en casa con paso firme y a Libby le dio un vuelco el corazón al darse cuenta de que no iba hacia el despacho o el salón, sino hacía la habitación principal.

—Tenemos que hablar —rugió mientras la dejaba en la cama.

Para consternación de Libby, se sentó a su lado, tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo y respirar el embriagador aroma de su colonia, mezclado con otro olor, a hombre.

Ella se retorció los dedos en el regazo y dijo en voz baja:

—Supongo que no me vas a creer, pero me siento muy culpable por haberte engañado. Tienes derecho a estar enfadado.

Sonó tan convincente que a Raul le resultó imposible pensar que era muy buena actriz. Y, aunque lo fuese, ¿qué más daba? Se había casado con ella para conseguir el control de Carducci Cosmetics, y otros motivos: por Gino, para tener su propio hijo, y por el deseo que seguía sintiendo por ella.

Tomó uno de sus rizos con el dedo.

—Supongo que te entiendo —admitió Raul, dándose cuenta de que era verdad.

Todavía estaba enfadado con ella, pero no podía evitar admirarla por cómo había luchado por quedarse con Gino.

—Si hubiese estado en tu situación, habría hecho cualquier cosa para evitar que los servicios sociales se llevasen a Gino. Los recuerdos que tengo del orfanato no son precisamente felices.

—¿Cuántos años tenías cuando te adoptaron?

—Siete.

—A esa misma edad pude volver yo a vivir con mamá. Poco después nos marchamos a Ibiza. ¿Sabes algo de tus padres biológicos? —le preguntó Libby por curiosidad.

—Solo que eran muy pobres y que vivían en Nápoles. Mi madre

falleció poco después de que yo naciese y yo viví unos años con mi padre —le contó Raul—. Solo recuerdo a un hombre grande y bruto, que me pegaba con el cinturón. Era alcohólico, aunque yo tardé en comprender eso. Solo sabía que tenía un temperamento impredecible y violento. Murió cuando yo tenía cinco años. No sé qué le ocurrió, pero creo que formaba parte de una banda criminal. Una noche salió y me dejó solo, como solía hacer, y la policía vino a casa y me llevó a un orfanato. Era un niño difícil y las monjas del orfanato tenían problemas para controlarme. Ninguna familia quería acogerme. Hasta que Pietro y Eleanora decidieron darme una oportunidad. No sé por qué quisieron adoptar a un chico salvaje de la calle —dijo Raul, y sus facciones se suavizaron al recordar a sus padres adoptivos—, pero se lo agradezco. Mi vida cambió para siempre gracias a ellos, y siempre les agradeceré lo que hicieron por mí.

Libby asintió, se le había encogido el corazón al imaginarse a Raul antes de su adopción.

—La vida puede ser muy complicada, y los niños son tan vulnerables… Yo lo único que quiero es que Gino crezca sintiéndose seguro de que lo quieren.

—Juntos haremos todo lo posible para darle una niñez feliz —le aseguró Raul—, pero, ¿de verdad es lo único que quieres, Libby? ¿Fue Gino la única razón por la que accediste a casarte conmigo?

Ella se puso tensa mientras Raul le levantaba la barbilla para que lo mirase a los ojos. Estaban tan cerca que podía ver las pequeñas arrugas que tenía alrededor de los ojos. Unos ojos que la habían mirado con furia unas horas antes, pero que en esos momentos eran cálidos. Su mirada la esperanzó.

—No me casé por tu dinero, te lo aseguro —le dijo enseguida—. No quiero tu dinero.

Su sensual sonrisa le cortó la respiración.

—Entonces, ¿qué quieres, *cara*?

La atmósfera cambió sutilmente y a Libby se le aceleró el corazón cuando Raul levantó la otra mano para apartarle un mechón de pelo del rostro. Ella bajó el rostro con timidez, pero entonces su vista se posó en el regazo de Raul y aquello le hizo recordar lo que había debajo de sus pantalones. Con las mejillas coloradas, apartó la mirada de aquella parte de su cuerpo. No obstante, no pudo olvidar la promesa de Raul de que la siguiente vez sería más cuidadoso y, mientras clavaba la vista en sus labios, se preguntó cuándo sería la próxima vez.

Después de que Raul tomase su virginidad, Libby había llorado más por la conmoción que por dolor, pero en esos momentos sintió calor entre los muslos al recordar cómo la había acariciado Raul con la lengua.

—Siento que perder la virginidad no haya sido la experiencia especial que debería haber sido, pero pienso que en algunos momentos también disfrutaste, ¿o me equivoco, Libby? —le preguntó Raul.

Ella pensó que Raul no la quería y que jamás le había dado motivos para pensar que eso podía cambiar, pero que sí quería que siguiesen casados, y eso ya era mejor que nada. Iba a ser un padre maravilloso para Gino, y para cualquier otro hijo que tuviese. Y a Libby le emocionaba le idea de ser madre. Tal vez un matrimonio de conveniencia no fuese el escenario perfecto, pero lo cierto era que pocas cosas en la vida lo eran. Al fin y al cabo, después de quedarse sola con Gino, Libby jamás había pensado que tendría un marido e hijos propios. Raul era un regalo inesperado y siempre y cuando no le contase que estaba enamorada de él, su matrimonio todavía podía salir bien.

—No te veo muy segura —murmuró él—. Me parece que ha llegado el momento de demostrarte lo placentero que puede llegar a ser el sexo.

Libby tragó saliva. El corazón le latía con tanta fuerza que le costaba respirar. Raul malinterpretó aquella repentina tensión y pasó un dedo por su espalda para tranquilizarla.

—No tengas miedo, *cara*. Esta vez tendré cuidado.

Y, como si quisiera demostrárselo, pasó suavemente los labios por los suyos. Fue un beso tan delicado que Libby solo pudo sentir que quería más.

Cuando Raul volvió a besarla, separó los labios y le devolvió el beso. Él tomó su rostro con ambas manos y siguió besándola hasta que Libby gimió con frustración y lo abrazó por el cuello de manera torpe.

El ímpetu de Libby era irresistible, pero a Raul también le resultó extrañamente conmovedor, sabiendo lo inexperta que era. Al notar que le metía la lengua en la boca, Raul dejó de controlarse y la empujó para que ambos pudiesen estar tumbados en la cama.

No era capaz de racionalizar lo que le estaba ocurriendo. Se había puesto furioso al darse cuenta de que no tenía por qué haberse casado con ella, pero después se le habían empezado a ocurrir razones por las que debía seguir casado con ella.

No estaba preparado para dejarla marchar… todavía. Y tal vez no lo estuviese en mucho tiempo. La noticia de que Libby no había sido amante de Pietro le había alegrado mucho, y era normal, teniendo en cuenta que lo único que sentía por ella era deseo. Lo había sentido nada más verla y, en esos momentos, dado que era su mujer, podía disfrutar del que, en su opinión, era el principal beneficio de estar casado: poder tener sexo con una mujer que era capaz de diezmar su control con tan solo mirarlo con sus ojos azules verdosos.

Miró su cuerpo pálido y esbelto, tenía los pechos sorprendentemente llenos y redondos, con los pezones rosados erguidos, invitándolo a probarlos con la boca. Libby lo estaba mirando con cautela y él supo que debía controlar su impaciencia y alargar los juegos preliminares hasta que estuviese completamente excitada y preparada. Volvió a besarla despacio hasta que ambos se quedaron sin respiración y entonces le quitó los pantalones vaqueros.

Se puso en pie para quitarse los suyos y vio duda en la mirada de Libby, que estaba clavada en su erección.

—Confía en mí, *cara*, esta vez te va a gustar —le aseguró, tumbándose en la cama y volviéndola a besar apasionadamente.

Su fogosa respuesta lo conmovió, y Raul le acarició un pecho y pasó la lengua por él hasta conseguir que el pezón estuviese completamente erguido. La sensación fue exquisita y Libby arqueó la espalda y gimió de placer cuando él comenzó a dedicar la misma atención al otro pecho. Ella empezó a sentir el mismo deseo que la primera vez que Raul le había hecho el amor, pero todavía más intenso. Deseó que este la acariciase entre los muslos y arqueó el cuerpo para hacérselo saber, pero él siguió acariciándole y besándole los pechos hasta que el placer se hizo irresistible.

Hasta que no se lo rogó, Raul no bajó la mano por su estómago y Libby contuvo la respiración cuando por fin la acarició muy despacio entre los muslos, se los separó lentamente y con cuidado introdujo un dedo. Ella levantó las caderas y Raul retiró el dedo un poco y luego lo enterró más, y repitió el movimiento una y otra vez.

A Libby le estaba ocurriendo algo que no podía controlar, era una sensación maravillosa que crecía y crecía mientras Raul realizaba movimientos rítmicos con la mano y la acariciaba, creando un calor delicioso entre sus muslos. Ella se aferró a las sábanas y cerró los ojos para concentrarse en los pequeños espasmos que estaban sacudiendo su vientre. Se le aceleró la respiración y dio pequeños gritos ahogados mientras Raul la llevaba a un lugar al que estaba desesperada por llegar, y protestó cuando este retiró el dedo de repente, dejándola despojada, vacía.

—Por favor…

Casi no podía hablar, le temblaban las piernas, necesitaba que Raul la volviese a tocar y la condujese hasta el final del viaje que había comenzado. Notó que él se movía y cuando abrió los ojos se dio cuenta de que se estaba colocando encima de ella. Notó su erección en la parte interna de los muslos y le dio un vuelco el corazón.

—Intenta relajarte, *cara* —le dijo con su voz profunda, temblando de deseo, pero sabiendo que era importante tener cuidado—. Estás preparada.

No obstante, dudó y pasó un dedo por los labios húmedos y

henchidos de su vagina.

Libby dio un grito ahogado cuando le acarició el clítoris y la tensión volvió a crecer en su interior, sintió un placer indescriptible, pero supo que aquello era solo el principio, y dobló las rodillas para ayudar a Raul a penetrarla poco a poco, hasta el final.

—¡Ah!

La sensación de tenerlo dentro era tan increíble que Libby no pudo evitar gemir, pero él se quedó inmóvil al instante y apoyó la frente húmeda de sudor en la de ella.

—¿Te hago daño?

—¡No!

Lo agarró de los hombros para que no se retirase.

—No pares.

Las primeras olas de placer se estaban desvaneciendo, pero cuando Raul se apartó y volvió a entrar, con cuidado al principio, pero después más deprisa y con más fuerza, Libby sintió que la tensión volvía a crecer y que aumentaba de manera inexorable, y se retorció contra las almohadas. Raul la agarró de las caderas y la sujetó mientras seguía entrando en ella, cada vez con más intensidad. Libby estaba a punto. Raul se quedó inmóvil y ella susurró su nombre e hizo que volviese a moverse en su interior. Y entonces explotó por dentro y le clavó las uñas en la espalda, completamente consumida por su primer orgasmo.

Supo por la respiración de Raul que este también se estaba acercando a su propio nirvana, y deseó que experimentase la misma felicidad que le había dado a ella. Instintivamente, levantó más las piernas y lo abrazó con ellas por las caderas para que pudiese penetrarla más. La sensación fue todavía más intensa, e imposible de soportar… para ninguno de los dos. Raul echó la cabeza hacia atrás, con el rostro completamente rígido, mientras aguantaba al borde del orgasmo todo lo que podía, y entonces explotó por fin y volvió a hacer que Libby llegase al clímax por segunda vez.

Tumbado encima de ella, sintiéndose completamente saciado y muy relajado, pensó que ya había tenido la sensación de que Libby era una mujer muy sensual y apasionada, y en esos momentos tenía la prueba. Se sintió tan bien, tan extrañamente completo, que fue como si hubiese estado esperando aquel momento, a aquella mujer, toda la vida. De repente, la idea de acostarse con otra le resultaba repugnante, lo mismo que pensar en Libby con otro hombre. Libby era su mujer, su esposa, y jamás la dejaría marchar.

Se maldijo. ¿Cómo era posible que se le estuviese pasando todo aquello por la cabeza?, se preguntó con impaciencia. Había tenido una relación intensa en una ocasión, y había prometido que no volvería a cometer el mismo error. Libby no significaba nada para él. Su

matrimonio era solo una asociación basada en el deseo mutuo de darle una familia a Gino, y a eso había que añadirle un sexo increíble.

Con aquello en mente, se apartó de Libby y se dio cuenta de que esta se había quedado dormida. La vio acurrucarse contra él como un gatito, buscando instintivamente su calor, con su increíble melena roja extendida en la almohada y las largas pestañas doradas descansando en las mejillas rosadas.

Y tuvo que repetirse que su matrimonio era solo una asociación. Libby era muy bella, eso lo tenía que admitir, incluso cuando se vestía con todos los colores del arco iris a la vez, pero él había aprendido que lo mejor para que un matrimonio tuviese éxito era no estropearlo todo con emociones, así que él no iba a sentir nada por la sirena pelirroja que dormía tranquilamente a su lado, con la mejilla apoyada en su corazón.

El sonido de la risa de Gino sacó a Libby de un sueño profundo. Se desperezó y notó una pequeña tensión entre las piernas, pero se dijo que debía de ser lo normal, después de que Raul le hubiese vuelto a hacer el amor apasionadamente al amanecer. Giró la cabeza y el corazón le dio un vuelco al verlo saliendo a la terraza, con Gino en brazos.

Cada vez que lo miraba le sorprendía lo guapo que era y, esa mañana, vestido con unos pantalones vaqueros desgastados y un polo negro, estaba impresionante. Lo oyó reír mientras Gino le metía un dedo regordete en la oreja y sonrió al bebé de manera tan tierna que Libby se sintió desesperada. ¿Cómo no iba a enamorarse de él? No podía ser más guapo, era sexy y se portaba muy bien con el niño al que pensaba adoptar.

Libby se sentó en la cama e intentó poner sus emociones en orden, y entonces dos pares de ojos con las pestañas negras y muy largas la miraron.

—*Buongiorno, cara* —la saludó Raul, sonriendo ampliamente.

Sus dientes blancos contrastaron con el color dorado de su piel. Tenía un mechón de pelo moreno en la frente y Libby recordó cómo había enterrado los dedos en su pelo suave mientras él le había devorado los pechos.

Se ruborizó al ver que a Raul le brillaban los ojos, como si él lo recordase también. Hubo algo entre ambos que duró solo un instante y que Libby no supo cómo catalogar, pero la mirada de Raul estaba clavada en la suya y tenía el corazón encogido como le había ocurrido cuando habían hecho el amor por segunda vez, con sorprendente ternura, y a ella se le habían llenado los ojos de lágrimas y Raul se las había limpiado a besos.

—Gino ya ha desayunado y se ha bañado, y le he dado un paseo por el jardín —le informó Raul—. Pronto será la hora de su siesta.

—Ya es casi mediodía —murmuró Libby después de mirar el reloj horrorizada—. Tenías que haberme despertado.

—Silvana se ha ocupado muy bien de él. Supongo que pensó que estarías cansada después de la noche de bodas.

—¡Dios mío! —exclamó ella, cubriéndose las mejillas con ambas manos—. ¿Qué habrá pensado?

—Que estabas agotada después de pasar la noche gastando energía con tu marido —comentó Raul en tono satisfecho.

Se sentó en el borde de la cama y se inclinó para darle un beso que no duró lo suficiente.

—Estoy seguro de que entenderá que, a partir de ahora, vas a tener que descansar por las mañanas.

Su sonrisa era irresistible y Libby hizo una mueco.

—Quite esa sonrisa petulante de su rostro, *signor* Carducci.

—Oblígueme, *signora* Carducci —la retó él.

No la volvió a besar otra vez porque Gino se había aburrido y había apoyado la cabeza en su hombro.

—Lo voy a llevar a su habitación mientras tú te levantas —comentó Raul, poniéndose en pie y levantando al niño por los aires—. Silvana se ocupará de él un par de horas. He pensado que te gustaría venir a navegar conmigo.

Libby lo miró sorprendida. Los días previos a la boda, Raul había pasado mucho tiempo con Gino y con ella, pero no había querido engañarse a sí misma y había sido consciente de que Raul tenía toda su atención volcada en el niño. El corazón le dio un vuelco al pensar que quería estar a solas con ella. Habría ido a la luna con Raul si este se lo hubiese pedido, aunque tendría que ocultar su emoción si no quería que se diese cuenta de que lo que sentía por él era mucho más que una amistad.

—¿No tienes que trabajar? —le preguntó.

Tal y como había dicho, había trabajado desde el despacho de casa en vez de ir a Carducci Cosmetics en Roma, y en varias ocasiones le había pedido a Libby que leyese varios documentos y los firmase. Esto había causado cierta tensión, ya que Libby había cuestionado algunas de sus propuestas. Esta tenía que admitir que no había entendido todos los detalles, pero le había preocupado el nivel de riesgo de algunos de sus proyectos. Para su sorpresa, Raul no le había llevado la contraria, sino que había retirado los documentos y le había dicho que tal vez tuviese razón y que tenía que ser más cauto.

Libby esperaba que su participación en Carducci Cosmetics no crease tensiones entre ambos, pero entonces vio sonreír a Raul de manera sensual y se olvidó de la empresa y de todo lo demás.

—Por supuesto que no. Es nuestra luna de miel, *cara*, y pienso que debemos aprovechar la oportunidad para conocernos mejor. ¿Qué te parece?

«Que me he muerto y estoy en el cielo», pensó Libby, pero consiguió responder con naturalidad:

—Me parece bien.

El lago estaba precioso. El cielo estaba azul, el sol brillaba con fuerza, y una ligera brisa tiraba de las velas del barco de Raul y hacía que se deslizase por el agua. Libby se sentó con el brazo apoyado en la barandilla y clavó la mirada en el agua cristalina.

—Es maravilloso —murmuró, feliz.

Raul se estaba ocupando del barco, del que le había contado las características técnicas, pero ella prefería limitarse a disfrutar del paisaje. El lago era de un azul intenso, y estaba rodeado de follaje y árboles verdes, y a lo lejos se veían los torreones del famoso castillo Odelcalchi.

—¿Es la primera vez que navegas? —le preguntó él.

—Nunca había estado en un barco así, solo en un patín una vez. ¿Y tú, cuándo aprendiste a navegar?

—Me enseñó Pietro, de niño. Me encanta la sensación de libertad que tengo en el lago. Es adonde vengo siempre que estoy tenso.

Libby digirió la información y frunció el ceño ligeramente.

—¿Significa eso que ahora estás tenso?

—Solo están tensas determinadas zonas de mi anatomía —respondió él con los ojos brillantes.

Ella se ruborizó, pero no pudo evitar bajar la vista a sus pantalones.

—¡Oh!

Raul seguía sonriendo cuando llevó el barco hasta un pequeño muelle que daba a una recóndita playa. Cerca del agua había una cabaña y los altos pinos proporcionaban sombra y privacidad.

—Un bosquecillo secreto, qué bonito —murmuró Libby mientras intentaba convencerse de que el hecho de que Raul la hubiese llevado a su refugio no significaba nada—. Los árboles ocultan la casa tan bien que dudo que nadie sepa que está ahí.

El corazón le dio un vuelco al notar que Raul se acercaba por detrás y la agarraba por la cintura.

—Umm… Ya que estamos a salvo de las miradas, no hay motivo para que no haga esto —le susurró, apartándole el pelo y pasando los labios por su cuello antes de mordisquearle el lóbulo de la oreja.

Libby sintió placer y no intentó resistirse cuando Raul le bajó los tirantes del vestido para dejar sus pechos al descubierto y podérselos acariciar. La sensación de tener sus palmas calientes en la piel era

embriagadora, y Libby dio un grito ahogado cuando le masajeó los pezones hasta conseguir que estos se endureciesen. Sintió un intenso calor entre los muslos. El deseo que sentía por Raul era instantáneo, abrumador, pero aun así no pudo evitar sentir vergüenza cuando él le bajó el vestido hasta los pies y la dejó solo con las braguitas de encaje blanco.

—¿Raul…?

—Nadie puede vernos —le aseguró él—. Te necesito, *cara*.

Los ojos le brillaron mientras le quitaba también la ropa interior y metía la mano entre sus muslos, y hubo ternura en su sonrisa al descubrir que ya estaba húmeda y excitada. La tomó en brazos y la llevó debajo de los árboles para tumbarla en la hierba. Luego se desnudó también y se tumbó sobre ella, besándola apasionadamente.

Los rayos del sol se filtraban a través del denso follaje de los árboles y moteaba sus cuerpos. Libby vio retazos del cielo azul entre las hojas verdes, pero cuando Raul bajó la cabeza y tomó uno de sus pezones con la boca, y después el otro, cerró los ojos y se entregó al placer. Se mordió el labio cuando notó que le separaba las piernas y pasaba la lengua por su clítoris una y otra vez, hasta que la ansiedad por tenerlo dentro hizo que levantase las caderas. Él, por su parte, estaba muy excitado y Libby le acarició suavemente la erección.

Raul disfrutó de sus atenciones durante un par de minutos antes de gemir y agarrarle la mano. Tenía la respiración entrecortada.

—Ya es suficiente, bruja… —murmuró con voz ronca antes de penetrarla despacio para después aumentar el ritmo hasta volverlos locos a ambos—. *Tesoro*…

El apelativo cariñoso le había salido cuando habían llegado al clímax a la vez. Con los músculos vaginales de Libby apretándolo y dándole el placer más intenso que había sentido nunca.

Después, todavía unidos, ella se preguntó qué había querido decir Raul, pero le dio miedo preguntárselo por si acaso se había imaginado que, al llegar al orgasmo juntos, sus almas se habían tocado.

Capítulo 10

Después de aquello salieron a navegar con regularidad y siempre paraban en la cabaña escondida. Los días fueron pasando y cuando Libby quiso darse cuenta era junio, y el primer cumpleaños de Gino.

—No puedo creer que ya ande y que diga alguna palabra —comentó en voz baja aquella noche, después de que Raul y ella metiesen al niño agotado en su cuna.

—Ha dicho papá muy claramente cuando hemos encendido la vela de la tarta —respondió Raul en tono orgulloso—. ¿Lo has oído?

Libby frunció el ceño de broma.

—Yo diría que ha dicho mamá. ¿Piensas que ha disfrutado de la fiesta?

Había sido una pequeña celebración a la que habían asistido los Vincenti con sus dos hijas, y algunos amigos más de Raul, a los que Libby había conocido en alguna cena, también con sus hijos.

—Un año ya —añadió, pensando en cuánto lo quería al mirar sus mejillas coloradas y sus rizos negros—. Ojalá su madre pudiese verlo.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y Raul la abrazó.

—Estaría muy orgullosa de ti, por ser una madre tan maravillosa para él —le aseguró cariñosamente, también con el corazón encogido —. No llores, *cara*.

Se le encogía el corazón cuando la veía llorar.

—Ven conmigo. Quiero enseñarte algo.

Sorprendida, Libby salió con él de la habitación y subieron juntos varios tramos de escaleras.

—¿Adónde vamos, Raul?

—Aquí.

Abrió una puerta y retrocedió para que Libby entrase en la habitación. Esta se quedó boquiabierta.

—Es tu estudio de arte —le explicó él, aunque no fuese necesario porque era evidente por su contenido.

Junto a la ventana, con vistas al lago, había un caballete, y además de los lienzos en blanco, estaban los cuadros que Libby había tenido en Cornwall. Esta no puedo evitar sentir cierto orgullo al verlos. No estaban nada mal.

—Un amigo mío tiene una galería en Roma —le contó Raul mientras se ponía a su lado, delante del cuadro de una playa que Libby había pintado justo antes de ir allí—. Le he enseñado parte de

tu trabajo y está dispuesto a organizar una exposición. ¿Qué te parece el estudio?

Le preocupó ver que Libby no respondía.

—*Cara*, ¿por qué lloras? Si no te gusta…

—Por supuesto que me gusta —balbució ella, sonriendo de oreja a oreja y lanzándose a sus brazos—. Es lo más bonito, lo más maravilloso que han hecho nunca por mí, y te…

Estuvo a punto de decirle lo que sentía, pero se contuvo.

—Te lo agradezco mucho, Raul, no sabes cuánto.

—Pues demuéstramelo —le dijo él—. Hay un motivo por el que he hecho que pongan un sofá aquí.

Unas semanas después, mientras se preparaba para ir a una cena con Raul, Libby se preguntó si sería tentar demasiado al destino admitir que nunca había sido tan feliz. La vida no podía ser más perfecta. Gino era un niño precioso, lleno de energía y que era feliz correteando por los jardines de Villa Giulietta. A Libby le encantaba estar con él, pero también agradecía que Silvana se ocupase del pequeño un par de horas al día y poder subir a su estudio a pintar.

Raul seguía trabajando desde casa, y solo iba a Roma cuando era absolutamente necesario. A Libby le encantaba poder entrar en su despacho y verlo siempre que se le ocurría una excusa, y él también la llamaba a menudo para discutir con ella planes y propuestas relacionados con la empresa.

Y si los días eran buenos, las noches eran increíbles, Libby sonrió, se miró al espejo y se dijo que no necesitaba colorete. Su miedo a que la química sexual que había entre ambos se apagase no había tenido ninguna base. No se cansaban el uno del otro y cada vez hacían el amor de manera más apasionada e intensa. A Libby le encantaba cómo le hacía el amor Raul y se le endurecieron los pezones solo con recordar lo ocurrido en el cuarto de baño la noche anterior. Habían tardado un buen rato en limpiar el suelo de agua al terminar.

—Libby, tenemos que marcharnos.

Ella se giró y contuvo la respiración al ver que Raul la estudiaba con la mirada.

—He pensado que estaría bien que me controlase con los colores por una vez —comentó ella al verlo pensativo—. ¿Te parece que el blanco es demasiado… virginal?

Cuando se había probado el vestido, que era de tirantes y de corte sencillo, hecho en seda y adornado con pequeños cristales, le había parecido que le sentaba bien, pero ya no estaba tan segura.

—Me parece que es un poco tarde para ponerte virginal, *cara* —respondió Raul, mirándola con picardía—. Estás preciosa.

Se acercó a ella y se sacó algo del bolsillo de la chaqueta.

—Mi madre solía ponerse esto para ir a las fiestas —le explicó.

Y Libby dio un grito ahogado al ver el collar de diamantes que brillaban bajo la luz.

—Los diamantes Carducci son una reliquia familiar.

—No puedo ponérmelo —protestó Libby asustada—. Deben de costar una fortuna. ¿Y si lo pierdo? No puedo.

Pero él se lo puso al cuello.

—De verdad, nunca llevo joyas —insistió ella.

—Lo sé —respondió él.

La única joya que llevaba era la sencilla alianza de oro que él le había puesto el día de su boda. En un reciente viaje a Roma, la había llevado a una joyería muy exclusiva y había intentado convencerla de que escogiese una pulsera y, tal vez, unos pendientes a juego, pero Libby se había negado, diciendo que no tenía sentido tener joyas caras cuando se pasaba la mayor parte del tiempo jugando con Gino.

Libby era tan distinta a su primera mujer, y a todas las mujeres que había conocido. Y pensar que la había acusado de ser una cazafortunas. Se estremeció al recordar cómo la había tratado al principio de llegar a Italia. Su divorcio de Dana había hecho que viese las relaciones sentimentales con cinismo, pero Libby había conseguido que cambiase de actitud, lo había cambiado a él, y Raul se preguntó adónde había ido a parar su idea de tener un matrimonio en el que no hubiese en juego emociones.

—Ponte el collar esta noche. Deja que presuma de esposa —le pidió.

Y, como de costumbre, Libby no pudo negarse.

—*Zia* Carmina está deseando verte —le dijo Raul a Libby cuando estaban a punto de llegar a casa de su tía, que vivía en un elegante barrio de Roma.

Libby lo dudaba mucho. Las dos anteriores veces que habían ido a verla, Carmina había sido educada con ella delante de Raul, pero fría y antipática a solas. Pero se recordó que Raul quería a la hermana de su madre y, por ese motivo, ella iba a intentar llevarse bien con Carmina.

La tía de Raul lo saludó con dos besos, pero se puso tensa nada más ver a Libby.

—Veo que llevas los diamantes Carducci —comentó con severidad.

—Sí… —respondió ella con cautela—. Raul me ha pedido que me los ponga.

Carmina la miró extrañada.

—¿De verdad?

El tono de voz de la tía de Raul hizo que Libby se estremeciese.

La cena resultó ser todo un acontecimiento. Carmina era mecenas de muchas causas benéficas y una figura muy conocida entre la élite social romana, así que Libby estaba segura de que había invitado a personas académicamente brillantes, o a modelos muy guapas, para enfatizar su falta de formación y de don de gentes. Ella se sentía completamente fuera de lugar. Hizo un gran esfuerzo por participar en las conversaciones de la mesa y sintió que la carcomían los celos cada vez que la bella presentadora de televisión que estaba sentada al lado de Raul se inclinaba hacia él y le decía algo que le hacía reír.

Para su alivio, sirvieron el café en el salón. Ella no quiso tomarlo porque en los últimos tiempos solo el olor le causaba náuseas. En vez de quedarse viendo cómo Raul seguía charlando con la reportera, fue hacia la sala de estar que había en la puerta de al lado, aunque se quedó inmóvil nada más ver que Carmina estaba allí, sentada en el sofá.

—Lo siento… yo…

—No te escabullas —le dijo la tía de Raul, sonriendo con frialdad, con la mirada clavada en su garganta—. Yo no le daría mucha importancia al hecho de que Raul te haya dado los diamantes.

Hizo una pausa.

—Siempre tuve la esperanza de que algún día los llevaría yo —admitió en tono tenso—. Cuando Eleanora falleció, pensé que Pietro se apoyaría en mí. No de manera inmediata, por supuesto, pero sí con el tiempo. Yo fui la primera en enamorarme de él, incluso antes de que mi hermana lo conociera, pero cuando Pietro conoció a Eleanora, la escogió a ella.

—Lo siento —repitió Libby, sin saber qué más podía decir.

—Pietro podría haberse quedado conmigo, pero prefirió a una mujerzuela como tú —continuó la mujer amargamente.

—Eso no es cierto.

Era evidente que Raul no le había contado a su tía que ella no era la madre de Gino, y que tampoco había sido la amante de su padre. Libby no tenía por qué darle ninguna explicación a Carmina, pero estaba cansada de sus acusaciones. Separó los labios para continuar, pero la otra mujer no se lo permitió.

—Y ahora eres una Carducci. Supongo que decidiste que perder el control de las acciones de tu hijo era un pequeño precio a pagar por convertirte en la esposa de un multimillonario.

—¿Disculpe? —preguntó Libby, frunciendo el ceño, confundida—. No sé a qué se refiere.

La expresión de Carmina era triunfante.

—Supongo que leíste bien el testamento de Pietro, que establece que si la madre de Gino se casaba antes de que el niño cumpliese los dieciocho años, Raul asumiría el control de las acciones del pequeño.

Se me había olvidado esa cláusula, pero hace un par de días encontré el testamento por casualidad, mientras recogía mi escritorio, y entonces lo entendí. Raul se casó contigo para tener el control completo de la empresa.

Libby se sintió aturdida y se le doblaron las piernas. Se dejó caer en un sillón.

—Leí el testamento —dijo con voz temblorosa.

Pero pensó que no lo había leído todo. Sintió náuseas al recordar que había tenido a Gino en brazos cuando Raul le había dado el documento. Ella había leído rápidamente la primera página y la parte en la que decía que Gino y su madre podrían vivir en Villa Giulietta, pero entonces el niño había empezado a retorcerse entre sus brazos y ella le había devuelto los papeles a Raul para que Gino no los rompiese. Después de aquello, todo había sido tan rápido que no había vuelto a pensar en el testamento.

—Si quieres volver a leerlo, tengo una copia aquí mismo porque yo también era beneficiaria —comentó la otra mujer, acercándose al escritorio y sacando unos papeles de un cajón para después ir a dejarlos sobre el regazo de Libby—. La cláusula que está al final de la segunda página es la que te interesa.

Después de aquello, Libby no supo cómo había sido capaz de guardar las formas durante el resto de la velada. Raul la encontró en la terraza, se dio cuenta de que estaba muy pálida y le preguntó qué le ocurría. Ella balbució que le dolía la cabeza y lo odió por fingir ser un marido atento y preocupado. Al principio de la noche habría pensado que era compasión lo que había en su mirada oscura, pero en esos momentos sabía que era todo mentira. Solo se había casado con ella para conseguir el control de Carducci Cosmetics.

—¿Por qué no me has dicho antes que te encontrabas mal?

—Porque no quería interrumpirte. Te lo estabas pasando muy bien con la reina de las tertulias —replicó ella.

—El hijo de Gianna Mancini cumplió un año la semana pasada y estábamos hablando de nuestros respectivos hijos —respondió Raul—. Su marido está de viaje de negocios.

Hizo una pausa y después añadió en voz baja:

—Deberías saber que solo tengo ojos para ti, *piccola*.

Ella deseó poder creer que la ternura de su voz era real, pero pensó que aquella actuación merecía un Oscar. No se atrevió a mirarlo a los ojos y, para su alivio, mientras ella iba a recoger su chal Raul fue a despedirse de su tía, y luego fueron ambos al coche.

De camino a casa, Libby cerró los ojos para convencer a Raul de que le dolía tanto la cabeza que no podía ni hablar.

—Voy a ver a Gino —murmuró una vez en casa, subiendo las escaleras a toda prisa.

El niño dormía tranquilamente y ella se recordó que se había casado con Raul para poder darle a Gino un padre. Aunque no fuese del todo cierto. Para ella había sido amor a primera vista. Se había enamorado de Raul nada más conocerlo.

Con lágrimas en los ojos, reconoció que Gino también lo quería. Por su parte, Raul había fingido interesarse por el niño solo para conseguir el control de la empresa.

Completamente abatida, salió de la habitación de Gino y en vez de ir a la habitación principal, fue hacia la torre donde tenía su estudio. No había llorado así desde la muerte de su madre. Y no podía volver a ver a Raul esa noche. Si este se daba cuenta de cuánto le había dolido su traición, también se daría cuenta de que lo amaba.

Aunque Raul sospecharía cuando viese que no iba a la cama. La habitación no podía cerrarse con llave, pero tal vez podía mover un armario para bloquear la puerta.

—Aquí estás. ¿No vas a venir a acostarte?

Ella giró la vista hacia la puerta y el corazón le dio un vuelco al verlo tan guapo.

Sintió dolor al pensar que todo lo que había hecho Raul, lo había hecho por interés.

—¿Te has tomado algo para el dolor de cabeza? —le preguntó, y frunció el ceño al darse cuenta de que estaba llorando—. *¿Cara…?*

—¡No! —gritó Libby—. No me llames *cara*. No finjas preocupación cuando no te importo nada.

Presa de la ira, agarró un tubo de pintura naranja y lo sacudió con fuerza, manchando a Raul en el pecho y las piernas y salpicando toda la habitación.

Él la miró sorprendido.

—*¡Madre di Dio!* ¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto loca?

—Todo lo contrario, por fin he entrado en razón y me he dado cuenta de que eres un traidor y un conspirador —espetó—. Tu tía me ha enseñado la cláusula del testamento que yo no había tenido tiempo de leer en Pennmar porque tú me forzaste a venir a Italia.

—Yo no te forcé a nada —respondió Raul, empezando a atar cabos —. ¿Por qué te ha enseñado Carmina el testamento?

—Porque me odia —admitió Libby—. Estaba enamorada de Pietro y sigue creyendo que yo fui su amante. Así que ha debido de darse cuenta de que yo no sabía que las acciones de Gino pasarían a tus manos si me casaba.

Lo miró fijamente y el corazón se le volvió a romper al ver que Raul parecía incómodo.

—¿Vas a negarme que el motivo por el que me pediste que me

casase contigo era que querías tener el control de todas las acciones de Carducci Cosmetics?

—No puedo negar que ese fue uno de los motivos —respondió él en voz baja—. ¿Qué pensabas, Libby? ¿Qué me había enamorado de ti?

—¡No! Por supuesto que no —negó ella al instante, ruborizándose —, pero sí pensé que querías a Gino. Me dijiste que querías adoptarlo.

—Y era cierto.

—¿No me digas? —dijo ella, riendo con amargura—. Tal vez solo fingiste interesarte por él porque sabías cuánto quería yo que Gino tuviese una familia y un padre.

Estaba cada vez más enfadada.

—Sé que no debí fingir que era la madre de Gino, y entiendo que te enfadases cuando te enteraste de la verdad, pero tú fuiste mucho peor, planificaste fríamente el cruel engaño. Utilizaste mi amor por Gino para robarle sus acciones.

—No le he robado sus acciones —replicó Raul—. Admito que quería controlar la empresa hasta que Gino tuviese dieciocho años, pero solo para poder hacerla crecer y para asegurarme de que va a haber una empresa cuando vaya a heredarla en un futuro.

Suspiró.

—No quiero ser desleal con mi padre, pero había permitido que la empresa se estancase. Pensé que necesitaba controlarla completamente para poder implementar mis planes de expansión.

Al ver que Libby no respondía, él continuó.

—*Dio*, Libby, no me puedes culpar de querer proteger los intereses de mi empresa. Imagina la sorpresa que me llevé al enterarme de que tenía que compartir mis responsabilidades con una mujer que, por aquel entonces, pensaba que era una stripper con la que se había acostado mi padre. Tú estabas dispuesta a hacer cualquier cosa por Gino, incluso hacerme creer que eras su madre. Entiende que yo aprovechase la oportunidad para recuperar el control de Carducci Cosmetics.

Hizo una pausa y se sintió como si le estuviesen arrancando el corazón del pecho al ver lágrimas en los ojos de Libby.

—Ya te he dicho que tener el control de la empresa no fue el único motivo por el que me casé contigo. Gino también fue un factor importante. Lo quiero como si fuese mi hijo, y mi mayor deseo es adoptarlo.

—Eso dices —murmuró Libby—. ¿Cómo voy a creerte ahora?

Raul dio un paso hacia ella, que retrocedió.

—Quédate donde estás. No soporto tenerte cerca.

Él apretó la mandíbula.

—Ambos sabemos que eso no es cierto. Nos hemos sentido atraídos el uno por el otro desde el principio. Ese fue otro de los motivos por el

que me casé contigo.

Se había casado con ella por el sexo, pero Libby se recordó que aquello no era nuevo. No obstante, le dolió oírlo. Lo miró en silencio mientras Raul se quitaba la chaqueta y empezaba a desabrocharse la camisa.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó con voz temblorosa—. Nuestro matrimonio se ha terminado y no pienso volver a acostarme contigo, ni hoy ni nunca.

Los pantalones de Raul cayeron al suelo y ella no pudo evitar clavar los ojos en su pecho desnudo.

—Me sería muy fácil hacer que te tragases tus propias palabras —replicó él, dándose media vuelta.

—¿Adónde… adónde vas?

—A darme una ducha. No puedo ir por la casa cubierto de pintura naranja. Continuaremos con esta conversación dentro de diez minutos, abajo. No hagas que tenga que subir a buscarte, Libby —le advirtió enfadado.

Libby no entendía que se pusiese así cuando era él quien la había engañado, pensó mientras bajaba hacia la habitación unos minutos más tarde.

—No voy a dormir aquí esta noche —le dijo al verlo salir del cuarto de baño envuelto en su albornoz negro.

Él la tomó en brazos y la llevó a la cama a pesar de sus protestas.

—Escúchame —le dijo—. Necesito que leas algo y después, si sigues pensando lo mismo… Si sigues pensando lo mismo no sé qué voy a hacer, *cara mia*.

Libby miró sin ver el documento que Raul le había dejado en el regazo.

—Necesito que lo leas, que lo veas con tus propios ojos —insistió él, alejándose después de la cama para ir a mirar por la ventana.

Ella se obligó a concentrarse en los papeles que tenía delante.

—No lo entiendo —balbució después de haberlos leído—. Aquí dice que, aunque esté casada contigo, me vas a devolver el control de las acciones de Gino hasta que este tenga dieciocho años. No tiene sentido.

—¿No? ¿No se te ocurre por qué he podido revocar esa maldita cláusula del testamento de mi padre? Mira la fecha del documento.

Libby no entendía nada.

—Es de dos semanas después de que nos casáramos —murmuró—. ¿Por qué lo hiciste, Raul?

—Porque descubrí que tenía algo infinitamente más valioso que el control de la empresa —le respondió, girándose hacia ella—. Descubrí que quería que me amases… como yo te amo a ti.

Se hizo un silencio lleno de tensión. Y entonces Libby negó con la

cabeza.

—No es cierto. Te casaste conmigo por la empresa, y tal vez porque te importaba Gino.

—Te prometo que quiero a Gino, y que lo querré y lo protegeré como si fuese su padre, pero tú me robaste el corazón desde el principio, Libby —le dijo, muy emocionado—. Llenas mi mundo de color, de risas y felicidad. Mi vida sería un lugar gris y solitario si me dejas.

Libby no sabía si creerlo, tenía el corazón a punto de salírsele del pecho.

—Quería contarte lo de la cláusula del testamento, pero tenía miedo a que te dieses cuenta de que estaba enamorado de ti, y a que no me correspondieses.

—¿Miedo? ¿Tú? —respondió ella sorprendida.

—Sí, *cara*. Estaba muerto de miedo. Porque sabía que tú solo te habías casado conmigo para darle un padre a Gino.

—Ese no fue el único motivo —admitió Libby, con los ojos llenos de lágrimas otra vez—. Yo también te amo, Raul. Y nunca pensé que podría ser tan feliz.

—Tesoro, no llores. *Ti amo*. Y quiero que estés siempre conmigo, pero me debes un traje.

—Lo siento —balbució ella—. No sé por qué he hecho eso.

—Me encanta que seas impredecible y que tengas tanto carácter y, al mismo tiempo, un corazón tan generoso. Gino y tú sois mi mundo y solo quiero que los tres seamos una familia.

Ella sonrió.

—Es posible que pronto seamos cuatro —admitió—. Todavía no estoy segura, pero llevo dos semanas de retraso.

—*Cara*…

Raul se quedó sin habla, por un momento, no pudo decirle a Libby lo mucho que significaba para él, pero entonces la besó y se dio cuenta de que no hacían falta palabras…

Epílogo

La galería de arte estaba llena de personas que se reunían delante de los cuadros llenos de color.

—Elizabeth Carducci es, sin duda, una artista con mucho talento —comentó un crítico de arte—. Esta es una de las exposiciones más buenas que he visto en mucho tiempo y estoy seguro de que el trabajo de la señora Carducci pronto estará reconocido a nivel internacional.

—Seguro que sí —respondió un hombre alto con el que estaba hablando.

—Y si bien no conozco a la artista, he oído que tiene una belleza excepcional.

—Mi esposa está allí —dijo Raul—. La del vestido verde y naranja. Como ve, es cierto que es muy bella.

—¿Qué le has dicho a Carlo Vitenze para hacerlo huir como un conejo asustado? —le preguntó Libby a su marido cuando este se acercó a ella—. Es un crítico de arte muy respetado. Espero que no lo hayas enfadado.

—Solo le he hecho saber que tienes un marido muy posesivo —respondió Raul—. Y me parece que ha captado el mensaje. Aunque no me extraña que todos los hombres de la sala te miren.

Libby sonrió.

—Yo ya tengo dos hombres especiales en mi vida, y no me interesa ninguno más. Ten cuidado, Gino. Cuidado con el cochecito, tu hermana está durmiendo.

—Quiero ver a Lissa —pidió Gino.

Raul lo tomó en brazos para que pudiese ver dentro del cochecito, donde dormía Elisabetta Rose, de tres meses.

—Mírala. Podrás darle un beso cuando se despierte.

Raul miró a Libby y el corazón se le encogió de ver tanto amor en su mirada. Amor por él y por sus hijos, un amor mil veces correspondido.

—En mi vida también hay dos mujeres especiales, y son tan bellas que me han robado el corazón para la eternidad —dijo en voz baja—. Te quiero, Libby.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas de felicidad.

Raul frunció el ceño, preocupado.

—¿Por qué vas a llorar, *cara*? La exposición es maravillosa.

—Todo es maravilloso —le aseguró ella, abrazándolo por la cintura

y sonriendo—. Lloro porque soy la mujer más feliz del mundo. Me haces feliz, Raul, lo mismo que Gino y Lissa, y os quiero con todo mi corazón.